

ENERO 2023

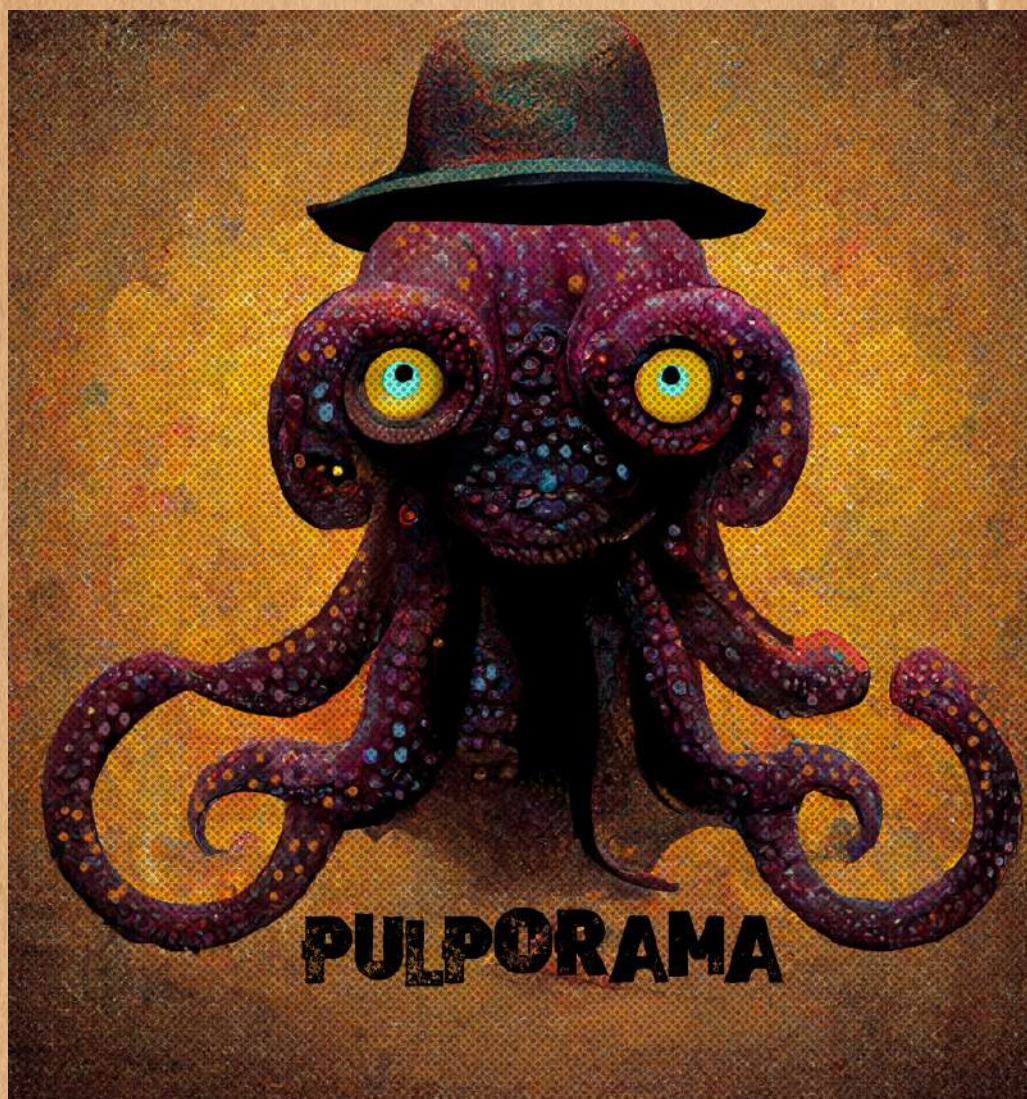
REVISTA PULPORAMA

LA CULPA FUE
DE MI AMANTE

NÚMERO
2

RELATOS
POEMAS
ARTÍCULOS
ILUSTRACIONES

LIBERTAD GARCÍA - VILLADA, JESÚS DURÁN, FANI ÁLVAREZ,
BLANCA G., CARLOS PELLÍN SÁNCHEZ, LUCAS NARANJO,
RAFAEL MORENO, IOSEBA VILAS, FRAN CASTILLO,
YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO, JOSÉ LUIS ALONSO,
JUAN GARCÍA MAMÁN, PACO ILLESCAS DÍAZ,
JORDI SEMPERE, ROMÁN SANZ MOUTA, ESTHER MOR,
ROCÍO STEVENSON MUÑOZ



© 2023. Todos los derechos reservados

© de la presente edición y maquetación: Lucyna Adamczyk y Rocío Stevenson Muñoz

© de los textos e imágenes, los autores, 2023

Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

ENTRE UCRONÍAS Y AMANTES	3
..... Editorial de Rocío Stevenson Muñoz	
CON UN PAR DE HUEVOS	5
..... Relato de Libertad García - Villada y Jesús Durán	
LOS COFRES DE CAFARNAÚN	17
..... Relato de Fani Álvarez	
LIFE MAGAZINE, 7 DE JULIO 1963	30
..... Ilustración de Blanca G.	
CANTO DE PELEK	32
..... Poema de Carlos Pellín Sánchez	
22 UCRONÍAS QUE HAY QUE LEER ANTES DE MORIR	36
..... Artículo de Rocío Stevenson Muñoz	
CAIDA Y ASCENSO DE LOS ANTÍGUOS DIOSES	46
..... Relato de Lucas Naranjo	
AMANTES FORAJIDOS	60
..... Relato de Rafael Moreno	
BONNIE & CLYDE	65
..... Ilustración de Joseba Vilas	
DEUS EX MACHINA	66
..... Relato de Fran Castillo	
PROYECTO OSCURIDAD	70
..... Relato de Yolanda Fernández Benito	
SUEÑOS DE LIBERTAD	80
..... Relato de José Luis Alonso	
ELLA	88
..... Relato de Juan García Mamán	
LA UCRONÍA EN EL CÓMIC	96
..... Artículo de Paco Illescas Díaz	
EL REY DE SAN CRISPÍN	106
..... Relato de Jordi Sempere	
EL PEQUEÑO TIMÓN	120
..... Poema de Jesús Durán	
¿QUIÉN MURIÓ EN LA CRUZ?	129
..... Relato de Román Sanz Mouta y Esther Mor	

EDITORIAL

Elegimos la ucronía como elemento vertebrador de la revista por las posibilidades que ofrece. Las ucronías son interesantes porque suponen un ejercicio de abstracción, de preguntarse qué podría haber sido si determinados hechos no hubieran seguido el curso que la historia recorrió, de darle una vuelta a la tortilla para jugar con futuribles tomando como base los acontecimientos reales. Además, queríamos incluir un punto de dificultad adicional: la figura del amante como catalizadora del punto Jonbar en que los acontecimientos se bifurcan en una dirección diferente a la canónica. El resultado es un buen puñado de relatos, poemas, ilustraciones y artículos que recorren la historia conocida y plantean esos puntos Jonbar que mencionábamos en momentos muy diferentes de la misma para romperla, tergiversarla, retorcerla y estirla, tomando para ello escenarios que abarcan una multiplicidad de géneros. Ni que decir tiene que, cuando planteamos el tema, esperábamos recibir muchos relatos que tomaran como eje el what-if de la Segunda Guerra Mundial. Estábamos convencidas de que la mayor parte del material de este número seguiría la estela de la maravillosa *El hombre en el castillo* y, ciertamente, nos preocupaba un poco

que fuera así, porque deseábamos variedad. Sin embargo, volvimos a sorprendernos y el protagonista absoluto de los envíos que recibimos no fue Hitler, sino Jesús de Nazaret, que además venía muy bien acompañado por un grupo de amantes de lo más variopinto. Jesús de Nazaret ha sido el rey de esta convocatoria, pero no es el único artista invitado en las obras que siguen, ni mucho menos. No quiero desvelar más porque creo que merece la pena que lo descubráis por vosotros mismos y que os sumerjáis en sus páginas para disfrutarlas sin guiones.





Libertad García-Villada ha publicado dos novelas (Nostalgia y El final de Melancolía) en Amazon y ha escrito una tercera novela (El efecto del observador), que ha enviado para su valoración a varias editoriales. Ha participado con relatos en: Legado (antología benéfica) Sueños, Visiones, Terrores (antología) y en la revista literaria Literentropía. Ha publicado también poemas y relatos escritos a cuatro manos con Jesús Durán en el fanzine Droids and Druids, en la publicación de La Savia de El Bosque, en Melodías de papel (antología), como autora invitada en Antología Muchas Patas (en preparación), en la revista La bastarda postmoderna, en la antología sobre bibliotecas de Editorial Opera prima, y en el número siete de la revista Mordedor. Publica también relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras (<http://relatosymentiras.com>). Twitter: @LibertadVillada

Jesús Durán ha publicado poemas y relatos en diversas antologías y revistas literarias. Ha participado con poemas en: Legado (antología benéfica); Sueños de Nieve (antología); Recuerdos de Tinta (antología), y en el número uno de Pulporama (revista). Con relatos ha participado en: Droids and Druids (fanzine); Hay Otros Mundos (antología), y en Sueños, Visiones, Terrores (antología). Ha publicado también poemas y relatos escritos a cuatro manos con Libertad García-Villada en el fanzine Droids and Druids, en la publicación de La Savia de El Bosque, en Melodías de papel (antología), como autor invitado en Antología Muchas Patas (en preparación), en la revista La bastarda postmoderna, en la antología sobre bibliotecas de Editorial Opera prima, y en el número siete de la revista Mordedor. Publica también poemas, relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras (<http://relatosymentiras.com>). Twitter: @joseyshepard



CON UN PAR DE HUEVOS

Paco no podía dejar de darle vueltas al asunto. Tenía mucha miga. Y eso que había empezado de la manera más anodina: con la idea de sacarle las pesetas al americano. El problema era que de tontos, los muy cabrones de los yanquis, para esto de las perras no tenían ni un pelo, y al final parecía que iban a tener que hacer una serie de concesiones. Pero aún no se había dicho la última palabra. Estaban en plena faena.

Después de mucho tira y afloja, había tenido lugar aquella recepción, para calmar los nervios. Y era allí donde y cuando se había originado. El asunto.

La recepción la había organizado la embajada americana Dan, el diplomático de turno, recién nombrado por Isanjauer. Se acababa de establecer, junto con su esposa, en Madrid para las negociaciones, y se había traído a sus dos hijas. Eran ya mayores, pero querían conocer España. Las playas. La gastronomía. Los toros. El folclore. Él. Él por supuesto, al menos una de ellas. La pequeña. Cerró los ojos, trayéndola a la memoria. Afortunadamente no era alta. Pero sí muy guapa. Morena y vivaracha. Si no fuera porque hablaba solo en

inglés, pasaba por andaluza. Por nacional a fin de cuentas. Por española. Y esto estaba bien.

La joven lo había interceptado cuando iba al baño a mear: con una mano lo había agarrado de la solapa al pasar por delante de una puerta. Menudo susto: por un momento pensó que era un atentado y a punto estuvo de gritar pidiendo auxilio. Pero ella lo acalló a tiempo con un beso en la boca. Un beso maravilloso. Con lengua. Luego había venido todo lo demás. Había tirado de él hacia la estancia, lo había empujado de espaldas contra una pared y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, para decir o hacer nada, le había abierto el pantalón y había empezado a chupársela. Dios Dios Dios.

Después de aquel encuentro había habido otros. A escondidas. Y ahora lo sabía sin duda: estaba loco por ella, por aquella joven americana que parecía dominar por completo la cama. Le ponía la piel de gallina cada vez que le decía con su melosa voz «Bigboi, oh, maibigboi». La necesitaba como el aire que respiraba. Tenía que ser suya. Su esposa. Ya lo había hablado con ella y ella había dicho que sí. Bueno, había dicho yes y no estaba seguro de que hubiera comprendido para nada sus intenciones, o palabra alguna si había de ser sincero, pero ya le aclararía las dudas que pudiera tener más adelante. Detalles sin importancia.

El problema de verdad era que ya estaba casado. Casadísimo en

realidad. Por la Santa Iglesia. Y no hacía otra cosa ahora que darle vueltas a cómo solucionarlo. Lo primero era saber hasta qué punto sus intenciones eran razonables. Para esto iba a llamar a Millán, a ver qué opinaba. Marcó el número teléfono de su casa dudando hasta el último momento. Nadie sabía nada del asunto, una vez que se lo contara, ya no sería privado. Pero necesitaba hablarlo.

—¿Qué me estas diciendo? —fue lo primero que soltó Millán cuando le confesó que tenía una aventura—. ¿Con la filla del embajador americano?

Paco musitó un sí que casi no se oyó al otro lado de la línea.

—Esos te quieren sacar las bases sea como sea, Paquiño. ¿Non te das conta?

Pues sí, lo cierto era que le había pasado por la cabeza; tonto del todo no era. Pero prefería pensar que la joven de verdad había quedado rendida ante su poder, su mirada, su porte marcial..., en fin, su indudable atractivo..., a que en el fondo era una treta para sacarle hasta los higadillos.

—Tú no la conoces —dijo en su defensa.

Se oyó a Millán suspirar por el auricular.

—¿Y qué vas a hacer, Paco?, ¿ponerle un piso?

—En realidad estaba pensando en... en casarme con ella.

Se hizo un silencio de asombro en la línea; Paco se imaginó a su amigo con la boca abierta.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Millán pasados unos instantes.

—Ya sabes que yo sentido del humor poquiño, Millán.

—Hay que joderse. Y ¿por qué tú sí y yo no, eh? Cuando me enamoré de Rosa y tuvo a nuestra hija, te pedí que me permitieras anular mi matrimonio para casarme con ella. Pero no te salió de los putos huevos.

—A ver, Millán, que para algo soy yo el Caudillo, ¿no? Y lo tuyo además me pilló en mal momento.

—Joder, así cualquiera.

—Pero dime, ¿qué opinas? —insistió Paco.

—Que va a dar muy mala imagen. Moi moi mala imaxe...

—Es norteamericana, eso vende. Y su padre comercializa con vacas, miles y miles de ellas, como en las películas; eso da buena imagen..., aunque donde esté un buen rabo de toro...

—Aun así. La Iglesia no te lo va a permitir. Estás jodido por aquí.

—Aún no hemos firmado el Concordato —replicó Paco.

—Mmmh. Bueno, no sé qué decirte. Échale huevos y a ver qué pasa. Estaré de tu lado, lo sabes. Y si te sale bien, yo quiero que mi situación se arregle también.

—Gracias, Millán. Hablaré con Luis a ver qué dice. Lo vamos viendo.

Paco estaba en una reunión, pero por completo ausente. Le había planteado el asunto a su ministro de la presidencia, la cabeza mejor amueblada que tenía en el Gobierno, para ver qué solución le daba. Y desde entonces, este no hacía más que pasearse nervioso por la estancia, con la cabeza baja y las manos a la espalda, pensando. De vez en cuando se detenía para echarle una mirada de incredulidad, pero él como toda respuesta se encogía de hombros y entonces Luis suspiraba y seguía su paseo. Era muy listo, sí, pero también muy cuadriculado: no llevaba bien los cambios. Mientras, él también pensaba en la noche anterior. Que la había pasado con su amada. Lo que había ocurrido, pensaba, no podía decírselo a su confesor. Imposible. No sabría cómo explicarlo. Ni le saldrían las palabras.

La noche había empezado como todas. Se citaban en un hotel cercano a la embajada. Estaba untado hasta el botones; nadie sabía nada y así debía seguir. Entraba por la puerta de atrás, la de servicio. Sin ser visto. Recorría de incógnito los pasillos. Iba de paisano. Con el cuello del abrigo subido. Con sombrero. Con gafas. Parecía un actor de cine, pensaba. Y de esta guisa, acompañado por dos guardaespaldas de absoluta confianza, llegaba a la habitación en que ella lo esperaba todas las noches. En negligé. Negra. La primera vez que se la

encontró de esta guisa pensó que estaba de luto. Pero ella le hizo entender que el color era de su libre elección. A él le seguía dando mal fario, pero no decía nada porque lo importante no era el continente sino el contenido. Sin hablar palabra, tras besarlo ardientemente, lo condujo al dormitorio, a la cama. Allí lo desnudó despacio, con mucha ternura, como si fuera un niño. Y entonces se desvistió ella, también muy lento, para él, recorriendo con las manos su cuerpo desnudo; solo mirar este espectáculo era pecado seguro. Estos pasos se repetían cada noche, eran ya un ritual. A partir de este punto era todo distinto cada día: la postura, la cadencia, las palabras que, entre jadeos, soltaba cada uno en su propio idioma. Pero lo de la noche anterior no lo vio venir. Ni siquiera habría podido imaginarlo. Ella pegó sus nalgas a su entrepierna, como ofreciéndose. Él entendió que ella quería que la tomase desde atrás, algo que ya habían hecho unos días antes. Pero no era así. Hubo un momento de confusión, de forcejeo, de torpeza por su parte, hasta que creyó entender lo que ella quería, pero tuvo que preguntar porque no podía creerlo:

—¿Por el culo? —dijo con asombro.

—Zru de anus —contestó ella.

Él se quedó como paralizado mirándole el trasero, glorioso por cierto, con duda un momento. ¿Era acaso eso físicamente posible siquiera? Sabía que algunos hom-

bres lo hacían entre sí, los muy pecadores. Pero ¿entre un hombre y una mujer?, ¿era posible?, ¿y cristiano? ¿No era acaso también un pecado? Estas y más preguntas le asaltaron a una sin permitirle actuar, ni hablar siquiera. Entonces ella se separó las nalgas con las manos, mostrándole claro el camino que había de tomar, por si tenía aún alguna duda.

Ahora lo sabía seguro: daba igual lo que hiciera el resto de su vida, iba a ir derecho al infierno.

Luis seguía dando vueltas por la habitación, con cara de preocupación y murmurando por lo bajo.

—¿Y bien? —le preguntó ya con impaciencia.

Luis se detuvo y lo miró con ojos de carnero degollado.

—Yo no te lo recomendaría, Francisco. La Iglesia se negará en redondo o montará un cirio, y tiene muchos adeptos, fanáticos la mayoría, lo sabes bien. Creo que será una acción muy impopular en general. Saldrá mal.

—En la práctica nadie tiene por qué enterarse. Con dejar de salir en las fotos en familia...

—¡Por Dios! —exclamó Luis alzando la vista al cielo, o mejor dicho, al techo de la habitación.

—Era una idea —argumentó Paco. Suspiró. Luis no era un hombre de acción, resolutivo. Este era el problema. Le faltaban huevos. Las cosas a veces había que hacerlas sin más, y preguntar después, o ni preguntar—. Luis, no quiero tu opinión, no es para lo que te pago:

quiero una solución.

—No se me ocurre ninguna. Necesito más tiempo. Esto es inusual, descabellado a estas alturas de tu vida —soltó el ministro sintiéndose acorralado.

—En la vida no hay alturas, Luis. O estas vivo o estas muerto. Yo aún estoy vivo. Muy vivo en realidad. Y quiero solucionar esto antes de la firma del Concordato.

Luis se encogió de hombros.

Paco dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien. Os reuniré a todos, los ministros, que para algo os he nombrado. Espero que a alguno se os ocurra algo.

Dos días después, Paco estaba en la sala de reuniones del Palacio, con todos sus ministros. Había soltado lo que tenía que decir y se había hecho un silencio sepulcral. Ninguno de sus elegidos había abierto la boca, ni por casualidad. Además, le rehuían la mirada. Se habían quedado pegados a la silla. Alguno de ellos sudaba copiosamente y se secaba la frente con nerviosismo. Su actitud le recordaba a la suya propia de pequeño, cuando estaba en clase y el profesor buscaba víctimas para sacar al encerado: tenía la sensación de que, si le evitaba la mirada, no podría verlo y no lo sacaría. Infantil en cualquier caso. Él tamborileaba con los dedos en la mesa, esperando. No le preocupaba lo que dije-

ran o no dijeran: a él mismo se le había ocurrido una idea. Magnífica además, como no podía ser de otra manera. Así que iba a dejar que sufrieran un poco. Y mientras, evocaría la noche anterior. Se mordió el labio inferior en un gesto por completo impropio de él. La noche anterior... Su amada lo había recibido sin ropa esta vez, con todo el torso bien untado de aceite. Dios, cómo brillaba su piel a la luz de las lámparas de la habitación. Como todas las noches, lo había desvestido despacio. Y después..., después había puesto su miembro entre sus pechos...

Paco se revolvió incómodo en el asiento: de repente sentía el pantalón demasiado estrecho. Sus ministros lo miraron esperando que dijera algo. A él le vino a la mente el nombre de aquella maravillosa perversión que su amada le había enseñado: «Akiuban», había dicho ella. O algo así. A él le sonaba como a japonés, pero no podía ser porque los nipones eran gente muy cabal y aquello era una auténtica locura. Notó que se le secaba la boca. Carraspeó. De nuevo recibió todas las miradas de la sala.

—¿Y bien? —dijo, por decir algo. Recibió como respuesta solo silencio.

—Bien. Ya veo. Afortunadamente, yo sí he tenido una idea —les informó con un cierto aire de superioridad. Entonces calló unos momentos, para crear expectación. Percibió cómo todos y cada uno de sus ministros contenían el aliento.

Sonrió complacido: sentir el poder que tenía sobre los demás era casi casi más placentero que la más sensual de las prácticas sexuales. Casi—. Recordareis el famoso caso de Jorge III de Inglaterra.

Los ministros se miraron entre sí con evidente desconcierto.

—¿No fue ese el Rey Loco? —preguntó uno con voz tímida.

—¿Loco? —dijo Paco—. Al contrario, un visionario, un adelantado a su época: instauró el divorcio en Inglaterra y se casó múltiples veces.

—Su Excelencia, ese fue Enrique IV —se atrevió a decir uno de los ministros con un hilo de voz.

—Enrique VI, por favor —dijo otro cargado de razón.

—Yo creo que fue Ricardo I —añadió un tercero.

Paco puso los ojos en blanco.

—Me da igual quién fuera. El caso es que uno de esos malditos reyes anglosajones le echó huevos, rompió con la Iglesia Católica y se salió con la suya. Divorcio. Y seamos sinceros, sé que a muchos de vosotros también os gustaría poder casaros con vuestras queridas. No estoy solo en este barco.

Todos los ministros a una, como si fuera un acto ensayado, bajaron la mirada en un gesto bastante significativo.

—Pero Vuecelencia, la Iglesia... La gente, la mayoría, no se lo va a perdonar. Quién sabe lo que puede pasar... Otra guerra, quizá —musitó uno.

—La Iglesia, la Iglesia... ¿Qué

coño importa la Iglesia? Este es un país fundamentalmente cristiano. La gente tiene un profundo sentimiento religioso, pero muchos no comulgan con la Iglesia. Esto lo sabemos bien, por experiencia. Además, sinceramente: ¿qué ha hecho la Iglesia por nosotros?

Se oyó el vuelo de una mosca en la sala.

—Pues eso mismo —sentenció Paco.

—Pero Su Excelencia —se atrevió otro ministro—, la gente de nuestro país no puede vivir sin... el folclore..., ya sabe, el folclore religioso.

—Pero por supuesto. Nadie está hablando de quitarle a la gente lo que realmente le importa: la Semana Santa con sus procesiones. Tampoco ir a la Iglesia los domingos a enterarse de los cuchicheos, ni ser perdonada por sus pecados; no seré yo quien le niegue el Cielo a mi gente. Nada de esto va a cambiar. Mejor aún: va a mejorar.

Los ministros de nuevo se miraron entre sí confundidos.

—Como hiciera Enrique III —prosiguió Paco—, vamos a instaurar el protestantismo. Sustituimos una Iglesia por otra y salimos ganando: se acabó de una vez tener que confesarse, hacer buenas obras para salvar el alma y aguantar de por vida a la parienta. Se acabó —aseveró con un gesto de la mano—. Son todo ventajas. Y lo mejor —añadió con una sonrisa de suficiencia—, lo mejor de todo, es que yo seré la máxima autoridad

religiosa. No me digáis que no es cojonudo.

—Pero pero... ¿qué dirá el obispo?

—Parecía más un grito pidiendo justicia que una pregunta de preocupación. Era Luis quien había dejado caer la bomba. Se había mantenido en silencio hasta ese momento.

Era por todos conocida la importancia del apoyo del obispo Eijo. La fuerza en la exposición del Caudillo se había evaporado. Incluso sus pantalones volvieron a estar holgados.

—¡Será por mis santos cojones!

—exclamó Paco sin nuevos argumentos, sintiéndose acorralado. Se imaginó los castigos divinos que podía llegar a soltar Leopoldo en su contra. En cierta manera le preocupaba renegar así de la educación recibida, afín a todos los libros publicados por el obispo, pero, por otro lado, aún sentía la tersa piel de su amada en su erecto... Desechó estos pensamientos, que le perturbaban. Era claro que tenía que ganarse al obispo de alguna manera. Una idea surgió entre sus lascivos recuerdos—. ¿Dónde está Leopoldo?

—Casualmente el obispo Eijo se encuentra hoy cerca y...

Paco se bajó de su silla de un salto.

—Traedlo a mi presencia. ¡De inmediato!

El obispo Eijo estaba repantingado en un confortable sofá. A su

disposición, café y pastas. Y, por supuesto, una generosa copa de coñac. Paco apareció ataviado con su traje militar y floreado con todas las posibles insignias de su rango. De hecho, ni él mismo conocía el significado de la mayoría. Si el obispo podía presentarse con su capa de hilos de oro, él, por su parte, lo deslumbraría con todos los adornos de... Se encontró con que su vestimenta eran el hábito y la levita. Se quedó parado en la puerta. «Debería haber preguntado al servicio antes», pensó.

—¿Y bien?

Paco miró a Leopoldo con los ojos como platos. «Empezamos mal...»

—Y bien, ¿qué?

—Hombre, Paco, me has hecho venir aquí deprisa, raudo... Suerte que tienes buenos licores. — Leopoldo miró el ambarino licor mientras balanceaba la copa—. ¿Es que quieres confesarte? ¿Algún pecado tienes dentro que debes dejar salir?

Paco se quedó de piedra. Muerto. «¿Qué sabrá de mi amorcito?»

Leopoldo esperaba respuesta, lo miraba con interés. Pegó un nuevo trago al coñac y se oyó el ruido al separar la lengua del paladar.

—No tengo que confesarme hoy —dijo Paco a voz en cuello.

—No me dirás que me has hecho venir deprisa y corriendo para nada.

Paco se acercó al sillón cercano al sofá y se sentó. Se había dejado llevar por la culpabilidad y por la sospecha de que Eijo pudiera

conocer algo de su aventura. Era cuestión de contraatacar, de ir directo al grano. Preguntó:

—¿Cómo llevas tu nuevo libro?

Leopoldo lo miró de soslayo mientras dejaba la copa en la mesita cercana. Antes de que pudiera responder, Paco soltó una nueva pregunta:

—¿No te gustaría gestionar mejor todo el patriarcado de las Indias Occidentales?

Este comentario casi le hizo a Eijo volcar la copa. Abrió la boca para hablar, pero Paco no le dio tregua:

—¿No te gustaría aplicar tus tesis creando una propia escritura para la Iglesia?

Leopoldo creyó ver hacia dónde se dirigía Paco. A punto estuvo de comentarle los errores de Lutero; lo que estaba diciendo era peligroso y descabellado... Sin embargo empezó a formársele una idea de los motivos reales. Ese hombre estaba como rejuvenecido, fruto de un exceso de lujuria, sin duda. Los devaneos de la Iglesia nunca le habían importado lo más mínimo si no era para obtener adeptos y apoyos.

—¿Desde cuándo, Paco?

—Hace unos meses, Leo. —Paco levantó los hombros, resignado—. El placer de la carne es, sencillamente, maravilloso. Además, me llama maibigboi —añadió como si fuera un argumento de peso.

—Entiendo. Ya veo.

—¿No decías que habías perdido la inspiración para tus nuevos libros? —Paco miró a Leopoldo a

los ojos—. Imagínate los cambios que podrás realizar en la Real Academia de la Lengua Española, los nuevos términos que podrás añadir...

—No te olvides de mis viajes a las Indias Occidentales.

—Por supuesto, sin problema. No se hable más, te dedicas a escribir las nuevas tesis y...

—Paco, no es tan fácil. Que te tiran más las tetas que las carretas. Yo puedo gestionar todo el tema teológico... —Leopoldo se puso en pie con entusiasmo, por todas las posibilidades que se abrían de golpe ante él—, mantener las tradiciones, los días festivos, adoctrinar de nuevo las Indias Occidentales —puso una cara que Paco reconoció como propia cuando delante del espejo recordaba los momentos, esos momentos...—, modificar toda la estructura apoltronada de cardenales, y al pueblo, sobre todo al pueblo...

—¿A dónde quieres llegar? —Paco estaba impaciente.

—¿Cómo vamos a aleccionar al personal de manera que lo acepten como algo natural? Necesitamos un medio para comunicarlo y demasiada gente no sabe leer.

Intercambiaron una mirada cómplice.

Paco estaba sentado en la última fila de la sala de cine, dispuesta para él y su nueva mujer. Y también para sus ministros, que se habían sentado lejos de él, en las

primeras filas, junto al director contratado para la ocasión. Mejor así, podía controlarlos. Además, su pequeña le hacía arrumacos y lo tocaba, lo magreaba, cosa mala. Empezaba a desear marcharse a su alcoba en Palacio, pero tenía que visionar el primero de una serie de nuevos noticiarios semanales NODO preparados para mostrar por toda España .

La sala estaba a oscuras, empezó la proyección. La música solemne llenó el cine y aparecieron las primeras escenas acompañadas de esa dicción tan perfecta y tono característico que pasarían a la historia. Se escuchaba al narrador:

—España da un cambio, inicia su transición hacia el protestantismo, manteniendo, eso sí, sus tradiciones patrias. Aquí vemos al obispo Eijo hablando y ultimando detalles con el Generalísimo Franco.

»En las escuelas, las nuevas tesis se entregan a los alumnos, que disciplinados las recogen para leerlas junto con sus padres. Los alumnos salen de las aulas contentos demostrando su amor patrio.

»Las bases militares más importantes del país se han entregado gustosamente a nuestros amigos y patriotas americanos. Aquí vemos al Caudillo con el embajador de Estados Unidos firmando los documentos de Acuerdo de Mutua Defensa.

Paco prestaba poca atención a la proyección. Su cariñito le estaba bajando la bragueta. Oh oh oh, ¿aquí, en el cine? Pensó en resis-

tirse, pero ¿no estaban ya casados? ¿no podía dejarse llevar? Oh sí sí sí. Nadie los miraba. Sí sí sí.

—El despliegue de locales para la nueva cadena de hamburgueserías que provee «bocadillos redondos» de carne con las cartillas de racionamiento está ya en marcha. Actualmente ya hay ciento veinticinco establecimientos. Aquí vemos las colas ordenadas esperando las raciones de bocadillos de carne.

»El nombre americano Big Mac, con el que se denomina la hamburguesa o bocadillo, proviene del nombre Big Boy con el que los americanos han apodado amistosa y respetuosamente al Excelentísimo Caudillo, que se ha aficionado a esta comida. Aquí lo vemos, junto a su joven esposa, en uno de los establecimientos, saboreando este excelente alimento.

La imagen mostraba al Caudillo intentando meterse en la boca una enorme hamburguesa, con poca habilidad: acababa manchándose de salsa la guerrera.

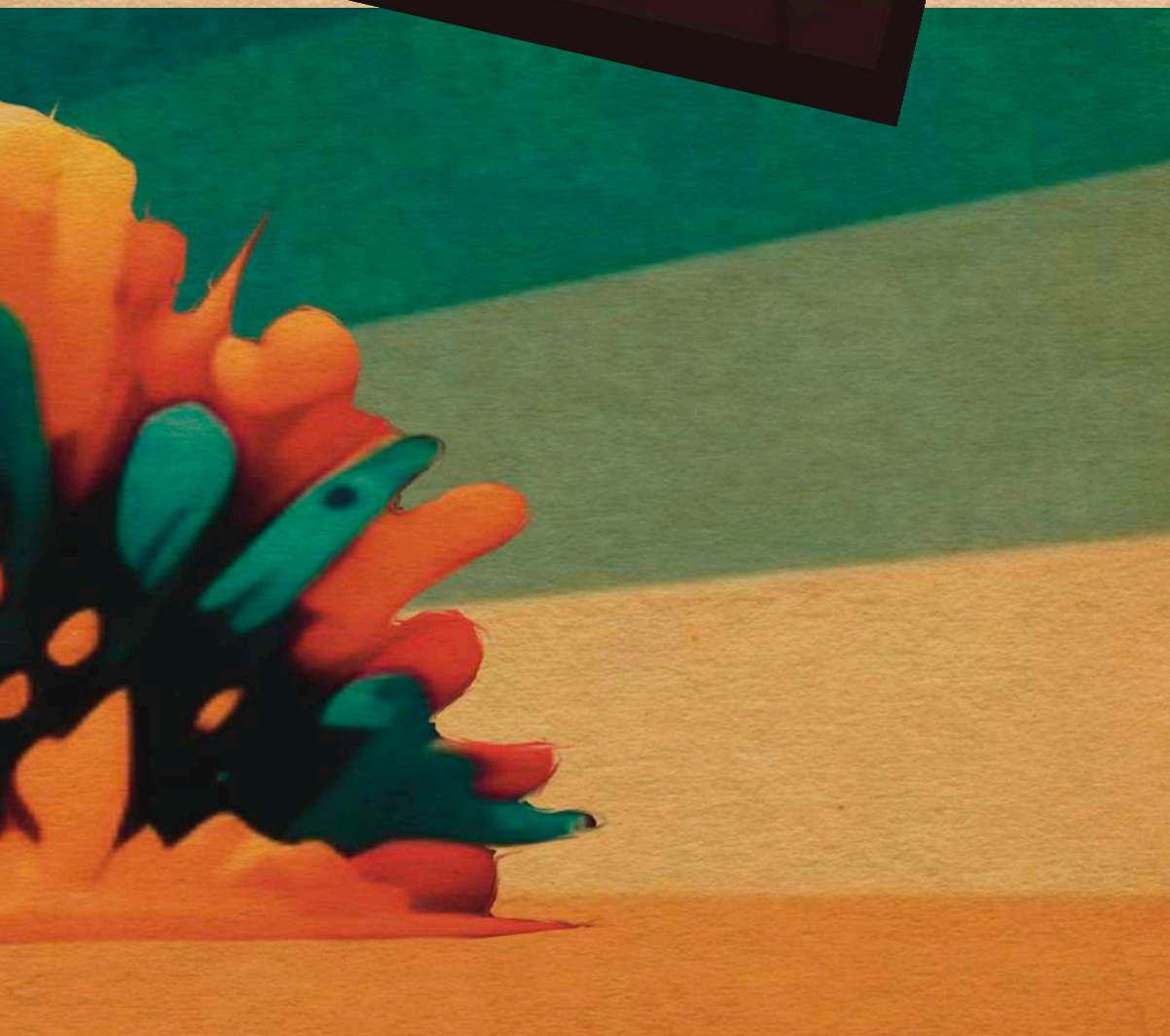
Los ministros se incomodaron porque esa imagen no se había eliminado. Se giraron todos para ver qué decía Su Excelencia y, de inmediato y al unísono, volvieron sus cabezas hacia la pantalla.

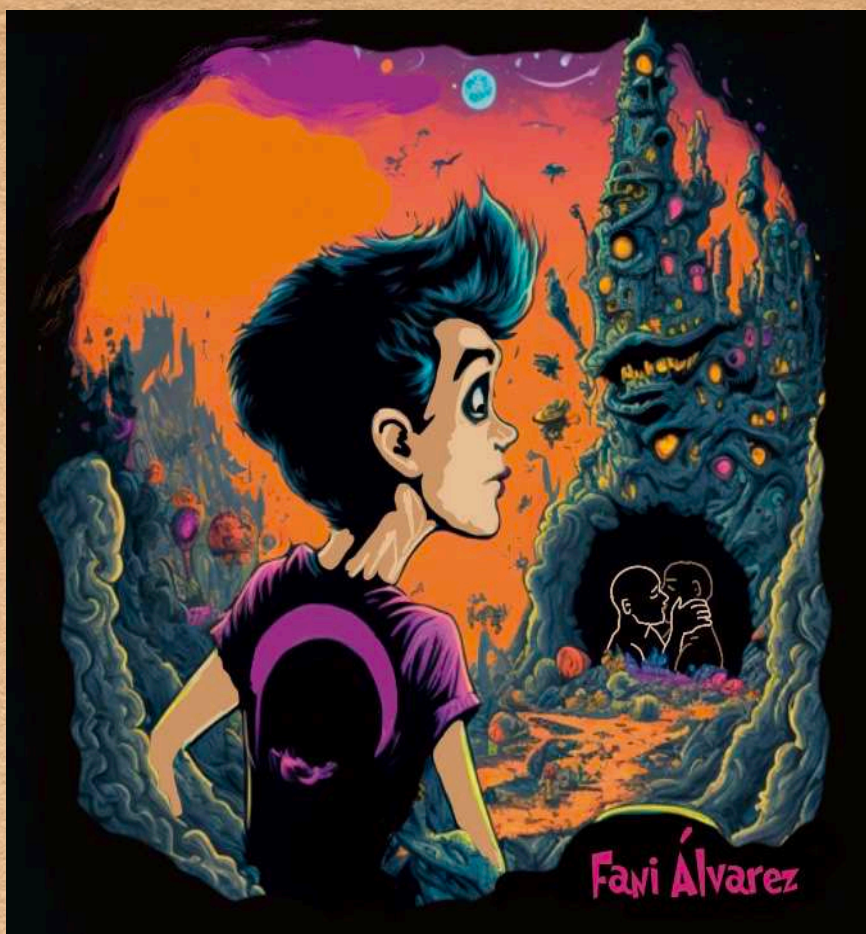
Millán, sentado en un rincón de la sala, sonrió. Estaba contento. Pronto le daría a Paco la noticia: acabarían siendo familia. Y es que llevaba viéndose a escondidas con la hija mayor del embajador americano ya tres semanas; era momento de hacerlo oficial. Lo había

seducido en la boda de su amigo y él había sido incapaz de resistirse. Era una mujer... maravillosa. También algo peculiar: le atraían los ríos caudalosos, insistía en viajar para verlos y luego se dedicaba a tomar muchas fotografías de los márgenes y las montañas cercanas. Estaba seguro de que bajo este proceder había un interés específico. «Estos americanos, siempre a lo suyo —pensó—. ¡Sólo falta que quieran llenarnos la patria de pantanos!». Se rio por la bajo de su ocurrencia y volvió su atención al NODO.



CON UN PAR DE HUEVOS





Nacida en Almería en 1990, Fani Álvarez comenzó a inventarse historias en las contadas líneas del apartado de actividades de los libros infantiles hasta que, con algo más de edad, descubrió que los folios en blanco también podían usarse para lo mismo. Pero fue cuando descubrió los fanfics que empezó a tomarse la escritura más en serio y decidió aventurarse en su primera novela, *Nivel 10*, que autopublicó en 2016 y fue reeditada en 2018 bajo el sello de LES Editorial. En 2022 publicó con la misma editorial su segunda obra, *“Las novelas inéditas de Elise Alderman”*. Ambas historias, de ciencia ficción, reflexionan sobre la condición humana y la relación con la tecnología, además de poner en el centro de las tramas a personajes femeninos y diversos como protagonistas, una de sus prioridades a la hora de escribir.

También ha publicado relatos de fantasía, ciencia ficción e histórica en plataformas como Lektu.

LOS COFRES DE CAFARNAÚM

Sur de Cafarnaúm, 1987 d.M.M

A quello resultaba insólito. Las excavaciones y expediciones arqueológicas siempre eran emocionantes, pero hallar nuevos objetos y artilugios relacionados con la vida de uno de los apóstoles no solo podía considerarse histórico, sino que, además, podía catapultar la carrera de quien consiguiera encontrarlos y descifrarlos y Patricia Figueredo quería que su nombre apareciese en los manuales de Arqueología Teológica de ahora en adelante.

Lo que más le extrañó a Patricia fue que se encontrasen esos arcones y cofres cerca del asentamiento de Magdala, en unos restos que parecían ser un pequeño barrio algo más alejado de la antigua ciudad. ¿Los habrían encontrado si no hubiesen empezado las obras para construir un centro comercial?

Los camiones de transporte empezaron a llevarse los diversos hallazgos y a conducirlos a la capital, al departamento de Arqueología de la Universidad de Jerusalén. Luego solo habría que resolver los tediosos procedimientos burocráticos y ya podría comenzar el análisis y estudio de los restos encontrados. Confiaba en esa expedición. Sí, su



nombre aparecería en los libros de texto.

—¿Estás completamente segura? —preguntó su director de tesis.

Namir la miraba por encima de las lentes con un gesto que para Patricia ya era inconfundible: eso no podía publicarse, por muy revelador que fuese.

—Doscientos por cien.

El director se quitó las gafas, resoplando, y las tiró de mala gana sobre el escritorio. Dejó el borrador de la tesis también en la mesa, pero esta vez lo hizo con mayor cuidado, como si pudiera explotar. De alguna manera, así era.

—Si mandamos esto al tribunal, habrá consecuencias. —Se inclinó hacia adelante y apuntó al manuscrito con el dedo, amenazadoramente—. No puedo permitir que se manche el nombre de esta universidad de esta forma...

—¡Pero es la verdad! —protestó Patricia.

Había pasado casi ocho años trabajando en ese descubrimiento, la investigación que cambiaría la percepción del mundo tal y como lo conocían. Aquella etapa de su vida había merecido la pena solo por haber encontrado aquellos cofres en Magdala y todo lo que eso desencadenó.

Incluso los días en que había odiado Jerusalén y había deseado volver a España; las noches sin dormir, asimilando lo que iba des-

cubriendo y lo que supondría para la historia de la humanidad; todo eso había acabado mereciendo la pena. Pero sabía que, como decía Namir, su tesis traería consecuencias para la universidad que la publicase.

—No podemos ser la clase de personas que mienten y mantienen un engaño solo para no herir un par de sensibilidades.

—Patricia, —siempre le costaba trabajo pronunciar su nombre—, en muchos países podrían meterlos en la cárcel por esto.

—Pero no en Judea. Piénsalo al menos. No solo nos ha costado tiempo, sino recursos y mucho dinero, no lo echemos todo por la borda.

Namir miró la tesis. Esta también parecía devolverle la mirada. Tomó aire y lo exhaló con pesadez.

—Está bien —dijo al fin—, lo pensaré y lo consultaré con el resto del Departamento.

Gaceta de Jerusalén
24 de junio de 1996

Se intensifican las medidas de seguridad en el Departamento de Arqueología de la Universidad de Jerusalén

Después de la oleada de ataques vandálicos que ha recibido el Departamento de Arqueología tras la publicación de una de sus investigaciones más controvertidas, los

cuerpos de seguridad del Estado han sido movilizados para proteger los almacenes donde se guardan los «cofres de la herejía», como se los denomina coloquialmente por defensores del credo.

La salida a la luz de los artículos científicos del grupo de investigación de Arqueología Teológica de la Universidad de Jerusalén ha provocado una profunda crisis religiosa y espiritual, no solo en la sociedad sino también en la comunidad científica. Hace poco más de dos meses, Patricia Figueredo, la autora principal de la tesis titulada *María Magdalena: La mesías que no lo fue. Identidad del verdadero hijo de Dios*, exponía los resultados de los análisis realizados a las piezas que se encontraron en los cofres de Cafarnaún, cerca de lo que fue en su tiempo la ciudad de Magdala, lugar de nacimiento de María Magdalena. En estos restos se hallaron objetos de dos de los apóstoles de Cristo, Jesús de Nazaret y Judas Iscariote, entre ellos unas tablas y pergaminos que, gracias a la investigación, se sabe que son testimonios de ambos, a modo de diario, en los que relatan los hechos acaecidos durante la Última Cena del Jueves Santo.

Según estos escritos, la persona que debía haber sido crucificada no era María Magdalena, sino el que ahora conocemos como uno de sus apóstoles, Jesús de Nazaret. Si bien este descubrimiento ha escandalizado a la comunidad creyente de todo el mundo, aún se

deben realizar más análisis y buscar otras pruebas que aseguren, sin ningún tipo de error, que lo que afirma Figueredo en su tesis es lo que ocurrió. Por el momento, la autora y parte de su grupo de investigación se encuentran fuera del país en paradero desconocido tras haber recibido amenazas de muerte. La directora del Departamento de Arqueología y la Decana de la Universidad han afirmado que seguirán investigando y que esperan encontrar datos esclarecedores que permitan aclarar esta nueva incógnita.

Miró a Namir. El hombre comprobaba datos y anotaciones en sus cuadernos. El peso de los años había caído en sus hombros, que se agachaban con mayor facilidad de lo que le gustaba admitir, y también había anidado en su pelo, encaneciéndolo como un campo nevado. Él no viajaría; podía ser demasiado peligroso para su salud. El exceso energético de la máquina trasladadora era demasiado fuerte para un hombre de su edad, por lo que solo los técnicos y Patricia harían el trayecto.

Había esperado más de una década para ese momento. Los proyectos de construcción de la Temporalia habían comenzado cuando aún investigaba para su tesis en Jerusalén, pero nunca hubiera pensado que ella podría hacer uso de la máquina que el gobierno lusitano ha-

bía encargado a sus científicos. La Temporalia, localizada en Mérida, la capital lusitana, era la primera máquina de regresión temporal construida para uso humano y, por el momento, se reservaba para fines científicos.

—Está todo listo —comunicó Namir, después de revisar por quinta vez sus cálculos. Su rostro también acusaba el paso del tiempo.

Sin embargo, Namir no era el único que había envejecido: Patricia también lucía esporádicas canas que habían escapado a los tintes y sus ojos oliva ahora estaban enmarcados por arrugas en las comisuras. Regresar a Hispania le había ayudado a recuperarse anímicamente de la prohibición de pisar suelo de Judea, que seguía vigente desde la publicación de su tesis.

Pero fueron los vecinos de Lusitas quienes habían acogido sus descubrimientos con una mente mucho más abierta y quienes, al ser una de las potencias científicas y tecnológicas mundiales más importantes, habían decidido seguir financiando su investigación.

—Esto es real, Namir —dijo Patricia. Con él seguía hablando en hebreo, pues su mentor aún no dominaba bien el portugués—. Vamos a viajar a la época de María Magdalena.

—Vas —le corrigió—. Tú serás la afortunada. Espero que me lo cuentes todo a la vuelta. Quiero saber hasta el olor de las calles y el sabor de la comida.

Patricia lo abrazó, emocionada.

Le había hecho pasar por muchas penurias por culpa de su tesis, pero sabía que el hombre le agradecería siempre el llegar al fondo de ese asunto. Su nombre aparecía en los libros de texto, como una hereje, sí, pero aparecía. Sin embargo, lo que ahora más le importaba es que su nombre permaneciera en el corazón de su mentor.

—Senhorita Figueredo. —Uno de los técnicos asistentes la llamó desde el comunicador—. Tudo está pronto. Estamos esperando por você.

Se despidió de Namir y se dirigió a la sala de traslación. Sus compañeros de viaje estaban ya situados en sus cabinas, anclados y listos para recibir la inyección del medicamento requerido para resistir la fuerza del viaje. Patricia se colocó el arnés de seguridad y entró en su compartimento. Ajustó las hebillas en sus pestañas y apretó el botón de anclaje. El técnico supervisor ordenó que la tripulación iniciara la inyección y cuando todos dieron la señal, comenzó con la cuenta atrás.

Patricia respiraba con nerviosismo. Rememoraba todo el entrenamiento y toda la información incluida en su informe de viaje.

Cinco.

Un encogimiento súbito la sobresaltó e hizo que se le cerrara el estómago.

Cuatro.

Una presión en la cabeza comenzó a marearla.

Tres.

Apretó el mordedor con los dientes.

Dos.

Una neblina acuosa la cegó.

Uno.

El panel de control de su compartimento daba vueltas ante sus ojos. Recobrar la consciencia era una cosa; que su cerebro y su cuerpo se recuperaran del viaje, otra distinta. El protocolo recomendaba entre quince y treinta minutos de readaptación sensorial.

Conforme sus compañeros de traslación daban señales de vida, iban revisando las instrucciones a seguir una vez salieran de las cápsulas. Estas se habían programado para la toma de tierra en una zona desierta a un día de distancia de Cafarnaúm y Magdala. La elección de esas coordenadas de aterrizaje no era fortuita. En 1977 se habían descubierto unas marcas y restos de procedencia desconocida que nadie había conseguido descifrar. Conocían los riesgos teóricos de viajar al pasado, las paradojas que podían producirse, por lo que decidieron que, para no alterar demasiado el curso de los eventos históricos, fijarían el lugar donde se encontraban las marcas en su línea temporal como punto de aterrizaje.

Se cambiaron de ropa y guardaron todos los accesorios y artilugios que pudieran desentonar en esa época, pero llevaron escondi-

dos aquellos que necesitarían, como la brújula, cámaras de fotos de carrete y los comunicadores portátiles. Activaron el modulador de radio de las cabinas; al no existir aún los satélites ni la electricidad, debían usar la Temporalia como estación de radio para los transmisores. Aunque estos solo debían emplearlos en caso de emergencia y evitando testigos para no llamar la atención.

Salieron de las cabinas y se guiaron con una brújula y una recreación de un mapa antiguo de Judea para llegar a Jerusalén. Según sus cálculos, llegarían allí a tiempo para el Jueves Santo.

Durante el camino, repasaron toda la información que necesitarían para pasar desapercibidos y para desenvolverse en la Judea del siglo I d. M. M.: costumbres, leyes vigentes, así como los idiomas principales de la región. Patricia había dedicado gran parte de su retiro forzado a aprender arameo y hebreo antiguo y los hablaba con bastante soltura para tratarse de lenguas muertas. Mientras recordaba todos esos datos, cayó en la cuenta de que era la primera vez que regresaba a Judea, aunque nunca pensó que sería siglos atrás.

Llegaron cuando las últimas luces del día se escondían en el horizonte. El Monte Sion se alzaba inconfundible a pesar de la poca visibilidad y guiaba el último trecho del camino. Habían decidido entrar en el Cenáculo

con discreción. No podrían revelar su presencia allí, pero conocían la distribución de la sala donde tendría lugar la Última Cena y sabían dónde esconderse para presenciar el esperado acto.

El alboroto previo los ayudó a camuflarse sin ser descubiertos y poco a poco empezaron a ver que entraban varios hombres y se dirigían a la mesa que había preparada. A Patricia le palpitaba el corazón con entusiasmo y también con nerviosismo; faltaba poco para verificar su teoría sobre el verdadero Mesías.

Una mujer pasó al cenáculo y ayudó a servir la comida antes de sentarse a la mesa junto a los apóstoles. En seguida reconocieron el rostro que tantas veces habían visto en reconstrucciones arqueológicas: María Magdalena había hecho su aparición y ahora estaba sentada junto a un hombre de rostro moreno, bronceado por el sol imperdonable, y coronado por unos rizos oscuros que le llegaban por la nuca. Una corta barba enmarcaba una boca gruesa y firme, como si cada palabra que salía por ella fuese una verdad irrevocable; y parecía ser así, pues todos los presentes lo miraban con admiración. Ese hombre debía ser Jesús de Nazaret.

El verdadero Mesías procedió a lavarles los pies a los apóstoles. Patricia tomó fotos, de forma que se apreciara bien el acto y quién lo llevaba a cabo. Cuando terminó, se sentaron de nuevo a la mesa, cogió el pan y dijo algo que provocó que

los susurros y exclamaciones se extendieran por toda la mesa.

—Ciertamente os aseguro que uno de vosotros me traicionará.

Su voz era ronca y transmitía una fuerza inusitada. Los comensales le preguntaron quién sería. Por única respuesta, Jesús mojó el pan en un plato y se lo entregó a un hombre que tenía el pelo un poco más largo y liso, pero cuya tez también estaba bronceada por el desierto. Patricia dedujo que se trataba de Judas Iscariote y apreció en su gesto la consternación.

—Lo que vas a hacer, hazlo pronto.

Judas se levantó, dejando el trozo de pan sobre su plato y salió del cenáculo. La confusión parecía haberse apoderado de la mesa, pero Jesús continuó su discurso. Patricia iba reconociendo cada momento de la cena y tomando instantáneas, desde el nuevo mandamiento y la despedida hasta la predicción de la negación de Pedro.

Al cabo de un rato, todos los asistentes se levantaron y empezaron a abandonar el cenáculo. Con discreción, Patricia y sus compañeros los siguieron.

Caminaron hasta llegar al Monte de los Olivos, donde descansaron bajo la luna y al aire de la fresca noche y se pusieron a rezar. Agazapados, los visitantes contemplaron cómo Jesús se alejaba del grupo y bajaba ladera abajo. Patricia susurró a uno de sus compañeros para informarle de que se disponía a seguirlo.

Agradecía que las botas que usaba fueran silenciosas, aunque el ruido de la tierra al removerse con cada pisada le hacía ir más despacio de lo que le hubiese gustado para no alertar al Mesías. No obstante, se hacía una idea de cuál era el camino que llevaba al huerto de Getsemaní.

Al esconderse tras uno de los olivos, una rama crujió y Jesús se giró, alertado.

—¿Judas?

Patricia arrugó la frente al escuchar el nombre del traidor. Según los evangelios, María Magdalena —o más bien Jesús— rezó en el jardín antes de ser arrestada, así que le extrañaba que Judas hubiese regresado.

—¿O eres tú, Padre?

De repente, escuchó el gimoteo del hombre, que empezó a llorar, tapándose el rostro con las manos. Se arrodilló y posó las manos sobre una roca cercana.

—¡Padre, estoy asustado! —dijo entre llantos—. Sé que es lo que tú deseas, pero tengo tanto miedo. —Eché un vistazo a donde estaban los apóstoles y, al no escuchar ninguna voz, comprendió que dormían—. ¿Por qué quieres que me claven en tu cruz? ¡Muéstrame el motivo! —exclamó, sin dejar de sollozar. Sus gemidos se escuchaban en todo el jardín, aunque Patricia dudaba que despertaran a los apóstoles. Alzó la cámara y tomó una foto—. Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz lleno de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como tú quie-

ras. —Se secó las lágrimas; parecía más tranquilo. Se sentó, posando la espalda en la roca y tomó aire, no sin dificultad—. Padre, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad...

Se escucharon pasos entre los olivos del huerto y Patricia se ocultó aún más tras el árbol. Vio la silueta de un hombre y hasta que no alcanzó un tramo más iluminado, no pudo distinguir que se trataba de Judas. Preparó la cámara para lo que se avecinaba. Jesús lo miró, aún compungido y, echando un vistazo más allá del visitante, dijo:

—Pensé que vendrías acompañando.

El apóstol se arrodilló ante él y lloró.

—No puedo hacerlo.

—Judas... —Posó sus manos en el rostro de Iscariote y lo acarició con delicadeza—. Tenemos que cumplir nuestros cometidos. Es la voluntad de mi Padre...

—Pero seré el traidor de todos nosotros. No quiero ser quien llevó a la cruz al Hijo de Dios, no quiero hacerle eso al hombre al que amo.

Jesús acercó su frente a la suya y las lágrimas regresaron a sus ojos. Lo besó y lo abrazó. Judas le devolvió el beso.

—Es nuestro destino...

—¡No! —exclamó el apóstol—. ¿Por qué tienes que morir para que el mundo te crea?

Patricia dudó si seguir tomando instantáneas de aquel momento tan íntimo. Los dos hombres volvieron a besarse y se tumbaron abrazados

junto a la roca. Judas reposaba la cabeza sobre el pecho de Jesús. Sus sollozos parecían haberse calmado.

—Has venido a mí como un ángel —susurró Jesús y una sutil cargada escapó de su boca—. Justo cuando necesitaba consuelo. Si debemos hacer esto es precisamente por lo que tú me has demostrado.

—¿Y qué es eso?

—Que aún hay lugar para la redención y para hacer lo correcto. Si ahora nos echamos atrás, todo este esfuerzo habrá sido en balde. —Se incorporó, apoyándose en el codo, y le acarició la mejilla—. Tienes que avisar a los soldados.

Judas se sentó con renuencia y se frotó la cara, consternado.

—Están avisados —admitió. Se palpó una bolsa que llevaba al cinto y esta tintineó—. Pero les he dicho que no es quien ellos esperan.

—No puedes hacer eso...

—Está hecho.

—¡Tienes que delatarme a mí! —Lo sujetó del brazo y le tornó la cara para tenerlo de frente—. Prométeme que me entregarás a mí. ¡Debe ser así, por la salvación del mundo!

—¿Qué me importa a mí la salvación del mundo?

—Judas...

El aludido rezongó y exhaló sonoramente. Al cabo de unos instantes en silencio, asintió.

—Está bien.

Jesús le pasó el brazo por los hombros y permanecieron así durante un tiempo al cabo del cual, el Mesías dijo:

24—Deberíamos volver y despertar

al resto.

Cuando llegaron donde los demás dormían, Jesús los despertó y los regañó por haber sucumbido al cansancio en lugar de orar.

A lo lejos, el murmullo de pasos distantes y el entrechocar del metal interrumpieron las palabras del Mesías conforme se acercaban. Con cascós, lanzas y espadas amenazaron a los presentes.

Jesús miró a Judas con cautela, mientras el resto de discípulos observaba a los soldados del Sane-drín con temor. Judas dio un paso al frente y el Mesías, adivinando su intención, intentó cogerlo del brazo, en vano.

Entre el barullo y el desconcierto de los Discípulos, Judas se encaminó hacia María y, sin atisbo de duda, le dio un beso en la mejilla.

—¡No! —bramó Jesús, pero Judas se adelantó y lo sujetó para apartarlo de la muchedumbre—. ¿Por qué lo has hecho?

La confusión inicial de los soldados pareció desaparecer conforme se abalanzaban hacia la mujer, que los miraba con igual desconcierto.

Patricia, aturdida, tomó fotos del suceso. Recordó que Judas había comentado que les había dicho que el Mesías no era quienes esperaban. Había planeado cada detalle. Todo para salvar a Jesús.

—¡No os la llevéis! —gritó Jesús, pero Judas lo arrastraba por entre los olivos.

Se dio cuenta de que María, tras comprender lo que sucedía, le hacía un gesto que no pudo confundir: ella guardaría el secreto y al

parecer el resto de discípulos compartían ese parecer. Todo para salvar a Jesús.

Cuando el ruido de los pasos y del tintineo de las armaduras se alejó, dejó un silencio desolador, solo interrumpido por los sollozos de Jesús.

—¿Por qué lo has hecho? —gimió el hombre, arrodillado ante Judas, que se agachaba para abrazarlo—. ¡Esta ha sido tu traición!

—¿No lo entiendes? —imploró Judas—. Así podrás seguir predicando la Palabra de tu Padre...

—Mi muerte era parte de esa Palabra y hora una mujer inocente morirá por mí.

Jesús se levantó y, con un movimiento brusco, se alejó. Judas intentó seguirlo, pero uno de los apóstoles lo agarró por el brazo y se lo impidió.

—Déjalo ir. Ahora debemos rezar.

Patricia se dispuso a seguirlo. Vio que había regresado al Cenáculo, así que se encaminó hacia allá. La estancia estaba vacía, pero la presencia de Jesús hacía que ese espacio cobrase una fuerza imponente, arrolladora. Sin embargo, el gesto del Mesías al tirarse al suelo le otorgaba una vulnerabilidad impropia del Hijo de Dios. La arqueóloga no pudo evitar pensar que, al fin y al cabo, era solo un hombre que cargaba una responsabilidad que lo desbordaba.

—Padre, ¿por qué has permitido que sucediera esto? —lloró el hombre—. Ella no se merecía esta traición... ¡Por favor, padre, sálvala!

La viajera no podía llegar a com-

prender cómo se estaba sintiendo tras la manera en la que habían sucedido los acontecimientos, pero imaginó el dolor de saber que la persona que amas ha traicionado tu confianza, a pesar de haberte salvado la vida. Supuso que no era fácil saber que una persona inocente moriría en tu lugar, y más, después de haber aceptado ese final. Incluso ella misma encontraba difícil asimilar que la adoración a María Magdalena se había basado en una mentira. Quizá no era eso lo que más le costaba interiorizar, sino el hecho de que Judas había provocado todo aquel malentendido. ¿Cómo hubiese sido el mundo si Iscariote hubiese aceptado la petición de Jesús?

Decidió salir del Cenáculo para darle intimidad al Hijo de Dios. Encontró a sus compañeros y buscaron un sitio para pasar la noche y continuar su expedición por el pasado.

La Pasión de Magdalena sucedió, más o menos, como contaban los Evangelios. Se dieron cuenta de que el que más se asemejaba a la realidad era el Evangelio según Jesús y Patricia no pudo evitar reír ante la ironía de la situación. María había hecho creer en su juicio que ella era la reina de los judíos, la Mesías y Patricia supuso que, necesitados de un chivo expiatorio, la creyeron. Incluso las personas que presenciaron su camino cargando la cruz parecían sorprendidas de

que una mujer hubiese sido condenada por aquellos delitos de carácter religioso y político. Pero ante la sed de sangre, pasar por alto la fuente de la que esta emana puede ser un acto sencillo.

Lo más duro para Patricia había sido la crucifixión. Los gritos de la mujer cuando le insertaron los clavos en las muñecas. Aquellos alaridos quedarían con ella para siempre. Cuando pasaron a sus pies, tuvo que retirar la mirada y taparse los oídos. Los apóstoles también apartaban la mirada, arrepentidos, supuso. No quiso permanecer más tiempo allí, viendo cómo la muerte iba apoderándose del cuerpo de María de aquella forma tan cruel e inhumana. Cometió el error de echar un último vistazo atrás conforme se iba y supo que nunca olvidaría aquel rostro ensangrentado y descompuesto por el dolor. Qué injusto le resultaba en esos momentos el mundo.

Pasaron al cabo de un tiempo para comprobar si María Magdalena había muerto ya o seguía sufriendo en la cruz y para su sorpresa, Jesús estaba a sus pies, rezando y llorando. Uno de sus compañeros de viaje tomó una foto y decidieron dejar solos a los dos Mesías.

Convinieron que irían al sepulcro el domingo antes del alba con la esperanza de presenciar la resurrección, aunque no conseguían imaginar cómo sucedería teniendo en cuenta que María Magdalena no era la verdadera Mesías. Para su sorpresa, no eran los únicos que

visitaban el lugar de descanso de la mujer. Vieron que Jesús estaba allí a los pies de la piedra que cubría la tumba. Al igual que en la cruz, en ese momento también rezaba y parecía hacerlo con intensidad conmovedora. Al cabo de unos instantes apareció Judas.

—¿Qué puedo hacer —preguntó— para que me perdonen? —Se agachó y le puso la mano sobre el hombro—. Le he rezado a Dios y creo que hasta él me ha perdonado antes que tú...

—Judas... —Se giró y apoyó la frente en el pecho de Iscariote—. Nunca podría no perdonarte. Tan solo desearía que nadie más hubiera tenido que cargar con mi destino...

El discípulo lo abrazó y lo besó en la frente. De repente, Jesús miró hacia el sepulcro y, tras quedarse un momento escuchando con atención, le hizo un gesto a Judas para que lo ayudara a mover la piedra. Entre ambos destaparon la tumba y escucharon con mayor nitidez la tos y los gruñidos pesarosos de María.

—¡Está viva! —exclamó Jesús—. ¡Gracias, Padre!

Ambos hombres la ayudaron a salir y a recomponerse. Patricia hizo fotos con cautela para que no se dieran cuenta de su presencia. Ni siquiera ella podía creer lo que había visto. ¿Habían valido de verdad las oraciones de Jesús o había una explicación científica? Quizá una parada cardíaca que hubiera hecho que se la diera por muerta

o incluso la mujer podía haber entrado en estado de coma y haber despertado ya en el sepulcro. En cualquier caso, que Jesús y Judas estuvieran allí en ese momento había sido la mejor de sus suertes.

Salieron con cuidado y Patricia y sus compañeros se apresuraron a esconderse. Lo que pudieron escuchar desde la distancia que los separaba eran las instrucciones de Jesús a María para que se presentara ante los apóstoles y que, en definitiva, siguiera el camino que le correspondía a él.

Así que esa era la verdad de la Pasión de María. Y si los pergaminos y cartas que componían los cofres de Cafarnaúm eran una muestra del papel que Jesús y Judas habían tenido en el desarrollo de la religión como la conocían, aquella era la prueba de que su teoría era cierta y Jesús fue el verdadero Mesías.

Según esos diarios y misivas, todos los apóstoles fueron avisados del plan de Jesús de mantener el secreto; dejarían que la gente pensase que María Magdalena era la Hija de Dios, pues al parecer, el nazareno había aceptado que, a pesar de todo, ese era el plan de su Padre. Quizá él no tenía que morir y debía encargarse de seguir con sus enseñanzas, aunque el mundo pensase que no eran propias.

Judas, por su parte, se encargó de llevar la noticia a la familia de María Magdalena. Tiempo después, Jesús se estableció en Magdala para poder ayudar a la familia de María cuando lo necesitase. Vivió

junto a Iscariote y allí comenzaron la escritura del primer Evangelio, el que llevaba su nombre. El resto de la historia, ya la conocían.

El regreso a la trasladora se le antojó a Patricia el peregrinaje más largo. El peso de la verdad viajaba con ella, pues ahora debía enfrentarse al dilema de revelar toda la historia conforme había pasado o mantener el engaño que el propio Jesús había comenzado. Contarle al mundo que María fue una mujer a la que un hombre metió en una encerrona o que fue la Salvadora que todos confiaban que era.

Ahora era ella la que sentía el peso de esa cruz, la amargura de ese cáliz. Deseó poder llegar a casa, darse una ducha, tirarse en la cama y que cuando despertara, todo hubiese sido un extraño sueño. Pero sabía que eso no sucedería, así que se conformó con las tres primeras partes.

Se prepararon los trajes, los cinturones de seguridad, la medicación para el viaje e introdujeron las coordenadas que los llevarían de vuelta a la Mérida del siglo XX.

La Temporalia emitió un ruido agudo mientras arrancaba. La cuenta atrás llegaba a su fin y lo que antes había sido una nave en mitad de un desierto, se convirtió en pocos segundos en un punto absorbido por el aire.

El primer rostro que vio Patricia al salir de la Temporalia fue el de Namir. No pudo evitar que unas

lágrimas se escaparan de sus ojos cuando el hombre la abrazó con cariño.

—¿Qué has descubierto? —preguntó su antiguo jefe.

Lo miró con tristeza, aún dudando sobre cómo proceder. Lo único que tenía claro era que la verdad era una herramienta que había que manejar con extremo cuidado. La verdad era un cristal, frágil y transparente. La verdad podía liberarte o apresarte.

—Pero antes mejor un café, ¿sí?





Life Magazine, 7 de julio de 1963



Han sido unos meses muy complicados tras la intoxicación.



Es decir, ¿quién podía imaginar lo que un hombre celoso podía llegar a hacer?



*E: Entonces todavía tenemos Marilyn para rato.
M: Eso espero (risas)*

Blanca G.



Me llamo Blanca y soy ilustradora y fangirl a tiempo completo (y nigromante, a veces). Nací con un lápiz en la mano, y no he parado de dibujar, muy inspirada por las historias de fantasía y ciencia ficción. En 2020 me formé como ilustradora en la Escuela Ilustra de Sevilla, y desde entonces estoy muy activa, tanto en redes sociales como colaborando con editoriales y otros artistas.

Puedes conocerme como @blanpineappleen Twitter e Instagram.



Carlos Pellín Sánchez (Novelda, 1986). Licenciado en matemáticas, diestro común de espada larga. Escritor de pautas desde que publicó con Niña Loba el cuento en cantar de Gesta del «Cantar de Fayna y el Forastero».

Ha publicado un poema en el primer número de esta revista «Me has encontrado, detective», así como dos cuentos fantásticos. Uno mención de honor en el concurso del blog Fabulantes de «Más allá de la muerte» llamado «El baile binario», y otro en el blog del Yunque de Hefesto: «La soñada».

Actualmente se está peleando con un novelón fragmentado que mezcla prosa y verso. Mientras tanto, tiene un proyecto de #Fanpoesía y poesía fantástica en Twitter con el que intenta que alguna editorial le haga caso más caso con eso del visionado. Búscalo en @heriseus.

Canto de Pelek

De cómo Pelek, Kandake de Nubia, consiguió
cambiar el destino de Alejandro Magno cuando
éste consultaba el oráculo de Amón (su padre di-
vino) en el templo del oasis de Siwa.

Crucé el desierto más allá del Nilo
abandonando Nubia, verde perla.
Sufro este viaje de secano infame
por un oasis.

Ya veo palmas y una fuente rica,
y sus soldados descansando lejos
en tiendas blancas con dorados hilos.
No nos advierten.

«¡Esclavos!, ¡siervas!: ¡ayudadme pronto
a descender el dromedario vil!
No quiero sucia presentarme ante él...
ante el Dorado».

Mi siervas bañan, en las aguas límpidas,
mi piel roñosa hasta que vuelve el ónice.
Tras cepillarme mis cabellos negros,
visto mis galas.

Asciendo innúmeros peldaños sola,
contemplo cuernos de carnero sacro
en gigantescos monumentos pares.
Veo el portal.

La oscuridad de espesa y viva planta
apenas sale de las aras negras
rodeadas prietas por braseros blancos....
Ahí está Alejandro.

Su piel dorada, sus cabellos rubios,
su cara joven, aniñada, bella...
Tan cerca al hondo murmurar de dioses
sobre el oráculo...

Grito y me pongo de rodillas rauda,
se gira Amón divino hecho mortal.
Dudo un instante ante beldad tamaña.
¡Isis, socórreme!

Su mano fuerte me sostiene suave
y me eleva hasta su mirada miel,
Me dice: «Dama tan hermosa nunca
ha de humillarse».

Yo tiemblo como si más joven fuera
y no orgullosa reina de los nubios.
Irradia fuego por su piel divina.
Digo incendiada:

«Rey Alejandro de la Magna Grecia,
conquistador de selvas en Levante,
señor de Egipto por Amón, tu padre:
oye mi sueño.

»Te vi montar en un halcón ciclópeo
hacia el mar gris del horizonte estigio.
Tú te elevabas, mas Amón bajó
mano a tu testa.

»Por la sapiencia de mi pueblo sé
leer cartas de astros y de sueños veros.
Recibe de esta profecía clara
arduo futuro:

»Alejandrías fundarás a Oriente
tan fulgurantes como tú, mi rey.
Te seguirá tu hueste, gloria tuya,
hasta que no.

»Te embargará melancolía ignota
cuando no veas tu inmortal trofeo;
querrán tus hombres regresar a Grecia, tú llora-
rás.

»Y morirás la muerte de honra huida

sin la apoteosis merecida a ti.
»Por eso vengo del desierto a verte:
quiero que vivas».

Silencio brama desde el templo anciano.
Calla el oráculo, el susurro cesa.
El rostro de oro de divina estirpe
halla verdad.

Con la dulzura de mi Nubia sabia
-la que me ha dado el conocer de estrellas-
le cuento su único camino grato.
Nuestro camino:

«Olvida Oriente y ese halcón del sueño:
navega al sur por inclementes dunas
conmigo al lado, hasta Kush elísea
llena de verde.

»Lo que te pide el Padre y no te entrega,
no se lo des, pues destrucción tendrás.
Vive mortal, yo te daré ambrosía
mucho más dulce».

Salimos juntos de la oscura Siwa
hacia el desierto.



Rocío Stevenson Muñoz compagina su trabajo de profesora con la escritura. Tiene algunos poemas y relatos publicados en diversos libros antológicos (TERRORES, Una mirada al infierno, Orgullo zombi, Érase otra vez... Villanos, Dulce Hogar), revistas literarias (Quebrados, Revista Extrañas Noches, Opportunity, Mordedor) y antologías de certámenes literarios.

Tiene publicados un poemario: Cuando arrecie la tormenta y dos álbumes ilustrados: El elefante araña y Marte te necesita, mención de honor en el I Premio Internacional de Álbum Ilustrado Elia Barceló y publicado por la Editorial Premium.

Junto con Lucyna Adamczyk, ilustradora, ha coordinado las antologías Dentro de un agujero de gusano y Hay otros mundos y escrito el cómic «Cerebros. Ñam ñam» para la II Antología Orgullo Zombi.

Recientemente, ha resultado ganadora del premio de relato de cuentos infantiles «Adiós Cultural» y ha obtenido el segundo premio Mordedor. También han visto la luz sus relatos «Que viene El Coco» en la antología Esqueleto en el trastero, publicada por la Editorial Esqueleto Negro y «Una sombra color Carbón» en la antología Espiados, escrita a cuatro manos junto a Virginia Orive de la Rosa.

La antología solidaria La hermandad de la noche. Relatos de sangre y oscuridad, en la que se incluye su relato weird west «Rocky Salt Village» fue finalista de los premios Ignotus 2022.



Hacer un recorrido por las obras ucrónicas que han sido publicadas en lengua española a lo largo del tiempo sería no solo una labor realmente ardua, sino también excesivamente farragosa y extensa, por lo que lo que aquí os proponemos es tan solo un breve listado de ucronías a las que acudir si, después de leer esta revista, os habéis quedado con ganas de más. Hay novelas, pero también relatos y antologías que tratan los asuntos más variados y que fueron publicados en épocas bien distintas. Por supuesto, no están todas ni podemos pretender que lo estén, pero sí creemos que la selección ofrece un panorama rico de lo que las ucronías tienen que ofrecernos.

1.«Cuatro siglos de buen gobierno» (1883), relato corto de Nilo María Fabra. Inicialmente publicado por la revista “La Ilustración Española e Iberoamericana” en su número XLIV, se suele citar como la primera ucronía conocida escrita en España. Podéis encontrarlo en la antología que hizo La Biblioteca del Laberinto bajo el título de Relatos de ciencia ficción, en la antología orquestada por Berenice con el nombre de La guerra de España contra los Estados Unidos y otros relatos y también en la más reciente Historia y antología de la ciencia ficción española, editada por Cátedra y que reúne relatos y novelas cortas de diversos autores.

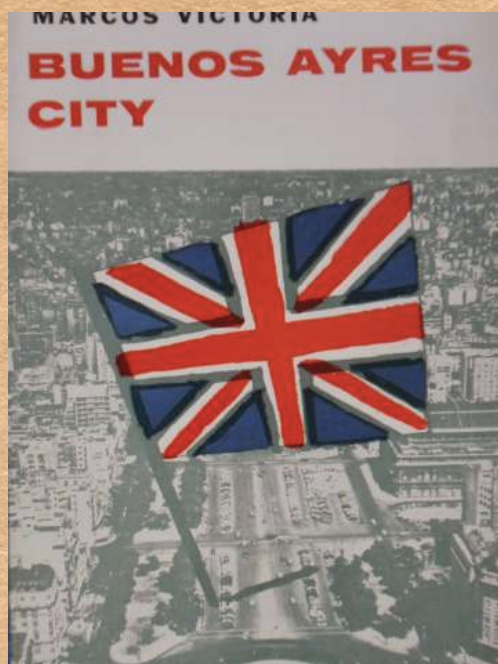
En este relato, el autor parte de la

base de que Miguel de la Paz, príncipe de Asturias y heredero al trono de Portugal, además de nieto de los Reyes Católicos, ha sobrevivido a las fiebres repentinas que en la historia canónica terminaron con su vida antes de cumplir los dos años de edad. Convertido en monarca, reunirá bajo su reinado a las coronas de Castilla, Portugal, Aragón y Navarra entre otras, creando un imperio colonial liderado por un grupo de gobernantes buenos y haciendo uso de tecnología avanzada.



2. Buenos Ayres City (1968), novela de Marcos Victoria publicada por la editorial Losada, nos muestra una Argentina que no existe como tal, pues se trata de una colonia inglesa que los británicos ganaron para sí en 1806. Las Provincias Unidas del Río de la Plata son ahora granero del mundo y prosperan bajo el dominio británico. Sin embargo, en

las Malvinas, se está gestando una rebelión que persigue la independencia de los tentáculos de una corona que sienten demasiado lejana.



3. «Mein führer» (1981), relato breve de Rafael Marín, publicado por primera vez en el número 3 de la revista Kandama, narra las peripecias de un grupo de fanáticos nazis que quieren alterar la historia en favor de los alemanes. Consiguen hacerlo, pero al mismo tiempo, crean nuevos mundos en los que vuelven a reunirse para cambiar el pasado mediante nuevos viajes en el tiempo que parecen no tener fin. Parecen no tenerlo, pero sí lo tienen y ese final, precisamente es uno de los mejores puntos del relato.



4. «Crónica del Gran Reformador» (1985), relato de Héctor Chavarría, ganador del premio Puebla de Cuento de Ciencia Ficción y publicado por primera vez en el número 66 de la revista «Ciencia y desarrollo» y, en 1992, en Principios de incertidumbre, en una edición coordinada por el gobierno del Estado de Puebla. El relato toma como premisa la pregunta de qué habría ocurrido si hubieran sido los aztecas quienes hubiesen conquistado Europa.

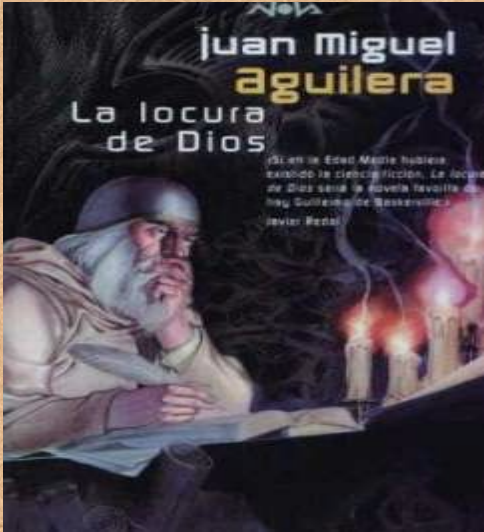


5. El coleccionista de sellos (1995), novela escrita por César Mallorquí, publicada en 2012 por la editorial Alberto Santos y ganadora del Premio UPC de Ciencia Ficción Miguel Barceló, retrata una España en la que el bando republicano está a punto de ganar la guerra después de que Franco haya sido asesinado en un atentado. En este escenario, un inspector de policía de Madrid investiga una cadena de asesinatos perpetrados por alguien que se hace llamar «El Coleccionista».



6. La locura de Dios (1998), escrita por Juan Miguel Aguilera y publicada inicialmente por Ediciones B el mismo año, fue ganadora del Premio Ignotus 1999 a la mejor novela. La obra nos sitúa en el siglo XIV, momento en que su protagonista, el fraile medieval Ramón Llul, más conocido como el Doctor Iluminado, se embarca en una expedición de almogávares hacia tierras asiáticas con el fin de encontrar

trar el reino legendario cristiano de Preste Juan. Su destino, sin embargo, no será ese, sino Aristarcópolis, una ciudad que emplea una misteriosa tecnociencia que a cualquier devorador de ciencia ficción traerá reminiscencias de la corriente steampunk.



7. Fuego sobre San Juan (1998), de Javier Sánchez Reyes y Pedro A. García Bilbao, recibió la mención en el Premio UPC 1998 y fue publicado por Ediciones B en 1999. En la novela, España no ha perdido la guerra de Cuba frente a Estados Unidos y conserva sus territorios de ultramar, al menos durante algunos años más. Esta victoria española tendrá consecuencias inesperadas, como el adelanto de la II República unos treinta años o el liderazgo de la misma en una Unión Europea que se nos presenta mucho más avanzada que esta en la que tú, lector y yo misma nos en-

contramos hoy día.



8. Las Crónicas de tinieblas, de Eduardo Vaquerizo, que aglutinan las novelas de Danza de tinieblas (2005), Memoria de tinieblas (2013) y Alba de tinieblas (2018), todas ellas publicadas por la editorial Sportula, constituyen, probablemente, el universo ucrónico más conocido de la literatura española. Danza de tinieblas fue finalista del premio Minotauro y además de haber sido galardonada con el premio Ignotus a la mejor novela en 2006, está considerada por muchos como la primera novela steampunk en lengua española. En ella, Felipe II ha muerto en un accidente de caza y Juan de Austria, su hermano bastardo, ocupa el trono en su lugar. Como monarca, Juan decide acoger el protestantismo como religión oficial, lo que resulta en un enfrentamiento directo con Roma. Muchos años después, en 1927, Joannes

Salamanca, cabo de alguaciles de Madrid, tendrá que investigar una serie de asesinatos perpetrados con la intención de desestabilizar el reino.



9. Franco, una historia alternativa (2006), VV.AA., es una antología de relatos publicada por la editorial Minotauro y dirigida por Julián Díez. En ella se recogen nueve relatos que giran en torno a distintos momentos clave de la historia española del siglo XX y que especulan acerca de esas otras Españas que no son pero que bien podrían haber sido.



10. El conquistador (2006), novela escrita por Federico Andahazi, resultó ganadora del Premio Planeta Iberoamericano y nos muestra el descubrimiento de Europa por un hombre versado en las profecías del calendario azteca. En una suerte de conquista a la inversa, es el joven Quetzalcoatl quien llega al Viejo Mundo antes de que Colón lo haga al Nuevo.

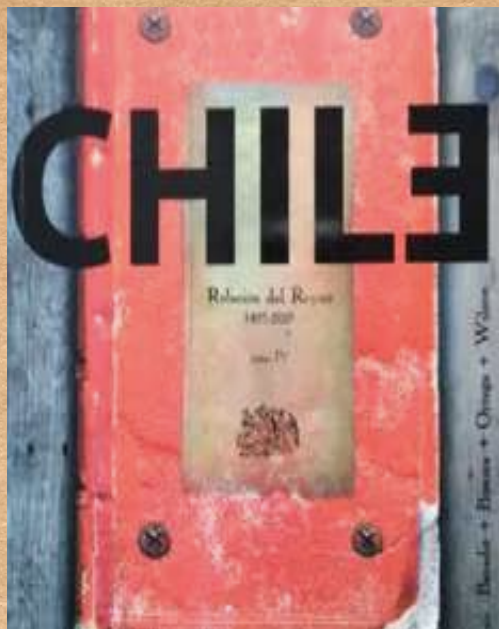


11. *Alejandro Magno y las águilas de Roma* (2007), novela escrita por Javier Negrete y publicada por Minotauro, fue galardonada con el premio Ignotus y el premio Celsius en 2008. Plantea un mundo en el que Alejandro Magno no ha muerto a los treinta y tres años, sino que ha salvado la vida gracias a la intervención de un médico llamado Néstor, que afirma haber sido enviado por el oráculo de Delfos. A partir de esa premisa, el autor desarrolla una auténtica novela histórica alternativa en la que el gran conquistador se enfrentará a la mayor potencia de occidente: Roma.



12. *Chil3. Relación del Reyno 1495-2210*, VV.AA. (2010), publicado por Ediciones B Chile y dirigido por Jorge Baradit, nace de un experimento que, bajo el nombre de «Ucronía Chile», se había empezado a gestar cuatro años antes. *Chil3* es un artefacto interesante que aglutina muchos textos y muchas voces diferentes y que, como sus propios creadores afirman: «explo-

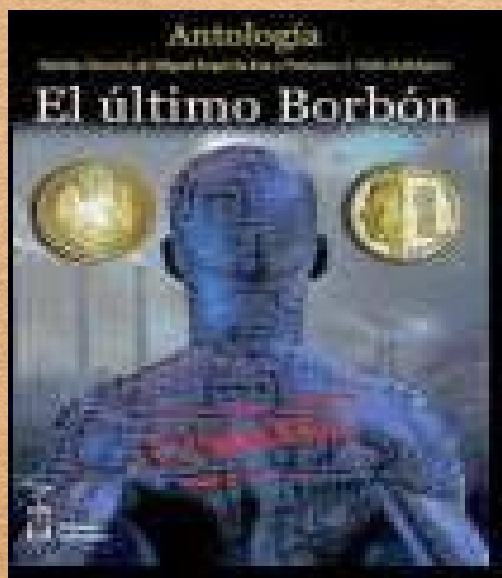
ra, en clave delirante, las posibilidades narrativas de nuestra historia como país fabricado».



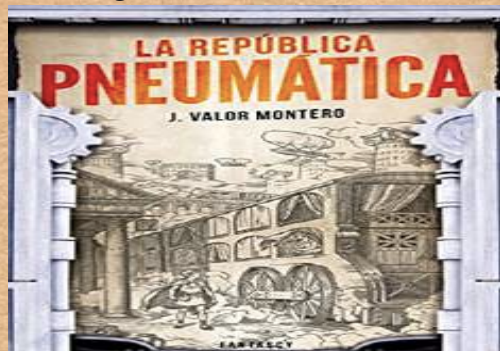
13. *Tesla y la conspiración de la luz* (2014), novela escrita por Miguel Ángel Delgado y publicada por la editorial Destino, nos adentra en un Nueva York ucrónico en 1931, un día antes del fallecimiento de Thomas Edison. En este Nueva York alternativo, algunas de las ideas propuestas por Tesla, como la posibilidad de utilizar la electricidad para realizar transmisiones inalámbricas o la existencia de una energía libre, gratuita y no contaminante, se han implantado y han supuesto una revolución tecnológica. Sin embargo, el mundo cree que el padre de esta tecnología es Edison y no Tesla, quien vive como un paria en la habitación de un hotel.



14. *El último Borbón* (2014), VV.AA., antología de relatos coordinada por Francisco J. Peña Rodríguez y Miguel Ángel de Rus y publicada por Ediciones Irreverentes. Los relatos parten de la premisa de qué habría ocurrido si Juan Carlos de Borbón hubiese sido el último de los Borbones en reinar en España, lo que da pie a conjeturas de lo más variopintas.



15. *La República Pneumática* (2015) es una novela escrita por Jaume Valor y primera parte de una trilogía. Fue publicada por el sello Fantasy de Penguin House Mondadori y plantea la pregunta de qué habría pasado si los romanos hubieran inventado la máquina de vapor además de situar la acción en Barcinomagna, convirtiéndola en capital de la región.



16. «La misma lluvia» (2016), relato escrito por Israel Alonso y seleccionado para la antología *Visiones 2016* de la AEFCFT, fue recogido más tarde en la antología de autor *Recetario para combustiones espontáneas*, publicado por la editorial Cazador de Ratas. En el relato, no es el infante Alfonso de Borbón y Borbón quien muere a causa de un disparo accidental ejecutado por su hermano Juan Carlos, sino que los hechos se producen a la inversa y quien fallece es el heredero al trono.



17. El colapso de las Habanas infinitas (2018), novela escrita por Erick J. Mota y publicada por la Editorial Hypermedia, responde a la pregunta de qué habría ocurrido con La Habana si Fidel Castro no hubiera alcanzado el poder en 1959.



18. El lingotazo (2019), novela escrita por Sergio Sánchez Morán y publicada por Insólita. La acción se sitúa en el «mil novecientos y algo» (la frase que subtitula el libro) en la Península Ibérica. Hispania y Lusitania apuestan por unir sus reinos en uno solo y así nace el Birreino de Hisperia. La novela mezcla fantasía con fantasía en tono de comedia.

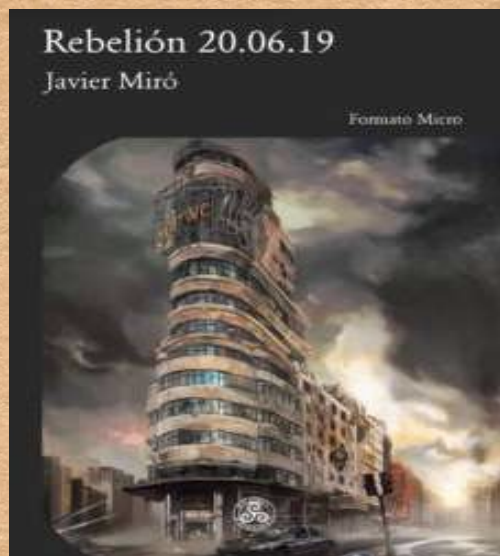


19. Durmientes (2019), novela escrita por Juan Antonio Oliva Ostos y publicada por Dilatando Mentes, nos sitúa en el año 2012. Las fuerzas del Eje han ganado la Segunda Guerra Mundial y Japón y los nazis están a punto de enfrentarse en una contienda. A este tenso escenario geopolítico se le suma la existencia de mundos paralelos en los que los nazis están muy interesados, ya que buscan un metal con el que puedan desarrollar armas que les sirvan para derrotar de forma definitiva a sus enemigos.



20. Rebelión 20.06.19 (2019), novela escrita por Javier Miró y publicada por la tristemente desaparecida editorial Triskel, plantea la acción en Madrid, pero no en la ciudad que conocemos hoy, sino en otra muy distinta de la que solo quedan ruinas. En este escenario, Álex el Mono, un rebelde que ha sobrevivido a pesar de todo lo ocurrido, resiste como puede junto a su

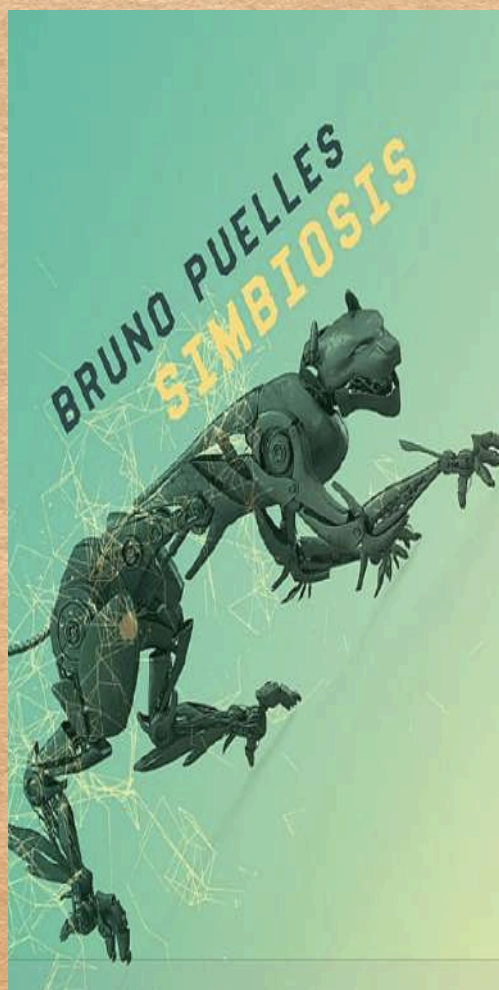
Kalashnikov y es a través de él y, más concretamente, desde sus recuerdos, cómo aprenderemos qué ha ocurrido y por qué.



21. La presidencia de Marta Quintana (2021), novela escrita por Jorge Prinzo, publicada por la Editorial Premium y ganadora del XXX Premio de Novela Domingo Santos. La novela nos sitúa en un presente alternativo en el que un agente del gobierno argentino investiga la renuncia a la presidencia de Marta Quintana después haberla ostentado como interina tras la muerte de Juan Perón.



22. Simbiosis (2022), novela escrita por Bruno Puelles y publicada por Minotauro, fue finalista del premio que convoca anualmente esta editorial. La novela arranca en el año 1999, un año antes de la llegada a nuestro mundo de los ilin, una raza alienígena con conocimientos científicos superiores a los humanos y tecnología avanzada limpia y eficiente. Los ilin están dispuestos a compartir todo su saber con los humanos si estos se avienen a convivir con ellos en una relación simbiótica en la que los primeros serán huéspedes de los segundos, conviviendo en un mismo cuerpo.





Lucas Naranjo creció escribiendo relatos y demás obras por diversión. Apasionado de la fantasía, el terror cósmico y los superhéroes, es estudiante de Periodismo y Comunicación Audiovisual, así como escritor y dibujante ocasional. Ha publicado relatos para Orgullo Zombi 2021, Revista Tártarus, Antología Discanectados, La Hora Mágica, Historias Pulp: Mad Max y Linares Fantástico. También ha participado en portales literarios como Teoría Ómicron o El Yunque de Hefesto. Hasta el momento no ha publicado ninguna novela propia, pero espera que pueda darse pronto la ocasión.

CAÍDA Y ASCENSO DE LOS ANTIGUOS DIOSSES



La princesa tornada reina jamás olvidaría las últimas palabras de su amado padre. Yaciendo en su lecho de lana, telas fenicias y sangre vieja, el moribundo rey Mucro logró exhalar un último aliento con sus agrietados labios: «Todos los lobos muerden. Asegúrate de que muerdan por ti». Solo entonces pudo partir en paz, abandonando su alma aquel cuerpo de retorcidos jirones y raídos huesos. La corona permaneció sujetando sus escasos cabellos blancos, pero no duraría mucho más. Otra cabeza aguardaba su llegada con miedo y expectación.

Por mucho tiempo que pasara, Himilce de Cástulo tenía la sensación de que seguía sin haber desentrañado el auténtico significado de las palabras de su padre. Tras su muerte, había sido forzada a casarse con Aníbal Barca, supremo general cartaginés e invasor de su tierra oretana. Que lo hubieran dejado entrar pacíficamente entre sueños y promesas no lograba edulcorar la realidad: se había tratado de una conquista en toda regla. Tal vez no se hubiera derramado sangre en el acto, pero la reina se temía que el momento llegaría pronto.

Amílcar, padre de Aníbal, había

movido los hilos pertinentes para lograr que la mano de su hijo se uniera a la de Himilce. Su padre Mucro lo había permitido, aunque no podía achacárselo. Con unas fuerzas militares tan paupérrimas en comparación a las de Cartago, no habría tenido opción siquiera de levantar la espada en su contra. Ahora, con el peso de la corona hundiéndole la cabeza entre los hombros, Himilce esperaba el momento del casamiento. Subido al torreón del palacio, desde donde se alcanzaba a vislumbrar hasta el más lejano rincón de Cástulo, Aníbal le había prometido una glamurosa celebración en el Templo de Tanit, en pleno corazón de Cartago Nova. Era una idea interesante, romántica incluso, pero aquello no lograba satisfacer a la reina. Después de todo, Aníbal no era el hombre al que amaba. Él estaba convencido de que así era, cosa que demostraba con furtivos besos y abrazos siempre que se dejaba ver por Cástulo, y quizá fuera tal cosa algo que Himilce pudiera usar a su favor. Después de todo, aunque diestro en la batalla y la estrategia, el poderoso general y comandante parecía indefenso ante las argucias femeninas.

A escasos meses de la celebración en Cartago Nova, preocupantes noticias llegaron mediante emisarios regionales. Al parecer, la guerra en Olcadia seguía librándose fieramente. Al contrario que ellos, los olcades se habían negado a aceptar

el sometimiento y se habían alzado en armas contra el invasor cartaginés. Su líder, el temido rey Tagus, llevaba años presionando a los visitantes mediante astutas estrategias de guerrilla. Se enfrentaba a las vehementes fuerzas de Asdrúbal el Bello, suegro de Amílcar, un hombre no precisamente reconocido por su piedad. A pesar de las duras campañas que había llevado a cabo para someter al pueblo de Olcadia, su victoria seguía siendo un sueño distante.

De hecho, según se contaba, Asdrúbal había perdido suficiente terreno como para considerar la retirada. Prescindir de un territorio tan rico en agricultura y minerales sería un golpe bajo para Cartago, que vería considerablemente mermadas sus fuerzas.

Y, sabiendo lo cerca que se encontraba Roma, no era algo que pudieran permitirse a corto plazo.

Por eso, conociendo lo que se avecinaba, Himilce aguardó con mayor ansia que nunca la llegada de su prometido. Nada más poner pie en su alcoba, el fiero Aníbal la empujó a las profundidades de su catre. La reina no pudo resistirse, presenciando cómo el general le retiraba el tocado íbero y, luego, cada pieza de sus holgadas vestiduras. Nunca había deseado aquello, pero, si quería ver sus objetivos cumplidos, primero debía dejarse llevar. Si estaba en lo cierto, el dolor terminaría pronto.

Caída la noche, Himilce se echó

un manto de piel de oveja sobre los hombros y salió al balcón de su alcoba. Conociendo su gusto por las lunas llenas, Aníbal la seguiría enseguida. Venía de anexionar un pequeño territorio sureño a su nuevo hogar, así que parecía de buen humor. De nada le serviría un conquistador furioso, pero quizá pudiera hacer algo con aquel joven inundado de esperanzas de oro y sangre.

Cuando la abrazó por la espalda como tanto le gustaba, Himilce comprendió que había llegado el momento. Aníbal parecía negarse a aceptar la realidad de Olcadia, nación de insurrectos y mártires, aunque en el fondo era plenamente consciente del lastre que le suponía. Cartago debía mantenerse unida en un territorio tan convulso, pero tal cosa sería imposible mientras Asdrúbal se encontrase entre la espada y la pared.

Al final de cada semana, Himilce acudía al teatro local. Este había sido construido tras la ocupación cartaginesa, instaurando nuevas costumbres que el pueblo oretano enseguida aprendió a apreciar. Algunas de aquellas obras de origen romano cautivaron a los íberos, que, aun sin entender gran parte de las cosas que se decían, acababan aplaudiendo y arrojando flores a los actores. La reina no se quedaba atrás, siendo quien en ocasiones comenzaba aquel maremágnum de vítores. Más de una vez había soñado con lanzar la corona al suelo

y sumarse al espectáculo, pero sabía que, por muchas capuchas con las que pudiera tratar de esconder su rostro, siempre sería la reina de aquellos hombres y mujeres. Era su deber protegerlos del mal acuciante: por eso estaba por encima, amparada por Noctiluca, Astarté y las demás diosas prometidas.

Mas tal cosa no la había librado de acabar asimilando ciertas lecciones de actuación. Devorar teatro con tanta frecuencia la había ayudado a saber cómo fingir, cosa que logró usar cual discreta daga contra Aníbal. Su preocupación por Asdrúbal y su ejército parecía tan auténtica que su prometido no pudo evitar conmoverse, contrayendo las pupilas al ser consciente de su peligrosa realidad. Lo que ocurriera con Tagus y sus olcades le daba lo mismo, pero de pronto parecía que los repudiara tanto como su pueblo a la guerra. Hablándole de la grandeza de Cartago, de su honroso linaje y el misterio del destino, Himilce pareció lograr despertar algo inédito dentro de él. Rigiéndose por la vacua sencillez del deber familiar, el general no tardó en comprender cuál era su suprema obligación. No podía seguir ignorando lo que pasaba en el norte mientras seguía abriéndose paso hacia el sur: si no sumaba sus fuerzas a las de Asdrúbal, Olcadia haría peligrar el futuro de la imperecedera Cartago.

Y así fue que, dos semanas después de aquella enigmática noche, Aníbal cabalgó junto a sus mejores

hombres en dirección a Olcadia. Su objetivo era llegar en menos de seis meses a la capital, Altia, que sería asediada con el objetivo de lograr la rendición del rey Tagus. Entonces se llevaría a cabo su ejecución pública, que, como esperaba, podría punto y final a la rebeldía de los olcades. Aquello era lo que hacía siempre que llegaba a un lugar insurrecto, y solo la debilidad del rey Mucro le había permitido morir en la cama y no a los pies del general. Tampoco había tenido escrúpulos a la hora de vender a su hija al mejor postor, pero quizá hubiera sabido desde el principio cómo acabaría aquello.

«Todos los lobos muerden. Asegúrate de que muerdan por ti». De hecho, las últimas palabras de su padre cobraron sentido el día que los emisarios del norte llegaron a Cástulo entre susurros y temblores. Al parecer, de camino al campamento de Asdrúbal, Aníbal Barca había sido sorprendido por un escuadrón de olcades. Estos habían diezmado a su ejército, sometiéndolo mediante diversas trampas en las que habían caído de lleno. No había noticias de que el general hubiera caído en batalla, pero, desde luego, no podía augurársele un glorioso futuro después de aquello. A los dos días, más emisarios aparecieron con noticias de última hora: Asdrúbal se había desplazado para apoyar a Aníbal, abandonando el campamento principal. Este había sido rápidamente tomado por el

general Káukor, al servicio del rey Tagus, dejando desabastecidos a los hombres de Asdrúbal. Algunos incluso habían caído en las garras de los olcades, siendo ejecutados por aquellos que no comprendían el concepto de prisionero de guerra.

Y, pasadas dos semanas, la noticia que tanto había estado ansiando llegó con gran satisfacción a sus oídos. Según se decía, la cabeza de Asdrúbal el Bello había aparecido clavada en una pica enfrente de las murallas de Altia. Una gran batalla se había librado en los confines de Olcadia, decantándose la victoria por el rey Tagus y su indomable legión. Tres cuartos del ejército cartaginés habían sido eliminados, aunque no había quedado constancia de la supervivencia de Aníbal. De haber caído, lo habría hecho como uno más y entre el barro mojado de aquellos insólitos yermos. Himilce veía imposible que hubiera sobrevivido, aunque, de haber sido así, no habría podido ir muy lejos sin ser localizado y posteriormente sacrificado. Los olcades tenían todo un panteón de dioses sedientos de sangre, siempre reclamando nuevas gargantas degolladas y fluidos derramados en su honor.

En ausencia de Aníbal, el capitán Hurco había permanecido en Cástulo para liderar a las tropas restantes. Ahora, sin un líder, aquel militar no parecía tener un futuro próspero. La reina lo encontró a los pies de la estatua de Tanit en

el templo local, recientemente erigido por orden del propio Aníbal. En algún momento debía haber estado rezando, cosa que su encogida posición delataba, aunque había desistido y ahora yacía deprimido y sin fuerzas. Himilce acudió entonces junto a él, colocándole una mano en el hombro como si pretendiera consolarlo. Ni mucho menos era tal su propósito, pero él pareció creer lo contrario: le sujetó la mano y la besó, clamando «¡Mi reina! ¡Mi reina!». Ella respondió con indiferencia, instándolo a erguirse y rendirle pleitesía. Quizá su supremo líder hubiera caído, pero ella seguía permaneciendo firme como un milenario coloso griego. Con su tocado binario, los elegantes abalorios multicolor que le caían sobre los hombros y aquella profunda mirada avellana, se asemejaba más a una diosa que nada que el capitán hubiera visto nunca. Venerarla como tal era una promesa arriesgada, quizá incluso una afrenta a sus ideales cartagineses, pero ¿acaso le quedaba algo que perder?

Al cabo de dos meses, Cartago solo era un vago recuerdo, una vergonzosa sombra del pasado. Quienes alguna vez sirvieron fielmente a Aníbal Barca renegaban de tales sucesos, afirmando que siempre habían seguido a Himilce y que lo harían hasta el final de sus días. Del mismo modo aseguraban haber nacido en Oretania, como si una nueva camada de hijos de Iberia hubiera surgido de la nada.

Eran guerreros admirables, entrenados desde la infancia en las más violentas artes marciales y, aunque no hubieran sobrevivido a la debacle muchos, bastarían para que sus planes llegaran a ver pronto la luz. Desde luego, su corte tenía un contundente objetivo: la expansión. Habían clavado sus miradas vulturinas sobre los territorios limítrofes de Turdetania y Bastetania, cuyos emisarios acechaban con apetito devorador. Algunos incluso habían urdido estrategias para conquistar Olcadia en un futuro, deseosos de desafiar al hostil rey Tagus sin tener en cuenta las consecuencias.

Sin embargo, Himilce tenía todavía más claro cuál era el siguiente paso en el glorioso futuro de Cástulo. Con el enemigo a las puertas, los íberos no podían permitirse seguir matándose entre sí. La última guerra entre oretanos y turdetanos había dejado innumerables cadáveres a lo largo de todo su hogar, cosa que no deseaba ver repetida. Su pueblo merecía más, pero no era el único: todos los íberos habían sido enviados por los dioses para la grandeza, destinados a devolver cada golpe y convertirse en emperadores indomables.

Pero la reina sabía algo que para el resto no era más que un remoto rumor: si no actuaban con presteza, aquella hegemonía terminaría pronto. Tras la retirada del territorio íbero de Amílcar, el último gran general cartaginés había sido emboscado por el pavoroso co-

mandante Escipión. El romano, al cargo de innumerables legiones, había arrasado en tierra y mar con los últimos soldados de Cartago. Se decía que incluso había arrojado al Mare Nostrum la cabeza de Amílcar, cumpliendo con una vieja profecía de los oráculos romanos. Ahora, sin enemigos a la vista y con nuevos horizontes abiertos, parecía dispuesto a llevar el nombre del mayor dominio del mundo un paso más allá.

Según le habían comunicado fuentes confidenciales, las primeras legiones invasoras habían sido avistadas en Celtiberia. Las tribus locales habían logrado frenarles los pies a duras penas pero, según se decía, la resistencia no duraría eternamente. A diferencia de Oretania, Celtiberia no contaba con grandes ciudades comerciales que pudieran unirse en coalición para detener la amenaza. Numancia, Lutia y Uxama tenían potencial, pero un tratado de paz era inviable: aquellas gentes eran demasiado arrogantes y avaras como para dejar de lado sus diferencias. Ni la inevitable muerte podría cambiar esa verdad. Pero, si los propios celtíberos no bastaban, ¿qué tal los oretanos? Himilce contaba con algunos de los mejores oradores de la región, entrenados por los maestros cartagineses que habían llegado junto a Aníbal. Instruidos desde la infancia, podían lograr que, solo con la palabra, un ejército se rindiera a

sus pies. A veces prometían más de lo que podían abarcar, conscientes de que la reina sabría cómo ocuparse de las consecuencias, pero rara vez solían errar. Ya había enviado al oeste a siete, con pacíficas intenciones conciliadoras, y seis habían vuelto triunfantes y con nuevas alianzas establecidas; del restante solo había retornado su cabeza, aunque la proporción seguía siendo bastante favorable. No podía quejarse.

Pero a Roma no se la conocía por actuar con detenimiento, por lo que, a los dos días de plantearse-lo, decidió tomar la decisión final y enviar a cinco de sus más doctos oradores. El capitán Hurco los escoltaría, defendiéndolos de posibles asaltantes olcades en su camino a Celtiberia. Su objetivo era llegar hasta Numancia, considerado el asentamiento mejor organizado militarmente del momento, aunque, de no quedar otra, se conformarían con las tribus colindantes. Aquellos hombres del norte tenían fama de bárbaros, y algunos no dudaban en arrojarse descamisados a la batalla si creían que sus dioses bélicos los amparaban. Era improbable que lograran sobrevivir a varios asaltos, pero eso no los privaba de llevarse por delante a, por lo menos, diez enemigos.

No, Himilce no buscaba héroes de guerra: la carnaza sería suficiente. Pero, a las dos semanas de enviar a los emisarios, algo inesperado

llegó a las puertas de Cástulo. La reina creía imposible que se tratara de sus oradores: apenas debían haber atravesado las fronteras de Celtiberia para aquellos instantes. La única posibilidad era que hubiesen dado la vuelta, pero se negaba a aceptar una realidad tan decepcionante. ¿Qué pensaría su padre, que la observaba desde el cielo entre los dioses viejos?

No obstante, lo que encontró al asomarse por el balcón de su solitaria alcoba la dejó todavía más patidifusa. Los olcades llevaban años molestándolos como guijarros en las sandalias, retrasando a sus patrullas y, en algunas ocasiones, asaltándolas incluso. Más de veinte oretanos habían sido asesinados por aquellos rondadores sin escrúpulos, desatando en Himilce una ira que nunca pudo más que reprimir.

Pero ahora los tenía en su propia ciudad, a sus pies. Y, al parecer, no habían acudido solos.

Entre sus muros había suficientes olcades como para arrasar Cástulo cinco veces seguidas. Era por eso que los centinelas les habían permitido entrar: de desatar su ira, el destino de la ciudad sería aún peor. Cualquiera habría imaginado las peores intenciones por su parte: era lógico, pues su carácter conquistador e indómito los había vuelto famosos de una punta a otra de la península. No obstante, formando de manera ordenada bajo las órdenes

de un misterioso general, parecían dispuestos a algo más que la simple devastación.

Himilce pensó en descender personalmente, pero sus guardias se lo impidieron: era un riesgo que no podía asumir. De todas formas, tras enviar a sus hombres de confianza, la reina entendió que aquella era una oportunidad que no podía dejar escapar.

Al parecer, que la Dama de Cástulo seguía soltera era un hecho más reconocido de lo que pensaba. Lo cierto era que, tras lo ocurrido con Aníbal, la mayoría de señores iberos habían rechazado cortésmente su mano. Se pensaba que traía mal agüero y que todo aquel que contrajera nupcias con ella se vería enseguida asesinado. Aquello había traído una pizca de amargura a Himilce, que, aunque había aprendido a enfrentar el tormento de la soledad, presentía que moriría con el lecho vacío.

A pesar de todo, parecía que todavía existían reyes con valor suficiente como para tomar riesgos. Ni siquiera había llegado a plantearse como una posibilidad, pero la idea floreció en sus pensamientos tan pronto como aquel hombre se presentó en sus aposentos. Con aquella gloriosa armadura plateada (presidida por la medalla de un lobo feroz), la falcata sobre cuyo pomo descansaba la mano y un vehementemente casco emplumado, el rey Tagus de Altia se la quedó miran-

do con una promesa en las pupilas. Jamás pensó que los enigmáticos muros de su palacio acogerían a aquel hombre, protagonista de mil crónicas y todavía más leyendas, pero el amo y señor de Olcadia no podía haber recorrido tantos acres para solo entablar una breve conversación.

Por eso, Himilce se vio obligada a contener una sonrisa de satisfacción cuando oyó las palabras salidas de sus labios.

—Cásate conmigo —pronunció con una reverberación que alcanzó a escucharse en cada rincón del palacio.

Fue entonces cuando se arrodilló, clamando su noble nombre y las maravillas que se contaban de su reinado en Olcadia, así como todas las virtudes que, según aseveró, la equiparaban a la diosa Ataecina. Ni siquiera la había visto en persona hasta ese momento, pero parecía verdaderamente prendado de ella. Su amor se respiraba con cada declaración de admiración, titilando sus ojos vívidos de sueños y esperanzas.

Y ¿cómo decirle que no a tan jugosa promesa?

Cástulo Nova resplandecía con vehemencia desde la distancia, cegando a todos aquellos viajeros que la atisbaban desde el corazón del mar. Comerciantes de todas las tierras mediterráneas arribaban a sus cos-

tas para cumplir con sus intereses comerciales, quedándose, en ciertos casos, a vivir el resto de sus días entre sus inescrutables murallas. El nombre de Cartago Nova era agua pasada: su imperio se había desvanecido para siempre, arrastrando consigo las mareas cada mito y leyenda. Solo el nombre de Oretania permanecía indemne, demostrando que nada ni nadie podría frenar jamás el ímpetu de los íberos. Los viejos dioses de Iberia los amparaban, y solo gracias a su voluntad habían logrado frenar el apetito conquistador del titán romano. Turdetanos, bastetanos y carpetanos se habían unido por primera vez en la historia para demostrar que los días de Roma habían llegado a su fin: incluso los habitualmente reacios celtíberos, liderados por el joven Olíndico, habían participado, sumando su brutal barbarie a cada encarnizada batalla. Sus pectorales descubiertos, aquellos negros tatuajes que recorrían como serpientes del averno sus pieles y los ominosos cánticos que entonaban se convirtieron pronto en el mayor temor de los hijos de Roma. Pero aún más terroríficos demostraban ser los olcades, que siempre aparecían cuando menos se los esperaba. Quizá los de Celtiberia inspiraran pavor, pero eran los vástagos de Tagus quienes ganaban las guerras. Orgulloso de sus hazañas, el rey de Altia subió al torreón de Nueva Cástulo para admirar el horizonte. Se encontraba justo encima

del recién inaugurado Templo de Hércules, una maravilla arquitectónica que reunía a íberos, fenicios, tartesos e incluso algunos griegos bajo su techo. Se había convertido rápidamente en un estandarte de unión y conciliación, cosa que llenaba a Tagus de júbilo. Jamás habría esperado que los pueblos pudieran aprender de una manera distinta al sometimiento a golpe de falcata, pero aquella era la demostración perfecta de cuán equivocado había estado. Se lo debía todo a Himilce, su amada esposa y madre de sus dos hijos, la ahora coronada como Dama de Iberia. Hacía tiempo que la ambiciosa pero diminuta Cástulo había quedado atrás, rezagada como una ciudad más de tantas que enarbolaban con orgullo el nuevo estandarte. Sus viejas calles no traían buenos recuerdos a la reina, que prefería pasearse por lugares más espléndidos. Y Cástulo Nova era perfecta para eso mismo, pues los mosaicos que adornaban las paredes de sus templos refulgían como el oro más exquisito. Algunos marineros habían traído aquellas tradiciones de la lejana Fenicia, embelleciendo su nueva capital como si de un faro intermitente se tratara. El escepticismo de los rezagados se extinguía tan pronto como el áureo fulgor invadía sus ojos, dándoles a conocer la benevolencia de los dioses de Iberia.

Y, si querían prosperar en aquella tierra en expansión, más les valía rendirles culto.

El Salón de Armas era la construcción más reciente de Cástulo Nova, aunque eso no había impedido que se tornara enseguida en una de las más transitadas. Solo los altos señores del Imperio de Iberia tenían permiso para cruzar sus imponentes portones, ofreciéndoseles entonces un asiento en torno a la inabarcable mesa principal. Tagus e Himilce la presidían, cómodamente sentados en sus tronos de oro y amatista, con las manos cruzadas y las miradas puestas sobre sus leales aliados. A un lado de la Dama se encontraba el capitán Hurco, ahora nombrado comandante imperial, que lucía con orgullo el emblema del lobo sobre el pecho. Con su holgada capa roja y aquel yelmo de influencia olcade parecía más próximo a los dioses que ninguno de los presentes, pero ni siquiera era el centro de todas las miradas. Algo más curioso resultaba uno de sus más recientes invitados, llegado tres días atrás de los confines de Celtiberia. Se trataba de Olíndico, el Viros Veramos de los celtíberos, quien había logrado reunir a todas las tribus bajo la sombra de su lanza. Esta, reluciente como el sol naciente, ni siquiera parecía forjada por los hombres: de hecho, las leyendas contaban que el propio dios Lug se la había concedido como una promesa de fe. Luego, el celestial Netón la había imbuido de su poder tronante para que la tormenta acompañara al guerrero en cada batalla. Himilce nunca lo

había visto despedir rayos, pero no podía negarse que la ventura divina lo acompañaba como a ningún otro de los presentes.

Una especie de silencio supremo se había apoderado de la estancia, callando gargantas al mismo tiempo que la incomodidad se apropiaba incluso de los más regios. Solo el viento que se filtraba entre los arcos superiores lograba eclipsarlo, trayendo consigo el aroma a sal de las costas levantinas. Himilce lo saboreó con gusto, relajando los párpados mientras trataba de hacerse a la idea de cuánto había cambiado todo. Suponía que nunca podría llegar a asimilar la magnitud de sus logros, aunque esperaba que Aníbal, estuviera donde estuviese, fuese capaz. ¡Cuán satisfactorio sería verlo retorcerse bajo el yugo del perverso Airón en los confines del averno!

Pero solo un férreo puño logró destruir aquel indeseable silencio: Audax, señor de los turdetanos, parecía ansioso. Suya había sido la promesa de reunir a los lusitanos y los tartesos bajo su estandarte, aunque todo apuntaba a que las negociaciones no le estaban yendo precisamente bien. No se trataba de un conciliador, aunque tampoco era el mejor de los guerreros. De hecho, si Himilce no lo había expulsado aún de su Consejo de Guerra era porque necesitaba sus fuerzas a su lado. Sus hombres tampoco eran los más audaces de Iberia, pero sus cifras superaban con creces las de

Oretania y Olcadia juntas.

Desde luego, no había mejor cebo de guerra que los turdetanos.

—No podemos permitirnos el relajajo —aseguró el gruñón Audax, cuyos ojos fulguraban furibundamente—. Cada parpadeo de indiferencia es una oportunidad más para Roma. Podemos seguir frenándolos desde Celtiberia, pero nunca se detendrán. Sus números son tales que ni mil derrotas harán mella en la armadura de Roma.

Pero, proclamándose sobre todos los presentes, Himilce dio un golpe con el báculo que empuñaba contra el suelo. Todos le dedicaron entonces sus miradas, admirando la imponente figura de la Dama de Iberia. Su tocado binario era ahora de oro macizo, una carga que debía soportar si quería conservar aquella adoración.

—Ya han aprendido a temernos —dijo con su gallarda voz—. Ahora solo queda que aprendan a respetarnos.

—Siento discrepar, mi Dama, pero concuerdo con el general Audax —afirmó de forma inesperada Olíndico, cuya dicción era rápida pero clara cual agua de manantial—. Ni siquiera el fuego ha logrado ahuyentar al pretor Canuleyo de mis tierras. Mis fuentes aseguran que, debido a la escasez de soldados romanos, han empezado a enviar bárbaros del norte para asediarnos. Son hombres fieros, peores incluso que los de Roma. Tarde o temprano encontrarán la manera de penetrar

nuestras defensas... a no ser que se lo impidamos.

A lo que un impaciente Tagus colocó los puños contra el mármol de la mesa y exclamó:

—¿Y qué sugiere, Viros Veramos?

Entonces, el líder y druida le flechó una indescifrable mirada al rey de Altia. Resultaba casi hostil, como una silenciosa amenaza, pero lo cierto era que entrañaba ideas que hasta entonces no habían sido más que anhelos. La corta edad de Olíndico no le había impedido jamás ser ambicioso, aunque aquel carácter estaba a punto de llegar a su punto álgido.

—Corta la cabeza y el cuerpo morirá —pronunció, produciendo inmensa expectación entre sus oyentes—. Es lo que ellos siempre dicen, así que ¿por qué no aplicárselo? Tenemos a la flota fenicia de nuestro lado, pero no será suficiente para aplacar la suya. Sin embargo, el apoyo de Tartesos puede proporcionarnos todo lo que necesitamos. —¿Está proponiendo la invasión de Roma? —preguntó la absorta Himilce.

Pero Olíndico no necesitó ni asentir: su profunda mirada de ojos como aguamarina hablaba por sí sola.

—Es el siguiente paso en el camino del Imperio de Iberia —dijo con ominosa voz—. Tal como Cartago cayó en nuestras garras, Roma ha de hacerlo ahora. Son ellos o nosotros, y no pienso sacrificar a mi pueblo por una promesa de paz.

La sesión terminó con la siembra de dudas y un murmullo general. No hizo falta nada más para que floreciera el odio.

Como ya era costumbre, Tagus subió hasta lo alto de la torre que presidía el Templo de Hércules para admirar el Mare Nostrum. Sin embargo, buscando la necesaria soledad, nunca habría esperado toparse con su esposa.

Nadie podría verlos desde semejante altura, así que no tenía por qué seguir fingiendo: se dejó caer cerca de la reina, mas no a su lado. Tampoco le ofreció la mano ni la abrazó con cariño, rindiéndose ante las dulces caricias que alguna vez conquistaron su raciocinio. Su amor seguía latente, pero, de alguna manera, una corazonada le indicaba que nunca volvería a ser como antaño. El Imperio de Iberia requería que aquella unión no se marchitara jamás. Quizá fuera ese el último hilo que los mantenía unidos.

A lo lejos, enfilados junto a los puertos, los navíos que componían la vasta flota militar aguardaban la inminente partida. La afluencia de marineros, soldados y exploradores era abrumadora, hasta el punto de que se había anulado el comercio durante una semana completa. Aquello no había satisfecho a la gente de negocios, que se había retirado al núcleo de Nueva Cástulo para organizar un improvisado

mercado artesanal.

Una curiosa nostalgia embargó a Himilce cuando un rayo de sol se interpuso entre su mirada y las innumerables filas de barcos de guerra. De alguna manera, no pudo evitar recordar la llegada de Aníbal a las costas de Iberia. Ni siquiera había estado presente durante aquel momento exacto: para aquellos instantes, ella no había sido más que una despreocupada jovencita encerrada entre las cuatro paredes de su palacio. La dinastía Barca nunca llegó lejos, aunque muchos pueblos arrasados hubieran deseado que ni siquiera hubiera arribado a sus humildes moradas.

Sin embargo, de no haber sido por su advenimiento, ella nunca habría espabilado. Aquella princesa de mirada taciturna y espíritu endeble habría permanecido en algún rincón de su hogar, ignorando la existencia de cualquier otra cosa a su alrededor. Ya fuera de la mano de Roma o algún otro invasor, Iberia habría acabado cediendo.

«Todos los lobos muerden. Asegúrate de que muerdan por ti».

No, ninguna fiera bestia había luchado realmente en su nombre. Había librado personalmente cada una de sus batallas, tomado las más complicadas decisiones y dado hasta la última fracción de sí con tal de ver a su tierra prosperar. Tras tanto tiempo, no fue hasta ese mismo momento que alcanzó a comprender la magnitud de las

palabras de su padre. Después de todo, ella había sido la única loba entre tantas ovejas dispersas.

—Algunas de esas cabezas tiene que ser la de Alón —dijo Tagus al acomodarse sobre la baranda para observar el abarrotado puerto. La armadura complicaba su movilidad, obligándolo a adoptar una postura ligeramente incómoda—. Crecen tan rápido. Aún recuerdo cuando lo instruí por primera vez. Con esos pies torcidos, estaba convencido de que nunca podría partir a la batalla. —Cerró el puño en torno a los labios para toser. Algo de sangre fresca se deslizó entre sus dedos. No era un buen pronóstico—. Debería haberlo acompañado. ¿Quién sabe lo que le deparará más allá del Mare Nostrum?

Pero la regia Himilce lo observó momentáneamente, parpadeando con plena confianza en sus propios movimientos. No se llegaba tan lejos tomando decisiones al azar.

—Tienes una responsabilidad aquí, en Iberia. Esta gente necesita algo en lo que creer. Alguien en quien creer. —Depositó una mano sobre la hombrera de acero, dejándola caer enseguida. Sus muchos anillos enjoyados titilaron durante un único parpadeo que a Tagus le pareció eterno—. Para ellos, yo solo soy tu esposa. Un rostro hermoso, quizá imponente, pero... inocuo. Tú eres su esperanza, Tagus, sus sueños y sus dioses encarnados en un único cuerpo. Creen que el Imperio de

Iberia es grande gracias a ti.

A lo que el rey enarcó una ceja y preguntó a su esposa:

—¿Y acaso no es así?

De la respuesta se ocupó con un gesto tan vago que incluso pasó desapercibido para el monarca. Menos discreta fue su indiferencia al dejarse caer hacia el lado contrario a su marido, pero con la mirada también puesta sobre el horizonte de levante. Hacía un día espléndido, perfecto para conquistar, colonizar y expandir.

—Alón estará bien —aseguró la Dama de Iberia—. Los mejores maestros de esta tierra lo acompañan. Cientos de navíos habrán partido en dos días hacia Roma, de la que pronto no quedarán más que cenizas. Se me han prometido las cabezas de todos y cada uno de los senadores. No espero menos.

A pesar de todo, aquellos deseos de devastación ya no sorprendían a Tagus. No era un rasgo propio de la mujer de la que se enamoró, pero sí de aquella a la que aprendió a amar. La había deseado durante cada expansión, concediéndole su amor durante el ocaso de cada campaña. Empujar contra las cuerdas a la mayor potencia mundial era cuando menos prometedor, pero ya no le suscitaba nada. De hecho, un mayor territorio solo le supondría más trabajo pendiente.

Cuán lejos quedaron los sueños de aquel rey, soldado y héroe. ¡Si tan solo pudiera advertir al joven heredero al trono que alguna vez fue!

—Roma caerá. Es lo que siempre quisiste. Estarás contenta, pero...

—Tagus reparó nuevamente en su frígida mirada—, ¿qué vendrá después?

Ante aquello, Himilce de Cástulo solo pudo detener la vista sobre el horizonte. Tantas tierras lejanas, pueblos remotos y extraños dioses a los que derrocar, tantos destinos que abarcar. Todo podría ser suyo si seguía jugando debidamente sus cartas, pero ¿acaso la seguía satisfaciendo el sometimiento ajeno? ¿Le proporcionaría algo aquella intermitente represalia cuando se encontrara en el lecho de muerte, tan malherida por las experiencias como su padre?

Fuera como fuese, seguía haciendo un día precioso. Iberia, Cartago o Roma, ¿qué importaba? El sol reluciría siempre con el mismo brío, concediendo a sus vástagos la energía necesaria para seguir viviendo. Como en el principio de todo, la reina aulló una vez más al astro solar. Quién sabía si sería la última.





Rafael Moreno, también conocido bajo el pseudónimo Fazz Jigsaw, nació en Córdoba allá por el 1990. A pesar de ello, siempre se ha considerado de una época anterior por sus preferencias culturales. Comenzó a cogerle el gusto a la lectura cuando dejó de convertirse en una obligación del instituto y él mismo eligió qué leer. Aficionado mayormente a géneros como la novela negra, novelitas pulp, terror o realismo sucio. Entre sus autores favoritos se encuentran H.P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, Agatha Christie o Chuck Palahniuk. Varios de sus relatos han aparecido publicados en antologías de la web Solo Novela Negra y Diversidad Literaria. También resultó ganador con su relato “Belleza eterna” publicado en el fanzine Klowns Asesinos. Actualmente se encuentra preparando unas oposiciones, y muy de cuando en cuando escribe en su blog diario-deundetectivefrustrado.wordpress.com. Podéis encontrarlo en Twitter e Instagram por su nombre de usuario @fazzjigsaw

AMANTES FORAJIDOS

El Ford V-8 del 32 avanzaba a toda mecha por la autopista de Luisiana bajo el sol abrasador del mediodía, dejando atrás una cortina de humo negro debido al sobrecalentamiento del motor. Bonnie se había asegurado de ponerlo a punto días atrás por lo que pudiera pasar. Clyde, por su parte, se encargó de preparar las armas necesarias, con munición suficiente para acribillar a una legión. La policía los perseguía desde hacía varios meses tras el último intento de captura en un tiroteo producido en Houston. Ambos sabían que cualquier día la pasma les tendería una emboscada, y ese día había llegado.

—¡Vamos Bonnie, aprieta el acelerador! ¡Esos hijos de perra nos pisan los talones! —gritaba Clyde mientras la mitad de su cuerpo sobresalía de la ventana del vehículo y encañonaba a los coches de policía con su revólver Smith & Wesson.

—¡Hago lo que puedo, cariño! Esta basura no da para mucho más, deberíamos haber elegido otro más rápido, ¡maldita sea! —Bonnie se



lamentaba de que no fuesen suficientes todos los arreglos y trucajes que le había realizado al Ford, pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos.

Unos metros más adelante, cuando los fugitivos estaban a punto de alcanzar una zona rural, su coche les jugó una mala pasada y terminaron derrapando en una curva, con la mala suerte de que se estamparon contra un árbol. Sin pensarlo dos veces, salieron del interior del vehículo y comenzaron a correr campo a través en dirección a una granja que se encontraba no muy lejos de ellos.

—Escúchame, ve tú delante, corre y escóndete en esa granja. Yo los mantendré ocupados —aconsejó Bonnie a su pareja levantando su escopeta recortada y haciendo una señal para que se diera prisa. Clyde asintió y echó a correr hacia a aquel lugar, alejándose de su amada y sintiendo miedo por una vez en su vida por si las cosas no salían bien. Cuando llegó a la granja, saltó una pequeña valla que hasta un niño pequeño habría logrado superar. Advirtió que el sitio estaba vacío. No había ni un alma y daba la impresión de que lo habían abandonado hacía mucho tiempo. Al lado de un pajar, varios cerdos yacían muertos. Sus cuerpos inertes desprendían un hedor nauseabundo que provocó unas tremendas arcadas en Clyde. Tuvo que recomponerse mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de su ca-

misa. Tras un lapso de tiempo en el que permaneció angustiado, se internó dentro de una especie de casucha mal construida frente a la granja.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó Clyde una vez dentro. Pero no obtuvo respuesta alguna. Tal y como se esperaba, allí no vivía nadie. Avanzó cuidadoso por la estancia, con el revólver desenfundado por si las cosas se ponían feas. Atravesó un largo pasillo, con las paredes corroídas por la humedad y llenas de desconchones. El suelo se encontraba plagado de cucarachas, algunas reposaban muertas boca arriba y otras correteaban bajo los pies de Clyde, que no pudo evitar pisar a algunas de ellas, produciendo un crujido que hizo que su piel se tornara de gallina a la par que otra arcada se le venía a la garganta. Al final del pasillo, una puerta entreabierta daba a lo que parecía ser una habitación por la que entraba un haz de luz del brillante sol que gobernaba la tarde. Clyde abrió la puerta con cuidado. No sabía qué podría encontrarse detrás de ella: bien podría haber algún pueblerino con ansia de sangre deseando rajarle el cuello o algún perro rabioso que le propinase un fuerte mordisco. Pero lo que vio a continuación no fue para nada lo que esperaba encontrarse. Un hombre robusto, de unos cuarenta y pocos años, permanecía sentado en una silla de madera en el centro del habitáculo. Tenía las manos

fuertemente atadas con una cuerda que le pasaba por la espalda, y su cabeza se encontraba agachada y con el mentón rozando su pecho. Iba vestido con una camiseta blanca de tirantes, un pantalón marrón y unos zapatos a juego con el pantalón. De su cuello pendía una cuerda con un papelito atado a ella. Clyde se acercó cauteloso hasta que finalmente se encontró a un palmo de distancia de aquel hombre. A primera vista, no sabría decir si estaba vivo o muerto, a pesar de que la luz era suficiente para que su rostro se viese sin problema alguno. Sin esperar ni un solo segundo más, Clyde pegó un tirón del cordel que sostenía la nota en el cuello del hombre y se dispuso a leerla. Lo que leyó a continuación le heló la sangre.

Querido, ya sé que han sido muchos momentos juntos, muchos atracos juntos y demasiados tiroteos junto a ti, pero no puedo continuar con esta vida de plebeya. Es por eso que decidí entregarte a la policía, y nada mejor que llevarte en bandeja ante ellos.

De repente, Clyde notó un frío metálico rozándole la entrepierna. Alzó la vista y se percató de que el hombre que parecía muerto le estaba apuntando con una pistola.

—Ni se te ocurra moverte, sabandija —espetó el misterioso sujeto.

Segundos después, la puerta por la que Clyde había entrado volvió a abrirse de golpe. Para su sorpresa, la que entró por ella fue Bonnie,

que le apuntaba con su escopeta.

—Pero... ¿qué cojones es esto? —exclamó sorprendido ante aquella situación.

—Lo siento, cariñito, pero supongo que ya has leído la nota que te dejé escrita. Yo he sido la que ha preparado toda esta trampa, estoy ya harta de la vida que llevamos y siéndote sincera también estoy un poco cansada de ti. El que tienes sentado frente a ti es mi amante o, mejor dicho, el que ha sido mi amante todo este tiempo. Es un oficial de policía del cual estoy profundamente enamorada. Con tu detención lo ascenderán y ganará un sueldo suficiente para poder darme una vida de lujos y sin complicaciones.

Clyde quedó petrificado antes esas palabras.

—Y como la recompensa es la misma te entreguemos vivo o te entreguemos muerto —prosiguió el policía cuando Bonnie calló—, hemos pensado en matarte aquí mismo y entregarte como un fiambre. ¿Cómo lo ves?

—Pe... pero... a ti te detendrán también, ¡maldita zorra! —gritó Clyde cegado por la rabia.

—Hay que ver, parece que naciste ayer. Siempre he sido una infiltrada, una confidente de la policía. Lo único que me movía a estar contigo eran las ganas de poder entregarte cuando llegase el momento. Y ese momento ha llegado —respondió Bonnie, sonriente y con una mirada que denotaba poca cordura en sus ojos.

Antes de que Clyde levantara su brazo para disparar a la traidora, una oleada de tiros por parte del policía le cubrió toda la espalda, haciendo que cayera de bruces al suelo, dejando un reguero de sangre.

Bonnie se acercó hasta él golpeando el suelo con sus tacones de femme fatale, que sonaban a muerte con cada paso que daba. Se agachó hasta su oído y le susurró unas últimas palabras:

—Habría sido muy bonito que la gente nos conociese a los dos, Bonnie y Clyde. Pero desde hoy y para el resto de la historia serás solo Clyde, el forajido inocente.

Una risa maléfica brotó de la boca de la mujer. Nunca nadie más habló de Bonnie y Clyde.



Ioseba Imanol Vilas Molina (Donostia-San Sebastián, 1973). Hijo de libreros, desde muy pequeño se aficiona a la literatura, los tebeos, cómics, cine, las series, y Artes en general. Cursa sus estudios como Técnico superior en Artes Plásticas. Ha tomado parte en diversos concursos de humor gráfico, cómic, caricatura, logotipos, ilustración, y cartelería, entre otras disciplinas,

obteniendo diversas menciones, publicaciones, y galardones, colabora asiduamente con entidades culturales y deportivas. Es cofundador y autor de las ilustraciones y parte de los textos del fanzine La Valla, en el cual se abordan temas relacionados con el cine, el terror, y la ciencia ficción, y que está íntimamente ligado a la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián.

BONNIE & CLYDE





Fran Castillo (Córdoba, 1979)

Ingeniero informático y traductor. Escritor y cineasta.

Ha escrito y dirigido una veintena de cortometrajes. Tres de ellos han sido premiados. Es autor de la novela de terror y ci-fi *Tiempo muerto* (Litworld, 2019), galardonada en siete ocasiones. También ha publicado relatos de terror, ci-fi y fantasía en varias antologías y revistas, como «Sofritos», relato ganador de la antología de terror noir *Dulce Hogar* (2020), «Nachzehrer», incluido en *La Hermandad de la Noche, cuentos de sangre y oscuridad* (2021), antología finalista en los Premios Ignotus 2022, o «Éxodo cósmico», incluido en la antología sobre colonización espacial *Hay otros mundos* (2022).

Es miembro del podcast literario *La Horda Podcast*.

Twitter/Instagram: @fracasserr. Blog: franjcastillo.com

DEUS EX MACHINA

Los primeros rayos de sol la sorprenden aún en el lecho. Se despepeza. Yeshúa se está vistiendo.

—¿Ya te vas? —pregunta ella, mientras se incorpora—, quédate a mi lado un poco más.

—Lo haría encantado —responde él serio—, porque además, no me encuentro nada bien.

Ella se levanta y se acerca a él. Le toca la frente con los labios.

—Estás ardiendo —dice—, quédate y descansa.

—Pero amada mía, debo ir a predicar. Los seguidores esperan.

Ella lo mira con dulzura y lo besa en la boca.

—Tumbate y descansa hoy. Yo iré a difundir la palabra por ti.

Dos mil años más tarde, José Luis llega al trabajo con el pelo mojado. Se quita la chaqueta entre maldiciones y la sacude un poco para escurrirla, pues está empapada. Fuera llueve con fuerza.

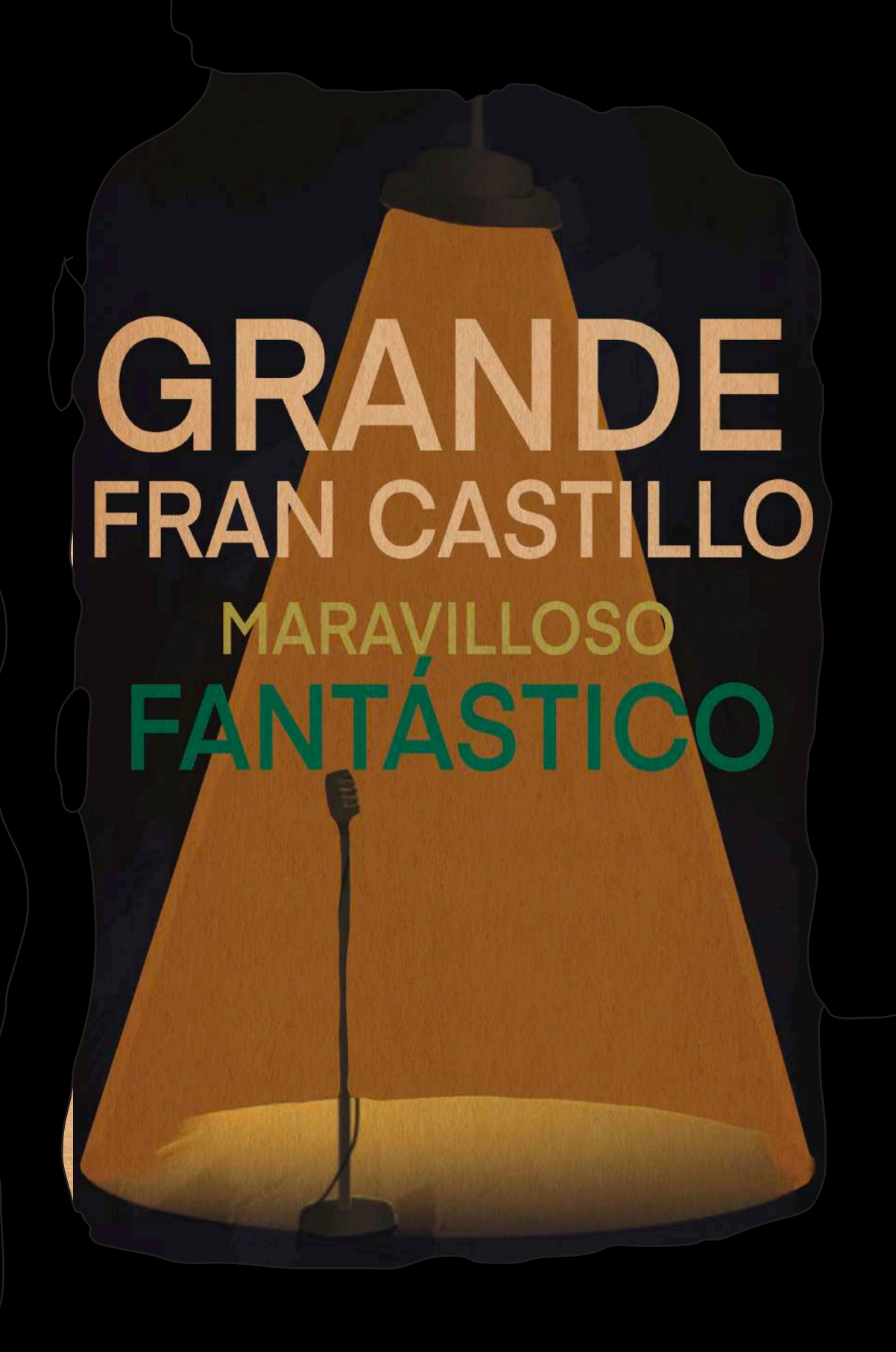
—¡Menudo día! —exclama.

—Sí, ya tenemos aquí el invierno —dice Berta, desde su sitio, sin levantar la vista del ordenador.

José Luis nota un picor en la nariz y

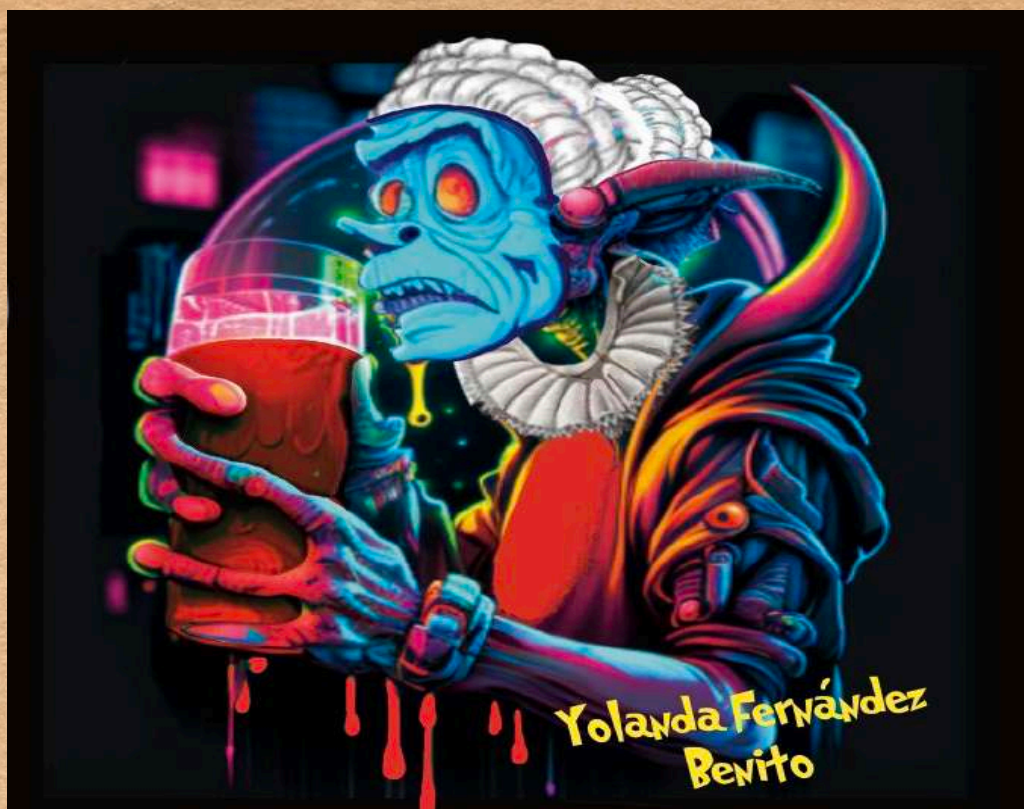
no puede evitar estornudar.
—¡Magdalena! —exclama Berta.
—Gracias —dice José Luis—, espe-
ro no resfriarme ahora.





GRANDE FRAN CASTILLO

MARAVILLOSO
FANTÁSTICO

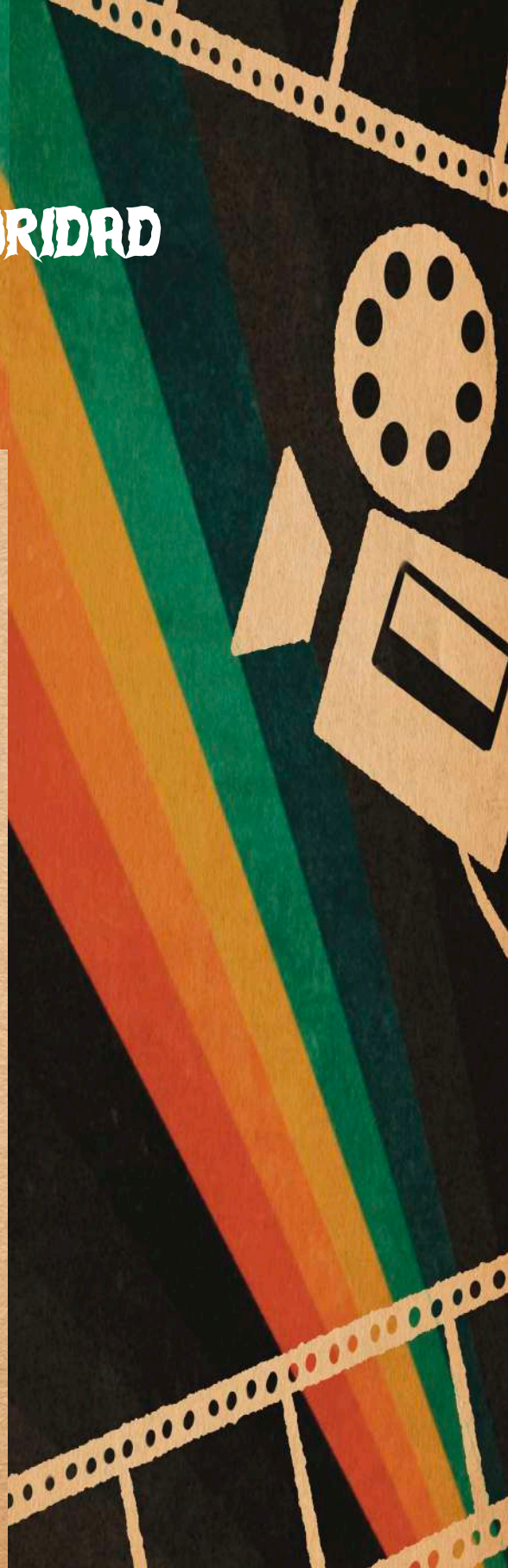


Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas. Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte de diversas antologías o premiados en concursos. Entre ellos Aquellos ojos muertos ganador del Místico Literario (Algeciras Fantástica 2.021), Diez minutos de cortesía en la antología Hijos del Karma (Altavoz Cultural 2.021), Días de matanza en la Antología Apocalipsis (Revista Tártarus 2.020), El ERE ganador del I Concurso de relatos de 50YFN (Club de escritores 2.020) y La Ruta de la Plata en la Antología KALPA V, Relatos de Naves Nodrizas en Castilla y León (ACLFCFT 2.020). También he publicado en revistas como Pulporama, Literentropía, Droids & Druids, Exocerebros, Sangría, Mordedor, Entre Lusco y Fusco, Interesantes relatos, Relatos increíbles, Revista Weird Review, Teoría Ómicron o Tentacle Pulp y también podéis encontrarme en el blog Cylcon (ACLFCFT).

PROYECTO OSCURIDAD

Aunque le hubiese gustado seguir con su carrera alocada, no le quedó más remedio que detenerse. Necesitaba descansar y recuperar el resuello perdido. Al sentir las primeras arcadas fue consciente de que no había sido buena idea llenar sus delicados pulmones con el insano aire contaminado por la hojarasca húmeda y podrida que cubría el suelo de aquel inhóspito bosque. Desesperada, se obligó a serenarse. No sabía el tiempo que estaría vagando por aquella infinita oscuridad hasta llegar a su destino, pero era consciente de que debía ahorrar fuerzas y no desperdiciar lo poco que había ingerido antes de abandonar el castillo en vómitos improductivos.

Se lamentó por haber pecado de inocente y dejarse embaucar por aquella arpía. Un sentimiento de odio creció en su interior. Odio hacia la vieja loca que la convenció para abandonar su hogar y odio hacia ella misma por creerse todas sus chaladuras.



Siempre había sido consciente de que el aya tenía debilidad por ella y se sentía halagada y agradecida. Nunca le importó la envidia que provocaba en las demás, aunque le diesen de lado en todos sus juegos. «¿Quién quiere jugar con la plebe pudiendo ser una princesa?» le repetía la vieja cuando dudaba sobre su condición de favorita.

Durante años el aya le había llenado la cabeza de pájaros, anticipándole el extraordinario destino que le esperaba. Le contaba que más allá de la oscuridad había luz, que más allá de la eterna humedad y del aire viciado del oscuro bosque había praderas donde una brisa fresca y limpia barrería todas sus penas. Y era allí donde debía llegar antes de que los crueles lacayos de la Condesa la alcanzasen para devolverla a su cautiverio.

Intentó mover sus ateridas piernas, pero el miedo a no encontrar el camino y seguir vagando eternamente por aquel bosque donde todos los árboles parecían el mismo, la mantenía paralizada. Árboles llenos de ramas amenazantes que se las ingeniaban para enredarse en sus delicados ropajes, aunque estuviesen protegidos por una vasta capa. En el palacio nunca había necesitado aquella recia prenda y al verse envuelta en ella, lejos de sentirse reconfortada, se sintió desamparada. No ayudaron las palabras que la vieja aya le susurró al oído al verla lista para partir: «corre y no mires a atrás, no flaquees ni pien-

ses en regresar. Hoy cumples quince años y la Condesa te reclamará para su baño».

Aunque intentaba borrar de su mente todo lo que el aya le había revelado aquella misma mañana sobre los sádicos gustos de la Condesa y sobre la verdadera naturaleza de su hogar, el recuerdo le provocó otra arcada. Lo que ellas llamaban palacio, según la vieja alcahueta, no era más que una granja donde las niñas del condado crecían doncellas e inmaculadas. Lo que ellas anhelaban durante toda su niñez y que llamaban puesta de largo, la fiesta en la que eran presentadas en sociedad, la vieja bruja lo rebautizó como el baño rojo. No podía quitarse de la cabeza toda aquella sinrazón y de no ser por las sinceras lágrimas que rodaron por la arrugada mejilla de la vieja bruja cuando la despidió, hubiera renegado de su destino y dado la vuelta para denunciar todas aquellas calumnias vertidas sobre la Condesa. De repente, en la oscuridad de la noche eterna, una lechuza nívea sobrevoló la cabeza de la muchacha captando su atención. Al reconocer al animal, la joven sonrió y se maldijo de nuevo, esta vez por haber dudado de su querida aya. La visión del animal le proporcionó las fuerzas necesarias para seguir avanzando. No la había abandonado, no estaba sola, ahora tenía un guía que la acompañase en su viaje.

Ocultas entre los árboles, protegida por la oscuridad perpetua, la vieja Katarina se sintió satisfecha al ver que la lechuza estaba a punto de cumplir con la primera parte de su cometido. Se hallaban muy cerca de la frontera y muy torpe debía ser aquella infeliz para no alcanzar el punto de extracción de una pieza. En el fondo le daba pena desprenderse de aquel cachorrito indefenso, aunque se repitiese una y otra vez que solo era una de tantas criaturas que nacían para ser sacrificadas. A esta Aneska la había cogido cierto cariño. Se preguntó cuántas Aneskas habían pasado por sus manos, pero enseguida apartó ese pensamiento de su cabeza, intentando evitar que aflorase el sentimiento de culpa, que aún se escondía en lo más profundo de su ser.

Mientras esperaba, decidió refugiarse en recuerdos que calentasen su frío corazón. Eligió la época en la que llegó a ser feliz, en la que conoció algo parecido a aquello que llamaban amor. La época en la que el sol aún brillaba y los campos verdes rodeaban el castillo. Nunca llegó a saber cuánto cobró su madrastra por entregarla a los criados de la Condesa. Con quince años recién cumplidos y aún doncella, cruzó la puerta de la tenebrosa muralla que protegía el castillo. Según los lugareños era un camino sin retorno.

De sus primeros días en la fortaleza, apenas recordaba nada, solo

un frío intenso y la oscuridad que reinaba en la celda en la que fue recluida. Por los llantos y las plegarias susurradas a su alrededor, sabía que no era la única moradora de aquel tenebroso sótano. Perdió la cuenta de los días que pasó esperando su final, sumergida en un insoportable hedor. Hasta que una tarde, llegaron las doncellas del castillo que, sin ningún miramiento, las obligaron a desnudarse y las asearon con cepillos para el ganado y agua helada. Una vez consideraron que el agua había arrastrado toda la roña e inmundicias de sus cuerpos, las hicieron avanzar hasta una enorme sala.

Con la mirada fija en el suelo y sin poder reprimir los temblores que le provocaban el miedo y la vergüenza, esperó a que dos criadas la vistiesen con la ropa más suave y elegante que ella había visto en su vida. Cuando terminaron de trenzarle y recogerle el cabello, las dos ayas sonrieron satisfechas y pasaron a atender a la siguiente. Una vez las quince muchachas estuvieron listas, la gran puerta se abrió. Fue la primera vez que la vio y, en aquel momento, hubiese jurado que aquella deslumbrante mujer no podía ser real.

La Condesa, escoltada por sus fieles damas de compañía, entró en la sala, provocando con su presencia que hasta las viejas criadas se callasen y adoptasen una sumisa posición. Sin más preámbulos, recorrió la sala examinando a las jóvenes

como si de cabezas de ganado se tratase. Un leve gesto bastaba para que una de las viejas ayas abriese la boca de una doncella para examinar su dentadura o descubriese alguna parte del cuerpo de una asustada muchacha. Luego, la Condesa susurraba algo al oído de una de sus damas e inmediatamente ordenaba a las viejas que la pusiesen en un grupo u otro.

Resignada, siguió las indicaciones de una de las criadas y esperó junto a otras siete jóvenes a que la llevasen a su destino definitivo. Recordó la sorpresa que le causó descubrir su nuevo alojamiento, una pequeña y cómoda habitación, que en realidad no era otra cosa que una confortable cárcel. Durante días, la única persona que vio fue a una vieja aya que se encargaba de alimentarla, asearla y vestirla, mientras le susurraba: «tienes que estar presentable para cuando la Condesa te reclame». Al escuchar aquellas palabras, recordaba las terribles historias que contaban sobre el castillo y su cuerpo se tensaba, pero también afloraba el deseo de volver a verla.

Por suerte o por desgracia, según se mire, llegó el día en el que la Condesa la reclamó. Debido a la mezcla de emociones que la embargaban, le costó un triunfo conseguir que sus piernas recorriesen los largos pasillos que daban acceso a los deslumbrantes aposentos de la señora del castillo. Al verla, su joven corazón se aceleró hasta el punto de

doler. No solo se sentía atraída por su extraordinaria belleza, realmente era la extraña aura que emanaba de toda ella lo que la convertía en un ser poderoso.

Una vez quedaron a solas, el fuerte magnetismo de la Condesa hizo que la joven accediese a todos sus requerimientos. La Condesa se tomó su tiempo examinando el delgado cuerpo de la joven y mientras evaluaba el uso que le iba a dar, solo por diversión, levantó la mano para abofetearla. En cuestión de segundos, los ojos de la Condesa pasaron de reflejar indiferencia a cargarse de ira. No podía creer que una miserable campesina hubiese osado retirarse para esquivar el golpe y, lo peor de todo, sujetarle su noble muñeca. Lo que la sorprendida aristócrata no sabía era que después de tantos años aguantando las palizas de su madrastra, la joven había aprendido a defenderse de manera automática.

La anciana recordó cómo estuvo a punto de parársele el corazón al ver la marca que sus dedos habían dejado en la muñeca de la divina Condesa. Sonrió nostálgicamente al recordar los primeros besos apasionados que darían paso a la relación que las unió durante un tiempo. La Condesa estaba acostumbrada a que todo el mundo la obedeciese y aquella reacción tan instintiva la sorprendió y excitó a partes iguales. Durante aquellos años disfrutó siendo la favorita de la señora del castillo y, sin embar-

go, también tuvo que aprender a mirar hacia otro lado y aceptar las extravagancias, por llamarlas de algún modo, de la mujer a la que idolatraba y amaba.

Mientras la vieja esperaba a que la Aneska de turno encontrase el camino, torció el gesto al recordar como el destino quiso que su amada quedase viuda. Recibieron la noticia de la muerte del tirano con regocijo. Liberadas de un cruel marido y de la entrometida suegra, entre las sábanas soñaban con un futuro en el que no tuviesen que esconder su... ¿amor?, tal vez solo fuese un ardiente deseo. Quizás, si su querida Condesa hubiese nacido en otra época o barón, ella y su fortuna no hubiesen estado en el punto de mira de las ansias de poder de su propio primo.

Tembló al recordar la angustia que la carcomió cuando encarcelaron a su amada, acusándola de practicar brujería y matar a inocentes muchachas. ¡Qué atajo de hipócritas! ¿A quién querían engañar? El destino de las jóvenes de la comarca les importaba un bledo, lo único que ansiaban era anexionarse la riqueza de la Condesa.

Ahora, siglos más tarde, envuelta por el manto de la oscuridad perpetua, mientras esperaba su recompensa, la anciana se preguntaba qué hubiese pasado si aquella aciaga noche no hubiese envenenado el vino que con lisonjas sirvió a los guardias que custodiaban a su señora, si no hubiese liberado a Er-

zsébet, si la hubiese convencido de que no se fiase de Dorotea, Helena y Piroska, las brujas que tantas veces le habían prometido la belleza eterna.

Siete días con sus siete noches pasó la Condesa en compañía de sus brujas, encerrada en el torreón del castillo. Los ruidos y el denso humo que emanaban de la torre tenían aterrorizados a los habitantes de sus dominios. Era tal el pavor que provocaba, que hasta los soldados del primo traidor huyeron como ratas, dejando atrás todo lo recaudado en el saqueo al castillo. La joven Katarina pasó los siete días con sus siete noches llorando y suplicando a su adorada Condesa que saliese del torreón, jurando y perjurando que todavía tenían futuro, que podían fugarse y comenzar de nuevo muy lejos de aquellas malditas tierras. Pero la séptima noche no dio paso a un octavo día, la oscuridad en forma de negra bruma lo invadió todo. Solo entonces se abrió la puerta del torreón y una renovada Condesa Báthory, se mostró ante ella. El amor la cegaba y achacó la frialdad de aquellos ojos a la decepción por sentirse traicionada. Desde el primer momento, supo que ella ya no era mortal, pero como en otras ocasiones decidió mirar hacia otro lado y, sin ningún reparo, se sumergió en el infierno en el que se convertiría su vida.

Siguiendo los pasos de los soldados del traidor, los aterrados súbditos de la Condesa intentaron

huir, pero en este caso una oscura fuerza los retuvo impidiendo que traspasasen los límites de sus dominios. No les quedó más remedio que adaptarse a vivir ente la niebla y la oscuridad. Poco a poco, los cultivos y las costumbres cambiaron. La ama y señora de aquel territorio, disponía de sus súbditos a su antojo y al de las tres brujas que se convirtieron en sus fieles consejeras.

Pasaron los años y Erzsébet rejuvenecía día a día gracias al tributo en forma de sangre que rendía al mismísimo diablo. El corazón de la vieja Katarina se encogió al recordar cómo el amor se fue enfriando, aunque nunca se apartó de su lado anhelando que su señora cumpliera su palabra. En varias ocasiones le había prometido que le regalaría la vida eterna. Un regalo envenenado, ya que para cuando cumplió la promesa, su cuerpo estaba tan desgastado y cansado, que más que un don fue un cruel castigo.

Con el tiempo, los moradores del oscuro feudo olvidaron los días en los que el sol bañaba con sus rayos los campos y fueron plegándose a las exigencias del demonio que tenían por ama. Incluso, llegó a ser un honor entregar a sus hijas a la vieja alcahueta de la Condesa para que viviesen cómodamente en la granja.

«La granja», susurró al recordar que aquella idea fue su proyecto de vida. Una aberración para muchos, sin embargo, para ella era una manera de facilitar la vida a las niñas

de la región. ¿Qué sentido tenía que las niñas sufriesen los sinsabores de la vida fuera de palacio para acabar teniendo el mismo destino? No tenían escapatoria, tarde o temprano acabarían saciando la sed de sangre de la diabólica Condesa. Por lo menos, ella las cuidaría y se encargaría de que tuviesen una vida feliz.

Estaba sumergida en aquellos pensamientos, cuando un grito en la noche eterna la sobresaltó. Sonrió al saber que su Aneska ya estaba en manos de los de las batas blancas y que en breve volvería la lechuza con su recompensa. Después de tantos siglos, le seguía fascinando la naturaleza del ser que se denominaba humano, cuando en realidad no era más que una especie cruel dispuesta a aprovecharse de las desgracias ajenas. Según ellos, los habitantes de la oscuridad eran los monstruos.

—Señora, ¿qué es lo que ha atado a la lechuza? —preguntó el joven becario.

—Un complejo vitamínico. Es lo que pide esa vieja alcahueta como pago por proporcionarnos sujetos de estudio —comentó la jefa de investigadores mientras entraba en la ambulancia en la que Aneska temblaba bajo una manta.

Para el joven era un honor haber sido elegido como becario del Proyecto Oscuridad y, aunque cono-

cía los pormenores del estudio, no entendía por qué no acababan con el sufrimiento de los habitantes de aquel agujero del infierno. Estaban en el siglo XXI, donde las maldiciones y supercherías ya no tenían cabida.

De vuelta a la base, al ver a aquel ser que llamaban Aneska, el estómago se le revolvió. Por mucho que jurasen y perjurasen que era un semejante, no encontraba en ella ni un ápice de humanidad. Un ser enjuto, con el cráneo sembrado de cuatro pelos lacios y quebradizos, con la piel trasparente y con las venas tan marcadas que parecían a punto de estallar. Estaba seguro de que aquellos ojos negros, la boca carente de dientes y las deformaciones que recorrían todo su cuerpo le perseguirían en sus pesadillas.

—Vamos chaval, ven conmigo, que el sujeto Aneska⁸⁸ tiene que tranquilizarse antes de comenzar con la siguiente fase del estudio —le dijo la jefa de los investigadores al ver que estaba a punto de desmayarse. En la cafetería y con una manzanilla en la mano, el joven becario aún no había recobrado el color de las mejillas.

—Es curioso, pero por mucho que conozcáis la historia, todos los novatos reaccionáis igual cuando tenéis a una Aneska delante —comenzó a hablar la investigadora.

—Tiene razón, quizás no esté preparado para este trabajo —contestó con la cabeza gacha mientras re-

volvía con un palito de plástico la infusión.

—Aunque no lo creas, mi primer contacto fue peor, vomité encima de la pobre Aneska³⁵. No es cuestión de estar o no preparado, solo tienes que pensar en que somos científicos y debemos contribuir al desarrollo y bienestar de nuestro país.

—Ya, pero esa pobre gente, también son humanos.

—¿Tú crees? —interrogó al joven y sin dejarle contestar siguió con su discurso—. ¿Qué piensas que pasaría si entrásemos en ese agujero oscuro que lleva siglos de retraso? Ya ves como llegan las Aneskas, hasta ahora no hemos podido salvar a ninguna. Y no solo eso, el shock que les provocaría saber que el mundo ha avanzado sin ellos los volvería locos. La tarde que encontramos a esa vieja loca deformada por los años y que afirma ser inmortal, nuestras tropas estaban preparadas para invadir ese diminuto terreno y acabar con años de supersticiones. Pero su historia y la posibilidad de que a cambio de analgésicos y complejos vitamínicos nos facilitase objetos de estudio, hizo que nuestros dirigentes se replantearan la invasión. Piensa que, gracias al estudio de los efectos de una privación real de sol, un pequeño y olvidado país como el nuestro, en pocos años logró consolidarse como uno de los mayores productores de metales del mundo con lo que ello implica para nuestra

supremacía. Gracias a las Aneskas hemos establecido colonias mineras de alto rendimiento en lo más profundo de la corteza terrestre y estamos a punto de conseguir la explotación de la parte oscura de la Luna, donde nadie ha osado asentarse aun a sabiendas de que es la zona más rica en minerales.

—Sí, pero ¿qué hay de cierto en la historia de la Báthory? —preguntó el inocente muchacho.

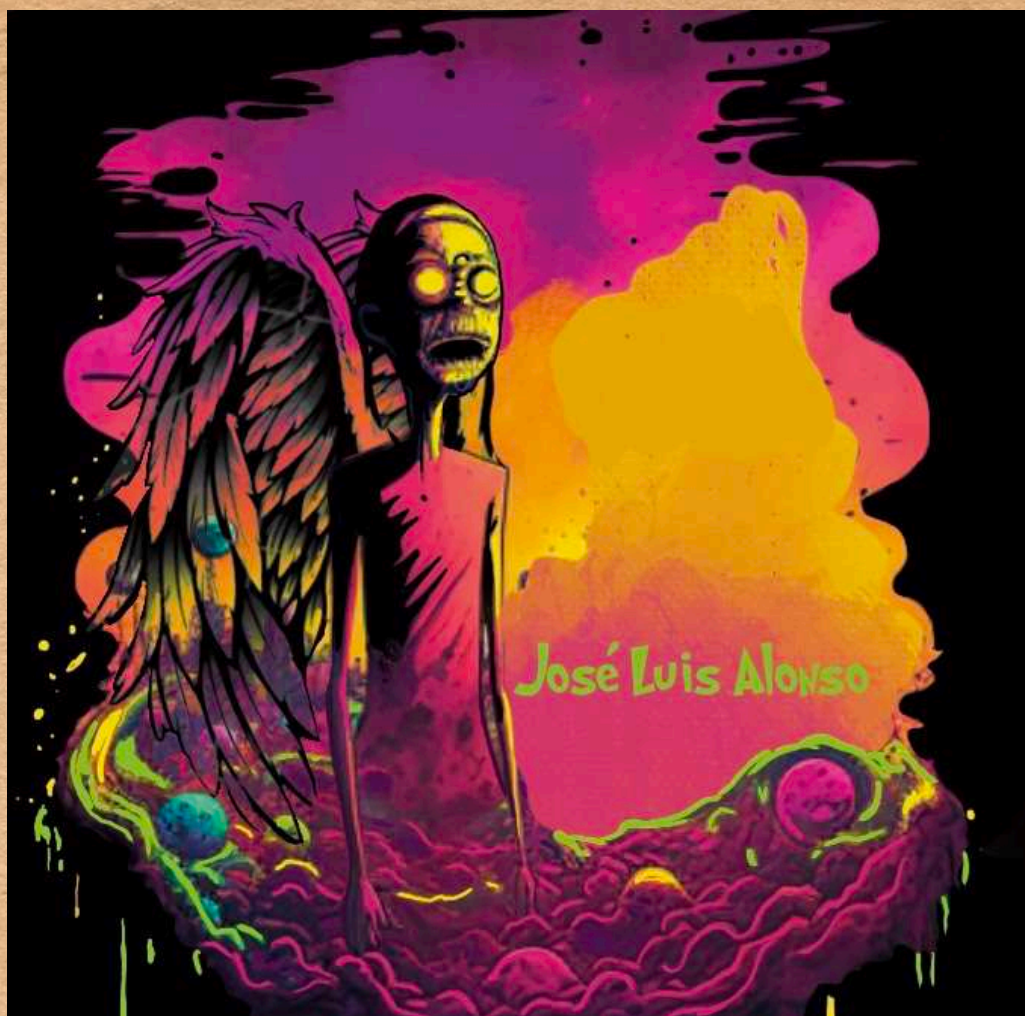
—Cuentos de viejas que a los científicos ni nos van ni nos vienen —contestó con aire de indiferencia—. Entre tú y yo, creo que en esa historia hay algo de cierto, y que posiblemente esa bruja y su corte de demonios siga viva, pero ¿crees que nuestra moderna sociedad está preparada para enfrentarse a semejante realidad?

Cuando volvieron a la sala, Aneska88 dormía plácidamente y en su deforme cara se dibujaba una especie de mueca que nadie hubiese interpretado como lo que realmente era: una sonrisa. En sus sueños, la luz del sol bañaba su níveo cuerpo mientras sus ojos se deleitaban con el verde de las extensas praderas que rodeaban al castillo mientras la brisa fresca acariciaba su cuerpo.





PROYECTO
OSCURIDAD



Es curioso que al pensar en ucronías y amantes, lo primero que me viniera a la cabeza fuese el demonio. Tirar de ese hilo me iba a permitir sacar a la luz la disparatada historia que me daría la alegría de regresar a las páginas de la revista Pulporama.

También he colaborado en las revistas Creepy, Sable, Calabazas en el trastero, Sueños de la Gorgona y Mordedor. Y en las antologías Orgullo Zombi 2, Hay otros mundos, Casi cien instantes en un santiamén y Sueños, visiones y terrores. La Editorial Tusitala reunió varios de mis relatos en un libro titulado En tiempo de monstruos, ilustrado por Ana Andrés Soria, y hace unos meses me dieron la oportunidad de dar el gran salto a la novela, publicando Ehyjvanna, La Viajera, una historia llena de aventuras en las que la protagonista descubre que el universo es muchísimo más grande y diverso de lo que jamás imaginó, y cuya portada es de Pedro Belushi.

SUEÑOS DE LIBERTAD



En el Infierno el tiempo transcurre parejo al de la Tierra. En ambos lugares sus presentes caminan de la mano, navegando juntos hacia un futuro inalcanzable desde orillas diferentes de un mismo río. Uno muy ancho y profundo, claro, pues el tiempo es una fuerza arrolladora que avanza como si llegara tarde a alguna cita. Sin embargo, Lucifer era capaz de abrir un paréntesis en su continuo e inmutable devenir mediante una invocación en enoquiano, el idioma de los ángeles que todavía recordaba. Una vez dentro de aquella burbuja intemporal, podía vislumbrar toda la vastedad de la creación con solo mirar hacia arriba. No obstante, no acudía a ese mirador cósmico para deleitarse en la contemplación del origen y final de todas las cosas, sino para esconderse. Huía de sí mismo, de aquello en lo que le habían convertido. Y lo hacía para aliviar el peso de las cadenas que le ataban al destino de la humanidad, esa humanidad que envidiaba y aborrecía a partes iguales. En otras palabras, Lucifer tenía una crisis

de identidad que no se la saltaba ni la criatura más descomunal del Averno: el dragón de siete cabezas que aguardaba con paciencia infinita a que sonaran las trompetas del Apocalipsis. Estaba harto de cumplir con el papel de villano que le había endosado Dios, de su falta de libertad para escoger su camino, tomar sus propias decisiones. Preso de semejante miasma emocional, le vino el recuerdo de alguien que pasó por una situación similar. Levantó la mirada a esa especie de vía láctea donde se representaba el alfa y el omega de la existencia y no tardó en encontrarles a los dos en pleno desierto, al borde del precipicio por el que estaba intentando que Jesús se lanzara. Sintió un resquemor al revivir aquella escena. Solo eran un par de títeres que seguían el guion escrito por Dios. Jesús era tan prisionero como él. Si pudiera conseguir que las cosas fuesen de otra manera, lo haría sin dudar. Este hecho inusual, el que sintiera empatía por el hijo de su mayor enemigo, le demostró lo poco que le faltaba para tocar fondo, aunque también le proporcionó una idea que haría que la creación se adentrara en territorio inexplorado: cambiaría el curso de la historia de la humanidad, la salvaría de sí misma y, de ese modo, se libraría de ella para siempre. La conocía bien, sabía cuáles eran sus flaquezas, cómo nublar su juicio y anular su voluntad. Pan comido para unos

atractivos súcubos e incubos bien adiestrados en las artes amatorias. El mirador cósmico constituía el enclave perfecto para llevar a cabo su plan con el debido secreto. La desidia que le embargaba últimamente no había pasado desapercibida entre sus súbditos. Vista como una muestra intolerable de debilidad, un grupo de demonios de alto rango, encabezados por Asmodeo y Belial, habían comenzado a conspirar contra él y vigilaban sus movimientos, pendientes del más mínimo desliz para despedazarle como hienas hambrientas de poder. Por suerte, el enoquiano había caído en el olvido desde que Azazel, recién acabada la guerra, quiso hacerse el gracioso al emplearlo para contar un viejo chiste sobre el sexo de los ángeles, con el resultado de que todas sus lenguas se llenaron de pústulas. Las cien. A partir de ese luctuoso suceso, los demonios llegaron a la conclusión de que pronunciar una palabra en su antiguo idioma era como dar un trago de agua bendita. Tan solo Lucifer lo mantuvo vivo en su memoria. Además de ser un lugar a prueba de visitas indeseadas, desde allí podría enviar a los incubos y súcubos a cualquier instante de la existencia que eligiera, sin hallarse atado al presente terrenal como sí lo estaban los demonios que cruzaban a la otra orilla del caudaloso río del tiempo para tomar posesión de algún cuerpo y batirse en duelo

con el exorcista de turno.

Encargó a Sibilino, uno de los demonios inferiores que fueron creados con una predisposición innata a la servidumbre y al que tenía infiltrado entre los seguidores de Asmodeo y Belial, que seleccionara a los súcubos e íncubos que se encargarían de devolverle la ilusión por un futuro sin ataduras.

—¡Esto es un completo desastre! —bramó Lucifer, henchido de cólera. Nada iba según lo esperado.

Como todos los presentes sabían que la paciencia no era una de sus virtudes, cada cual fue víctima de los nervios a su manera. Mientras Sibilino empezó a trazar círculos a la velocidad que le permitían sus ocho extremidades provistas de múltiples articulaciones, de forma que parecía que se iba a descoyuntar en cualquier momento, los súcubos e íncubos optaron por permanecer quietos como estatuas, pensando que si no se movían nadie repararía en ellos.

—El tiempo apremia. Cada vez son más los demonios que cuestionan mi autoridad. Los últimos en sumarse a la lista de confabuladores han sido los cenobitas. ¡Lo que me faltaba por ver! ¡Con todo lo que les he consentido!

—Y así es cómo se lo pagan —apostilló Sibilino—. Desde que permitió a esos inquisidores formar su pro-

pia orden religiosa, siempre se han considerado por encima del bien y del mal.

—¡Necesito resultados! —vociferó Lucifer— ¡Y los necesito ya!

—Lo siento, mi Sapiientísima Malevolencia, pero he agotado mis ideas. Hemos hecho que Pablo Escobar se dedicase a la exportación de café; que Hitler se convirtiera en el rabino de la sinagoga de Düsseldorf; que Cartago derrotase a Roma en las guerras púnicas; que fuesen los mayas quienes descubrieran y colonizasen el continente europeo... y un sinfín de cosas más, pero nada. No hemos conseguido frenar la deriva autodestructiva de la humanidad.

Lucifer chasqueó los labios y alzó la vista. Sibilino también lo hizo y ambos observaron con detenimiento el mapa de la existencia. Comprobaron que su imagen aparecía distorsionada a partir de los puntos cronológicos en los que habían introducido alguna modificación, haciéndose imposible distinguir nada en su tramo final.

—Tiene pinta de que algo hemos logrado —comentó Sibilino, en un efusivo alarde de optimismo—. No sabría decir el qué, pero nuestras acciones parece que han dejado algún tipo de huella sobre el tejido de la creación.

—No entiendo qué está fallando, por qué desaprovechan todas y cada una de las oportunidades que se les ofrecen para construir

un nuevo futuro sin los errores del pasado. ¿Es que los humanos son estúpidos?

—No descartemos esa posibilidad, mi Pútrida Majestad. Al fin y al cabo, fueron creados a Su imagen y semejanza.

Lucifer se negó a creerlo. Tenía que haber algo, un cambio definitivo que pusiera patas arriba los designios divinos y lograra llamar la atención de Dios, hasta el punto de forzarlo a devolver las alas a todos los ángeles caídos para que pudieran volar libres a donde quisieran. Al cabo de un rato, una sonrisa nada beatífica se perfiló en su fiero semblante.

Jesús dio un respingo al ver salir a María Magdalena de las sombras de un callejón.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó cuando hubo recobrado la compostura—. Creía que estabas en Cafarnaúm.

El saludo de ella fue de esos que no auguran nada bueno:

—Tenemos que hablar.

—Vaya. Así que has venido por eso. Bueno, entiendo que estés confusa. No debí recurrir a una parábola para cortar contigo. Seré más claro esta vez: lo nuestro no puede continuar. Se acabó. Caí en la tentación, lo reconozco, pero ya expié esa culpa y ahora estoy centrado en cumplir con la tarea encomendada

por mi Padre, sin desviarme ni un ápice de sus deseos. Precisamente, me dirigía a cenar con mis apóstoles para anunciarles algo de suma importancia que será recordado por los siglos de los siglos.

—No más importante que lo que yo he venido a decirte —replicó el súcubo que había adoptado la apariencia de María Magdalena, abriéndose la túnica para hacer bien visible su embarazo.

Jesús se quedó ojiplático.

—Pero... ¿Cómo ha ocurrido?

—¿Tú qué crees?

—Quiero decir que... eh... que... yo no puedo ser el padre.

María Magdalena le fulminó con la mirada.

—¿Estás insinuando que fornico con el primero que me cruzo, como una vulgar ramera? ¡Pues claro que es tuyo! No te hagas el sorprendido.

—Bueno, es que en este momento me pillas fatal. Mi Padre me ha comunicado que no me queda mucho tiempo entre vosotros...

—¿De veras vas a salirme con esas? ¡Hasta ahí podíamos llegar! Jesús, tienes que elegir. O tu Padre, o nosotras.

—Déjalo. Ya sabes que el don del libre albedrío no me ha sido otorgado.

Un brillo fugaz relampagueó en los ojos de María Magdalena.

—Entonces, el que me hayas dejado preñada tiene que ser por voluntad de Dios, ¿no?

Jesús frunció el ceño, desconcertado, y luego miró al firmamento a la espera de que la inspiración del Espíritu Santo acudiera a sacarle del embrollo metafísico en el que se había metido. La ayuda divina no llegó y él no supo qué decir.

Satisfecho, el súcubo se dispuso a cosechar el fruto de las dudas que había sembrado:

—¿Qué más pruebas necesitas para ver que tu Padre ha cambiado de opinión sobre ese asunto tan feo de la crucifixión, de que se ha dado cuenta de la injusticia que estaba cometiendo contigo? ¿Qué quiere que tú también vivas la experiencia de ser padre para que puedas comprenderle mejor, ponerte en su pellejo? Mírame. Viendo mi estado, ¿quién podría negar que Él bendice nuestra unión desde su trono celestial?

Los doce apóstoles estaban sentados a lo largo de una gran mesa repleta de succulentas viandas y jarras de vino. Justo en el centro, había una silla vacía.

—Creo que no tiene sentido que sigamos esperándole —comentó Pedro, pragmático—. Deberíamos empezar antes de que la cena se enfríe todavía más.

—Si no lo veo, no lo creo —afirmó el siempre incrédulo Tomás.

—Ya os advertí de que no era de fiar —sentenció Judas con rudeza,

palpando una pequeña bolsa de cuero oculta bajo su túnica para sentir el peso de las treinta monedas de plata que estaban prestas a evaporarse.

Lucifer, Sibilino y el grupo de incubos y súcubos escudriñaron esperanzados el mosaico de la existencia, pero solo pudieron constatar que ahora todas sus teselas aparecían mucho más emponzoñadas que antes desde el episodio que antaño fuera conocido como la Última Cena.

—Maldición —masculló Lucifer—. Estaba convencido de que esta vez sí funcionaría. ¿Cómo puede ser que no hayamos ocasionado ningún cambio, por nimio que sea?

—Creo que ya sé lo que está pasando, mi Faro de la Perdición.

—¿Ah, sí?

—Al principio pensé que estuviéramos borrando la obra de Dios en lugar de modificarla, lo cual me produjo un considerable regocijo a pesar de no ser el propósito de nuestra empresa. Sin embargo, más tarde llegué a la conclusión de que con cada una de nuestras intervenciones, y han sido incontables, estábamos provocando el nacimiento de una nueva línea temporal de la que surgía una realidad paralela. Por eso la existencia se ve como el agua turbia, porque todas esas realidades que hemos creado aparecen superpuestas unas a

otras. Puede que hayamos tenido éxito en muchas de ellas, pero al no poder distinguirlas por separado, no hay manera de saberlo. De lo que sí estoy seguro es que Dios no se ha enterado de nada. Su creación ha permanecido inmutable, como el tronco del que brotan las ramas que dan forma al árbol que tenemos sobre nuestras cabezas.

—¿Y eso se te ha ocurrido a ti solo?

—Más o menos. Mefistófeles obliga a los científicos a hablar sin cesar mientras los sumerge en un manantial de agua sulfurosa cuya temperatura va aumentando progresivamente hasta que se desprende toda la carne de sus huesos, y yo me suelo dejar caer por allí en mis ratos libres porque me relaja escuchar sus disertaciones. Lo cierto es que empecé a sospechar lo del desdoblamiento de las líneas temporales cuando, en lo que iba a suponer el final de la humanidad tras abandonar la Tierra, conseguimos que no se instalasen todos juntos en Próxima Centauri, donde perecerían en pocos años, y logramos que cambiasen de opinión para que se establecieran en diferentes colonias dispersas a lo largo del universo. Calculamos que de ese modo solo moriría el cincuenta por ciento. Nos equivocamos y fue el ochenta y cinco. Además, los que sobrevivieron acabaron esclavizados por otras razas alienígenas. En fin, por lo menos lo intentamos.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

—No quería quitarle la ilusión, mi Mórbido Albor.

Lucifer agachó la cabeza y suspiró.

—Entonces, todo ha sido para nada —musitó abatido, y recitó la invocación para salir de allí.

—Para nada, no —escuchó que decía Sibilino justo antes de que abandonasen el mirador cósmico y casi se dieran de bruces con Asmodeo y Belial, acompañados por una multitud de demonios pertrechados como si fueran a la guerra.

A sus oídos llegaron los tañidos procedentes de la Torre de los Pesares, que marcaba el paso del tiempo en aquel lugar sin día ni noche. Trece campanadas. La hora del Desmembramiento. Profético. Lucifer lo comprendió en el acto. Había sido traicionado. Nunca debió fiarse de un demonio con ese nombre.

—¿Cuántas monedas de plata te han dado por desvelar nuestro secreto?

A Sibilino le temblaban las ocho patas y estaba a punto de perder el control sobre sus tres esfínteres.

—No es lo que parece, mi Nauseab...

—Déjate de halagos, sucia sabandija arácnida.

—No culpes al pequeñín por tener la lengua tan larga —intervino Asmodeo—. La verdad habría salido a la luz de todas maneras.

—¿Sabes el tiempo que llevamos esperando este momento? —inquirió Belial— ¿Soportando tu falta de

decisión?

—Tampoco creo que sea para tanto —adujo Lucifer, haciéndose el ofendido.

—Eso ya carece de importancia, porque, al fin, ha llegado la hora.

—La hora... ¿de qué?

—De la venganza.

Lucifer se preguntó si le quedaba algún aliado entre todos aquellos demonios. Seguramente, no. La lucha sería desigual, pero estaba dispuesto a caer con dignidad. Se dispuso a asestar el primer golpe cuando Asmodeo dijo algo que lo descolocó por completo:

—Será un honor volver a combatir a tu lado. Contigo al frente, arrasaremos el Cielo.

—¿Cómo? —Su mente se convirtió en un magma de confusión—. ¿Se puede saber de qué estamos hablando?

Dirigió una mirada de reojo a Sibilino. ¿Habría cometido un error al dudar de su fidelidad?

—No insultes nuestra inteligencia haciéndote el modesto —respondió Belial—. Es impropio de ti. Tu mascota nos lo ha contado todo, despejando las sospechas infundadas que teníamos sobre tu extraño comportamiento. Gracias a él sabemos que en tu escondite has estado creando un millar de mundos. ¡Un millar! Dios solo fue capaz de dar forma a uno, lo que demuestra que eres mil veces más poderoso que ese aprendiz con ínfulas de grandeza.

Lucifer tragó saliva, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Más atónito se quedó al contemplar cómo todos los demonios se postraban ante él.

—Ya no hay excusas para demorarlo por más tiempo —dictaminó Asmodeo con los ojos encendidos de rabia—. Guíanos en la batalla y la victoria será nuestra.

Y así fue cómo se fraguó la segunda guerra entre el Cielo y el Infierno, nacida de la mejor de las intenciones y del comprensible deseo de Lucifer por conservar el trono y, lo que era más importante, la cabeza sobre los hombros.





Me llamo Juan Antonio García Mamán (Madrid 1973).

Soy Licenciado en Filología Hebrea por la Complutense y he realizado estudios de doctorado en el Departamento de Arqueología e Historia Antigua de la UNED. En la actualidad curso el Grado de Criminología por la misma universidad (todo muy convencional).

He publicado *Lilith & Golém*, un ensayo que trata sobre estos personajes del folclore judío, además de varios artículos en revistas especializadas sobre temática histórica.

Aficionado a la escritura, tengo también publicaciones en maravillosas revistas digitales.

Me fascina el terror, lo macabro, lo gótico y el misterio, y me encanta lo relacionado con el Steampunk.

Profesionalmente trabajo en el sector financiero, lo cual prácticamente quita todo el encanto a lo anterior, pero es lo que toca.

ELLA

Spandau, 5 de noviembre de 1966
Ahora, con el transcurrir de los años, la profunda herida interior se va haciendo más lacerante, y sé que la culpa fue de mi amante, exclusivamente de Ella, pero quién en su sano juicio no vendería su alma por poder besar aquellos labios y oler ese pelo dorado una vez más, aunque las consecuencias de tales actos las terminen por pagar los otros.

Lo que a continuación expongo son fragmentos desordenados de mi diario personal. Es el relato de aquellos acontecimientos que cambiaron la historia del Mundo, tal y como yo los viví. En mi descargo diré que todo lo que hice fue porque Ella me lo pidió, y ahora escribo estas últimas palabras antes de tomar una capsula de cianuro en mi fría celda.

Que la Historia juzgue mis actos.

La Bomba, 30 de septiembre de 1938

Nuestro primer encuentro fue en



julio de 1938 en Múnich. Como por casualidad, Ella tropezó conmigo en el vestíbulo del hotel Metropol, y desde aquel día nuestras vidas se entrelazaron como una madeja extraña, donde cada extremo inexorablemente apunta hacia el lado contrario.

Las primeras citas intrascendentes llevaron a encuentros apasionados, y de aquello surgió algo parecido a una relación entre dos adultos enamorados, aunque ambos sabíamos que en nuestro oficio el aliado de un día puede convertirse en un enemigo despiadado.

No me resultó difícil colocar la bomba en la sala de convenciones del «palacio del Führer». Conozco bastante bien el Führerbau ya que trabaje con Leonhard Gall, su arquitecto, y he de decir que él nunca sospechó que yo era un agente secreto infiltrado.

La organización del atentado corría a cargo de Ella, mientras que yo simplemente sería el brazo ejecutor. El objetivo era eliminar a cuatro jefes de estado de un plumazo, y no habría mejor ocasión que aquella reunión en la cumbre, donde se iba a planificar el futuro de una Europa vieja y cansada.

El artefacto era muy sencillo, pero a la vez efectivo. Dos cargas niveladas que estallaron con un intervalo de dos minutos. La primera explosión terminó con Daladier, primer ministro de Francia y con Hitler, el canciller alemán. La segunda deto-

nación eliminó al británico Chamberlain y al fascista Mussolini, que eran los más alejados de la bomba. En una fracción de tiempo había cambiado la historia de Europa, tal y como me pidió Ella.

Después de aquello, nos vimos en el hotel Metropol e hicimos el amor como si no hubiera un mañana, y ciertamente era así. Llovía ese 30 de septiembre de 1938. Permanecimos toda la noche en la habitación, y por la mañana al despertar, Ella ya no estaba.

Cuando murieron los líderes de los cuatro países a consecuencia de la bomba que yo puse, todas las miradas recayeron en Stalin, el gran beneficiado. Y estalló la Guerra.

La Guerra, 1 de septiembre de 1939
Al igual que aquel 30 de septiembre de hacía un año, llovía profusamente ese 1 de septiembre del 39, cuando tropas combinadas germano-británicas cruzaron la frontera de la provincia soviética de Polonia. El IV Ejército de Montgomery y las divisiones acorazadas Panzer del mariscal Rundstedt, penetraron con tal violencia e intensidad en territorio polaco que en menos de tres semanas habían tomado Varsovia. En realidad, el Alto Mando de la Alianza Cordiale, la coalición formada por Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia, esperaba mayor resistencia soviética, pero se encontraron con tropas polacas y caballería cosaca, que poco pudo

hacer ante los blindados aliados. Ahora soy comandante de inteligencia en el Estado Mayor de la Alianza Cordiale y combatimos contra Rusia y China. Me pregunto si Ella estará en Moscú o conspirando en alguna parte del frente. Supongo que, de no haber cumplido sus deseos, hoy no estaríamos en guerra, pero francamente no me arrepiento de haberla amado.

La respuesta soviética no se hizo esperar, bombardeos masivos sobre Dresde y Liverpool dejaron arrasadas ambas ciudades. Los rusos se han preparado bien para esta guerra, no se puede negar la evidencia, y sus bombas voladoras Spunik están causando el terror entre la población civil.

Luego llegó el turno de franceses e italianos, lanzando tropas desde Indochina hacia Japón y las islas del mar septentrional de la China. Naturalmente, el gobierno chino les declaró la guerra total, y con ello a Inglaterra y Alemania. Y ahora medio planeta está involucrado en un apocalipsis, porque yo cumplí los deseos de mi amante.

El Frente Oriental 19 enero 1943

Muchas noches en mi insomnio perpetuo, pienso sobre lo que hubiera sucedido si aquel día lluvioso de septiembre no hubiera puesto la bomba. Posiblemente los judíos no se hubieran visto abocados al confinamiento en Madagascar. Es curioso que, mientras avanzaban nues-

tras tropas por la Europa Oriental, se les fuera segregando y enviando en convoyes a la isla africana. Los rusos incluso parecen complacidos con la medida, y la única voz disconforme es la de Churchill desde su exilio en Washington.

Y es que Ella era preciosa, no solo por físico, sino por la fuerza que desprendía en todo lo que hacía. Siempre he sospechado que su interés era simplemente conveniente. Tenía una misión y utilizó todas las armas de las que disponía para lograrlo. Recuerdo que solíamos salir a bailar y le encantaba Glen Miller y sus alocados ritmos yankis. Ahora la música que suena continuamente son marchas militares prusianas y gaiteros escoceses de las tierras altas. Cómo ha cambiado el mundo en tan poco tiempo.

Por mi posición en el Alto Mando sé que nos mienten respecto al sitio de Stalingrado. El frente oriental se ha convertido en una ratonera donde mueren a miles soldados de ambos bandos, pero la propaganda nazi-británica funciona de maravilla y estamos vendiendo a nuestros pueblos que en breve tomaremos la ciudad preferida de Stalin, aunque el invierno y la feroz resistencia de las tropas del general Krushev están aniquilando al ejército de Paulus y Pétain. Si el frente oriental cae la derrota está asegurada.

Pearl Harbor, 7 de diciembre de 1941

Esta mañana, 7 de diciembre de 1941 ha partido de la base de Pearl Harbor la flota estadounidense en dirección a Japón. A las 10 de la mañana el ejército chino comenzaba la invasión de Japón lanzando sus tropas desde Manchuria. Oficialmente Estados Unidos entra en la guerra para salvaguardar la democracia y la libertad en la zona del Pacífico. Aunque los japoneses se han mantenido neutrales, la amistad del emperador Hiro Hito con el canciller del Reich Heinrich Himmler y sus buenas relaciones con el primer ministro británico John Amery, hacen sospechar a los norteamericanos que Japón iba a declarar la guerra a China invadiendo Manchuria y atacar las bases americanas en el Pacífico. Por eso Roosevelt ha decidido golpear primero.

El cuartel general es un hervidero de especulaciones. Se teme una ofensiva a gran escala por parte de los soviéticos, aunque eso resulta imposible. Un desembarco en Gran Bretaña solo puede producirse en el norte, en las costas escocesas. Los rusos nunca intentarían invadir las Islas por los acantilados blancos de Dover. Es tan absurdo como si nosotros intentáramos desembarcar nuestras tropas en la península de Normandía, teniendo a tiro el paso de Calés. Pero la guerra es algo inesperado.

Londres, 2 de abril de 1942

Hace unos días, sentado en el Café de

Hasting, la vi pasar. Ella no se percató de mi presencia, pero allí estaba, tan espectacular como siempre. En aquel momento hubiera ido a su encuentro para besarla profundamente, pero si está en Londres es porque Stalin le ha enviado para algo siniestro. Es posible que su misión sea terminar con el rey y así acelerar el final de esta insoportable guerra. Prefiero no saber, la amo demasiado para saber.

Anoche las alarmas sonaron en Dover y Southampton, bombarderos Yakovlev Yak-4 soviéticos comenzaron a dejar caer sus bombas en ambas ciudades. Mientras tanto, las fuerzas navales combinadas soviético-chinas, martilleaban sin piedad las zonas costeras de Dover. La invasión ha comenzado. Ahora tengo claro cuál era la misión que la trajo a Inglaterra. Sin duda, recabar toda la información que pudiera referente a los puestos defensivos de nuestra costa sur. Me pregunto si para ello utilizaría ese encanto suyo, y solo de pensar que otro hombre le haya hecho el amor muero de celos.

La Caída, 3 de mayo de 1945

Entramos en la primavera de 1945 y Berlín ha caído. Nuestros aliados alemanes han capitulado frente a las tropas soviéticas. Es cuestión de días que Londres haga lo mismo. Su majestad el rey Jorge VII se encuentra en su bunker de Buckingham rodeado del Estado Mayor y las noticias que me llegan no son nada halagüeñas. Dicen que la enfermedad nerviosa que padece hace que perciba la realidad distorsionada.

Su última orden ha sido la defensa total de Londres, aunque eso sea la aniquilación de toda su población. La guerra está irremediablemente perdida, y el Imperio se desmorona, pero eso no me importa lo más mínimo, solo me gustaría volverla a ver antes de morir.

Hoy, 4 de mayo, nos hemos rendido a los soviéticos. Oficialmente la guerra en el oeste ha terminado. Solamente hay hostilidades en la zona del Pacífico, donde los japoneses se defienden como verdaderos samuráis. Su código de Bushido es muy firme y los chinos y estadounidenses no se atreven a planear la invasión de las islas japonesas. Tres millones de soldados les esperan dispuestos a derramar toda su sangre por amor a su Emperador. En el fondo los entiendo, el amor te convierte en un ciego. También daría mi vida por estar una vez más con Ella.

Hiroshima, 7 de agosto de 1945

Ayer, 6 de agosto de 1945, un bombardero estadounidense lanzó una bomba sobre Hiroshima. Las noticias que llegan son muy confusas. Además, las fuerzas de ocupación soviética filtran las noticias y las convierten en mera propaganda. Aún mantengo contactos con el S.O.E, nuestro antiguo servicio de contraespionaje y me dicen que la bomba detonó cargas «nucleares». No sé muy bien lo que eso significa, pero tengo la impresión de que esta bomba es un punto de inflexión en la historia de la humanidad, como si todo lo vivido convergiera hacia este momento, dando igual lo que antes hubiera suce-

dido. En el fondo resulta evidente que el ser humano es capaz de autodestruirse, y pienso que yo soy un claro ejemplo de ello.

El final, 2 de septiembre de 1945

La guerra definitivamente ha finalizado hoy, 2 de septiembre de 1945 y se ratifica la derrota de la Alianza Cordial; Japón ha capitulado frente a los americanos y chinos. Lo que le espera al mundo a partir de ahora es pura incertidumbre, pero no corren buenos tiempos para las democracias. Europa se encuentra bajo la bota soviética y Asia es el gran patio de recreo de la República China. Incluso Estados Unidos parece un triste reflejo de lo que antaño fue, la tierra de la libertad y las oportunidades. Es el momento de huir a Sudamérica y la Ahnenerbe nazi ya tenía preparado desde hace tiempo una ruta de escape, nombre en clave OdeSSa. Sé que los altos mandos de las SS están pasando a Bariloche en la Argentina, y nosotros los británicos huimos al Uruguay. Daría mi libertad por volverla a ver una vez más, Ella es la única razón que me mantiene cuerdo en este mundo de insania.

Captura, 3 de enero de 1946

Intentando cruzar la frontera en los Pirineos, la Guardia de Asalto española me arrestó. La República española es un mero agente de Stalin, y después de derrotar a los fascistas de Franco en su guerra civil, se han convertido es un país satélite soviético. En el fondo sabía que si intentaba huir por el paso espa-

ñol Ella me encontraría finalmente, y eso es lo que más deseaba. Como ratones y gatos hemos estado persiguiéndonos por toda Europa, hasta ahora.

Los agentes del NKVD me interrogaron durante horas, sin tocarme ni un cabello. Sentado sobre mis propias manos, con los párpados pegados a mis cejas y mirando fijamente una luz blanquecina. Y aunque no podía distinguir ninguna figura, sé que Ella estaba presente, su perfume es inconfundible.

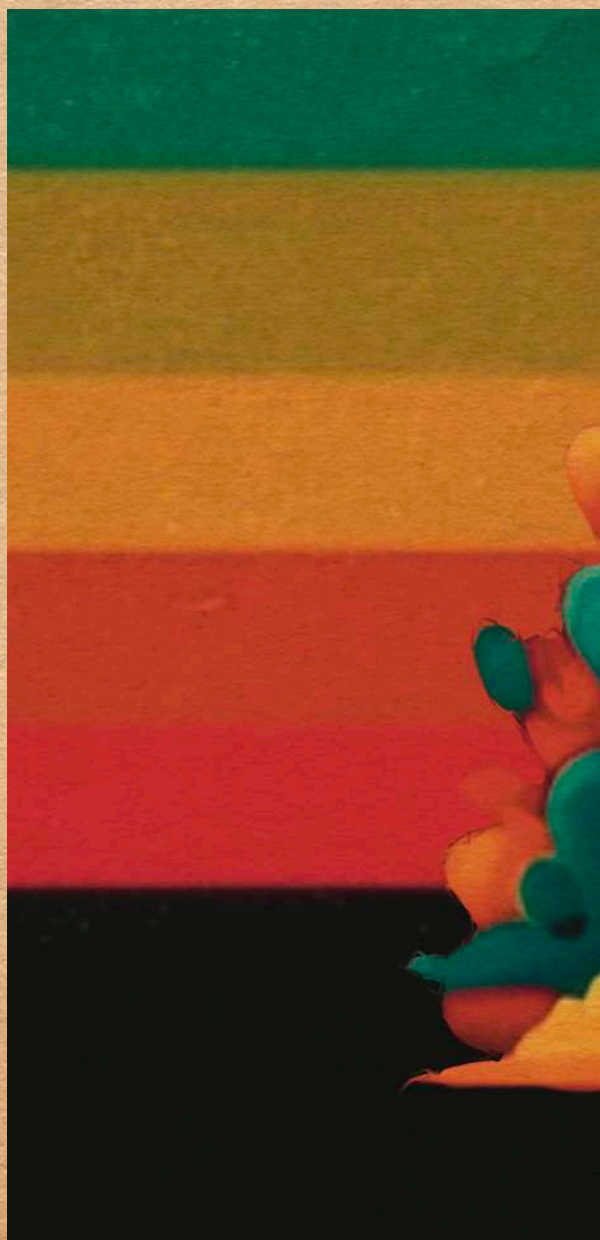
De los interrogatorios sacaron la conclusión que yo era un «elemento peligroso» para la nueva Europa, y decidieron que estaría mejor recluido. Valgo más por mis silencios que por mis elocuencias. No me matarán porque Ella no quiere verme colgado de un gancho, creo que en lo más oculto de su frío corazón sabe que me ama.

Spandau, 2 de noviembre de 1966

Estoy preso en la cárcel de Spandau desde noviembre de 1946. Justo ayer se cumplieron veinte años. En la prisión, antaño llena de oficiales de la Alianza Cordiale, sólo hay cinco reclusos que permanecen con vida. Galeazzo Ciano, líder de la Republica Fascista Italiana; Rudolf Hess, ideólogo del nazismo; el mariscal de campo Bernard Montgomery, jefe del Estado Mayor británico; Charles de Gaulle, general fascista de la Francia-Lorena; y yo, Ian Lancaster Fleming, oficial de inteligencia británico.

He decidido quitarme la vida. No soporto más un segundo en este mundo. Ahora que sé que Ella ha muerto no tengo fuerzas para seguir con esta ab-

surda pantomima. Nunca más volverá a visitarme en mi celda, donde hacíamos el amor como un par de adolescentes. Si todos estos años he permanecido encerrado era por la esperanza de su visita semanal, y eso ya terminó. Ella fue la mujer que propició una conflagración a escala mundial, la mujer que me hizo perder la cabeza, y es que todo lo ocurrido, tantas muertes, dolor y tragedia, es, como siempre he dicho, por culpa de mi amante, por Ella.







Amante de la lectura desde antes de saber leer. Dueño de un ojo certero para discernir hasta los más nimios detalles. Gran aficionado a la historia y azote de gente poco documentada.



LA UCRONÍA EN EL CÓMIC

Antes de comenzar a sugerir ejemplos de cómics con trama ucrónica, vamos a dejar muy claro el concepto que inspira este texto: la UCRONÍA. ¿Qué es?

Simple: es la reconstrucción histórica construida de forma lógica basada en hechos posibles, pero que no han sucedido realmente. Dicho de otra manera mucho más simple: es un «¿qué pasaría si...?» o, siguiendo el anglicismo típico, un «What if...?».

Seguro que todos vosotros recordáis obras literarias como *Patria*, de Robert Harris; *Roma eterna*, de Robert Silverberg; *Britania conquistada*, de Harry Turtledove; o

El hombre en el castillo, de Philip K. Dick (que, incluso, tiene serie de televisión). En ellas se juega a desarrollar la Historia desde un supuesto que no ha ocurrido: que Alemania ganase la Segunda Guerra Mundial, que el Imperio Romano hubiese sobrevivido hasta nuestros días o que los Tercios españoles hubiesen conquistado el Reino Unido, por poner los ejemplos relativos a las obras citadas anteriormente.

El aclarar el concepto desde un principio viene dado porque es muy habitual que este género de la ciencia ficción se cofunda o se mezcle con otro que, si bien está muy relacionado con él, no es el

mismo: la distopía. La distopía es un escenario imaginario situado en el futuro que refleja una sociedad establecida bajo un poder totalitario y, generalmente, desagradable.

El conflicto conceptual nace de que varias historias ucrónicas desembocan en un escenario distópico (El hombre en el castillo, por ejemplo), pero no todas las historias distópicas nacen de una ucronía.

Dicho esto, vamos a centrarnos en el tema que nos ocupa: la ucronía en el cómic.

Vamos a permitirnos el pasar de puntillas por los ejemplos procedentes del cómic superheroico, que todos los aficionados conocemos bastante bien dada la popularidad de los llamados «What if...?» y «Elseworlds». No obstante, mencionaremos dos y desarrollaremos un tercero. El primero de ellos sería el conocidísimo Superman: hijo rojo, de Mark Millar y Dave



Johnson. En él se parte de la siguiente premisa: ¿qué habría pasado si Superman hubiese caído en la Unión Soviética? Pues que, básicamente, habría sido colectivizado por orden del Partido y que Stalin en persona habría sido su mentor y educador y, a partir de ahí, habría crecido siendo un fiel instrumento de la causa socialista internacional. ¡Qué planteamiento tan distinto! ¿Verdad?

Sin embargo, Grant Morrison y Jim Lee nos muestran la historia opuesta en *Multiversity: Mastermen*, que nos presenta un mundo en el que Kal-El cae en la Silesia ocupada por los alemanes en plena Segunda Guerra Mundial. Así que Superman (ahora *Übermann*) crece bajo los auspicios del mismísimo Adolf Hitler. El equilibrio geopolítico, así, es muy diferente.



Y, por último, dentro del mundo superheroico, no nos podemos olvidar de una obra con mayúsculas: WATCHMEN, de Alan Moore y Dave Gibbons. Aquí se nos presenta un mundo en el que, con el concurso de algunos superhéroes, los Estados Unidos han ganado la Guerra de Vietnam y el presidente Nixon, por ende, ha sido reelegido varias veces. Además, la resolución final del conflicto geopolítico internacional viene basada en un curioso planteamiento diplomático puesto sobre la mesa en una sesión plenaria de la ONU en los años 80 del siglo pasado. Merece mucho la pena leerlo y disfrutarlo.



Pero vamos a pasar a los cómics realmente interesantes: aquellos que tratan acontecimientos históricos con un grado algo mayor o menor de apoyo de la ciencia ficción, pero con resultados más razonables. ¡Vamos allá!

Comenzaremos con una curiosa colección que, si bien comienza de forma ordenada, razonable y seria, va perdiendo el norte según avanza. Aun así, sería injusto no mencionarla: Los proyectos Manhattan, de Jonathan Hickman y Nick Pitarra. Con una historia de fondo basada en el desarrollo de la primera bomba nuclear, resulta que no hay un solo Proyecto Manhattan, sino varios. ¿Y si el departamento de investigación que llevó a ello hubiese sido una tapadera para otros programas más delirantes y oscuros? Imaginad esa constelación de mentes brillantes al servicio de la ciencia volcando su genio en temas tan jugosos y controvertidos como las inteligencias artificiales, las realidades alternativas, portales, robots o alienígenas.



Otra deliciosa obra ucrónica es WW 2.2: la otra guerra mundial. Se trata de una colección de siete volúmenes que parte del siguiente supuesto: ¿y si Hitler hubiese muerto en 1939? Pues resulta que el canciller Göring habría lanzado igualmente la ofensiva contra Bélgica y Francia, solo que más tarde, con lo que el ejército francés tendrá tiempo de prepararse y, si bien pierde un buen trozo de territorio, consigue contener a los alemanes. ¿Qué consecuencias tiene eso? Pues, para empezar, como el pacto Molotov-Ribbentrop no se ha roto, la Unión Soviética entra en guerra del lado del Eje. Y los japoneses, como son enemigos de los soviéticos, resultan ser aliados tanto de estadounidenses como de británicos. A partir de ahí, imaginen ustedes y corran a descubrir más de esta saga interesantísima.

No podemos dejarnos la que, para mí, es una obra de referencia dentro del cómic ucrónico: *Storming Paradise*, de Chuck Dixon y Butch Guice, una obra relativamente desconocida que nos plantea una interesante premisa: debido a un error de cálculo, Fermi y Oppenheimer mueren en el campo de pruebas del Proyecto Manhattan al probar el primer prototipo de la bomba, lo que obliga a que Truman dé la orden de iniciar la «Operación Olympic», es decir, la invasión terrestre de Japón. Os insto a descubrir el resto. Vamos a pasar a otra

demarcación y otro tiempo con *Arale*, obra de Tristan Roulot y Denis Rodier, que nos ofrece una historia con elementos retrofuturistas y mágicos en un escenario poco esperado: una Rusia zarista en los años 30 del siglo XX, ya que en ese mundo ha fracasado la Revolución bolchevique de 1917. No obstante, parece que un inesperado atentado puede cambiar las cosas... ¿O no?



Por último, dentro de lo que es el cómic ucrónico que podemos encontrar publicado en España, no debemos olvidar la saga Día D de la que, al menos, los dos primeros volúmenes de los siete que la componen originalmente llegaron a publicarse aquí. El primero, ¡Los rusos en la Luna! (Fred Duval, Jean-Pierre Pecau) parte de la base de que, tras sufrir el Apolo 11 un accidente provocado por un micro-meteorito, son los rusos los primeros en pisar la Luna, lo que provoca un cambio en la carrera espacial y un paradigma diferente en el desarrollo de la Guerra Fría. El siguiente, ¿Quién mató al presidente? parte de la base de que, el 22 de noviembre de 1973 es cuando tiene lugar el famoso atentado de Dallas y es Nixon en vez de Kennedy quien fallece en él. El resto de títulos de la colección parte de otros postulados interesantísimos, como el hecho de que la Revolución de Mayo del 68 en París provoque una guerra civil allí, o que la crisis de los misiles cubanos hubiese acabado en un enfrentamiento nuclear que aniquilase tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética. ¡Os invito a descubrirlos!

Tristemente, si bien es seguro que me olvido de alguno, no podemos encontrar mucha ucronía más publicada en España, lo que no significa que no podamos encontrar cosillas interesantes en el mercado extranjero, como estas de las que

hablo a continuación.

Comenzaremos con una obra que publica Quadrants y que tiene una trama curiosísima, aunque hay que reconocer que, desde el punto de vista histórico, se toma muchísimas licencias: finales del siglo XII, un ejército combinado de mayas y aztecas desembarcan en Europa para iniciar la conquista del Viejo Continente. Para saber más tendréis que haceros con Luxley, de Valerie Mangin.

Y planteemos ahora un escenario contrario: imaginad que, en el año 323 de nuestra era, una flota romana perdida en una tormenta llegase a las costas de América y fundase una colonia: «Roma Occidens», un hecho que cambiará la Historia de América y del mundo, por supuesto. Esta es la trama de Rome West, de Brian Wood y Justin Giampaoli, dibujado por Andrea Mutti y publicado por la editorial Jungle.

Es el turno ahora de uno de los grandes éxitos de la editorial Soleil: la saga Wunderwaffen, de Richard Nolane y Maza. Estamos en el año 1946 y los alemanes, gracias al empleo de sus «armas milagrosas» (el desarrollo de todos sus proyectos secretos) han conseguido rechazar a los aliados en las costas de Normandía y se mantienen en guerra. Son diez tomos de acción trepidante con batallas, proyectos secretos y conspiraciones. Ya que estamos con la editorial Soleil, vamos a comentar otro curioso título en su

catálogo: Les divisions de fer (Las divisiones de hierro), con guion de Jean-Luc Salta y dibujo de Ronan Toulhoat, Afif Khaled y Stefano Martino. Estamos en plena Segunda Guerra Mundial y los alemanes han desarrollado una nueva máquina de guerra que, si bien ha sido copiada por el resto de los contendientes, ha conseguido mantener el esfuerzo bélico en tablas: los Mekanizers.

¡Y no nos olvidemos del excelente cómic hispanoamericano! Los argentinos Carlos Trillo y Domingo Mandrafina nos ofrecen, mediante la editorial Ojodepez!, una ingeniosísima ucronía llamada Peter Kampf lo sabía.

Atentos a la premisa: ¿qué habría pasado si el nazismo no se hubiese desarrollado porque Adolf Hitler consiguió dar salida a sus impulsos artísticos convirtiéndose en historietista? Una atractiva combinación de arte, política y conspiración adobado con una deliciosa creatividad.

TRILLO & MANDRAFINA

PETER KAMPF

LO SABÍA

PRÓLOGO DE
PABLO DE SANTIS



Cerraremos esta lista con un recomendable manga de Kaiji Kawaguchi que, en su día, sacó Kodansha y que en Francia publicó Kana: Zipang. No es casualidad que hayamos escogido un título que empiece por “Z” para terminar esta lista que os proponemos. ¿De qué va? Bueno, es una obra que bebe de la película *El final de la cuenta atrás* (Don Taylor, 1980) pero, en esta ocasión, es una fragata de la Fuerza Naval de Autodefensa japonesa la que se ve transportada por un extraño fenómeno meteorológico a los prolegómenos de la batalla de Midway, en 1942. Imaginad el impacto que supone la aparición de una fragata lanzamisiles japonesa de la primera década del siglo XXI en la época y el dilema moral que supone para sus tripulantes.

Obviamente, amigos lectores, no están todos los que son, pero sí son todos los que están. Os animamos desde las páginas de esta revista a que os sumerjáis en todas estas historias alternativas que, seguro, son capaces de hacer las delicias de todo aquel que las lea.







Plaga de langostas con aspiraciones humanísticas. Una cierta coherencia al volar sobre el poniente Mediterráneo dotó al conjunto de inteligencia emergente (pero no mucha). La mayor parte del tiempo, se dedica a la investigación. El resto del tiempo, procrastina y en circunstancias excepcionales, y si no está muy cansado, escribe. También ha publicado en Antología Fantaciencia, en la editorial Malas Artes.

EL REY DE SAN CRISPÍN



La víspera del veintiocho de octubre encalló cerca de San Agustín de la Florida una carraca sin bandera, no muy lejos de donde, apenas unos años atrás, el gobernador había colgado a docena y media de corsarios franceses en situación parecida; sus cadáveres aún estarían ahí, devorados por los mangles. De la tripulación original de la carraca quedaban solo seis hombres: cinco ingleses y un holandés, hambrientos y malolientes los que menos; el peor, cubierto de los pies a la coronilla por la bandera del navío hecha vendas. Los primeros soldados que llegaron al lugar no lo mataron de milagro, en vistas de que podía portar una enfermedad infecciosa, o sencillamente por ser protestante. En su lugar, lo trajeron junto a los otros a San Agustín. En lo que a mí respecta, no me enteraría del asunto hasta varias horas después cuando Tomás, uno de los chavales que se ganaban la vida haciendo de mensajero para el almirantazgo, me llevó al fuerte. Para entonces sospechaba del revuelo, pero habría sido descuidado acudir sin ser requerido. En cualquier caso, siendo el único del asentamiento que hablaba inglés, el asunto habría terminado tarde o temprano en mis manos. Una vez allí, me condujeron a la celda de uno de los

ingleses. El infeliz devoraba media hogaza de pan duro que le habían procurado los soldados. Eran pocos dados a este tipo de misericordias, pero tal era su aspecto que dudaban que aguantara el día sin probar bocado. Tras congeniar con él hablándole en su lengua materna, conseguí extraerle la historia de la carraca, aunque su pronunciación, ya de por sí basta e inarticulada, se veía reducida a meros gruñidos por las migas que acumulaba en la boca, olvidándose de ingerirlas en aquel estado de turbación.

La travesía había empezado mal. Al poco de pasar las Canarias, al capitán se le hinchó la cabeza detrás de la oreja izquierda y no tardó en perder la razón. En sus delirios, blasfemaba a gritos la noche entera. Temerosos de atraer la ira divina, los marineros lo tiraron por la borda, aún vivo y maldiciendo. Se plantearon dar la vuelta, pero una tormenta a sus espaldas les exhortó a continuar. En el Atlántico se vieron perdidos y sin viento y el pánico cundió entre la tripulación. Fue entonces cuando encontraron al polizón. Aunque me lo describió entonces, veo más sensato hablar directamente de lo que vi cuando, tras acabar el interrogatorio a aquel primer inglés, fui a la mazmorra donde custodiaban al desgraciado de las vendas. Era un tipo enorme, de dos metros o así. Tenía aspecto fiero, pero como de una violencia pulcra, casi ritual. Había algo en él que, incluso en ese estado, era rápi-

do y letal. No percibí una amenaza por su parte, aunque comprendí casi por instinto que, de quererlo, me despedazaría en un instante. Aquello me turbaba y me acerqué trastabillando, secretamente aca-lorado en la oscuridad de la mazmorra. No le habían quitado las vendas; el médico de la guarnición, en un alarde de sensatez, había decidido mantenerlo apartado en vez de inspeccionarlo. Se erizó al ver que me acercaba, pero le hablé en inglés y noté que algo en él se des-perezaba. Al rato le noté más cómodo y le convencí de que se descubriera. O quizás simplemente se resignó: tarde o temprano alguien le iba a pillar; mejor si se trataba de alguien con quien al menos podía explicarse. Le aparté con cuidado el retal que le cubría el antebrazo y entendí por fin qué era lo que quería esconder. En vez de piel, el individuo estaba recubierto por una especie de caparazón pálido, como un tronco de palmera blanqueado por el sol. El tacto, no pude evitar investigarlo, era áspero y cálido a la vez. A través de las vendas pude ver que tenía cuatro dedos en cada mano y un vestigio de pulgar como un muñón chico, con hebras cobrizas saliéndole de sus falanges inhumanas. Las mismas hebras le despuntaban de lo que debían ser sus codos, que de tan largos parecían haber adquirido una articulación adicional, dejándole las manos a la altura de las rodillas. El pecho lo tenía hundido y el cuello mu-

cho más largo que el de un hombre corriente, aunque lo disimulaba amontonándose las ropas sobre los hombros. Las piernas parecían más delgadas y débiles que las mías, en parte quizás por soportar a un individuo de semejante tamaño, pero los muslos eran fuertes y los pies, cubiertos por unas botas que camuflaban sus particularidades, se adivinaban largos y ganchudos. Le pedí que se quitara las vendas de la cara y, pese a resistirse de primeras, accedió. Tenía el rostro angulado, más plano que el de un hombre, con pliegues extraños colgándole a los lados de la mandíbula. Las orejas se le extendían hacia la nuca y la coronilla y la nariz era grande y rugosa. Detrás de la última venda, me encontré mirando fijamente a un segundo par de ojos, cerrados en un principio, con los párpados inflamados por la presión de los trapos. No pude apartar la mirada hasta que la bestia, a todas luces azorada por mi asombro, volvió a colocarse los retales.

No me cuesta imaginar la impresión que causó entre la tripulación de la carraca, sobre todo ante una audiencia tan dada a la superstición. El inglés, según me dijo, sospechaba de un cómplice a bordo, pues mucho le extrañaba que la bestia hubiera llegado al barco por sí misma y que nadie la hubiera descubierto. En cualquier caso, la reacción de los marineros fue echarle la culpa de los males de la travesía y considerarla poco

menos que una aparición del Maligno. Intentaron apresarla y tirarla por la borda como al capitán, pero la bestia era fiera, y tras acabar con varios tripulantes se acordó una especie de tregua. Aun así, exacerbada la situación por la falta de viento y los rigores de la navegación, muchos murieron por intentar en vano acabar con el monstruo. La víspera de San Crispín, cuando ya les quedaba poco para llegar a la costa, se produjo una matanza atroz a la que sobrevivieron apenas unos pocos. Al día siguiente, perdida toda esperanza, los últimos marineros se permitieron una celebración. Dispusieron las raciones restantes con jarras de agua de mar en un festín desquiciado y, como es costumbre en Inglaterra, coronaron a la bestia como el rey de San Crispín. Así se refería a él aún a veces el inglés, como «su Majestad» o «San Crispín» mismo. Un par de días después, insolados y delirantes, tocarían tierra tras una tormenta en el manglar donde les encontramos. No pudiendo sonsacarle más, acudí a la criatura. Después de inspeccionarla, conseguí que me contara su historia. La bestia se llamaba Eduardo. Había nacido en Londres poco antes de la coronación de María II de Inglaterra. El recuerdo más lúcido que conservaba de esos primeros años era el de una casa en las afueras de la ciudad, donde había quedado bajo el cuidado de una nodriza llamada Edmundin Dorsey. La recordaba con mucho

cariño y alababa con nostalgia los cuidados que le dispensaba. Pero la nodriza desapareció un día sin que se supiera más de ella y la custodia del infeliz corrió a cargo de una procesión de individuos de lo más variopinto. En primer lugar, una familia de holandeses anabaptistas; después, en la casa de un moro llamado Benyamin Valencia, en San Botulfo. Guardaba un grato recuerdo de ambos y sospecho que fueron los más genuinos de entre los muchos padres de acogida que tuvo a lo largo de los años. Le enseñaron a leer y escribir, pero lo mantuvieron tan oculto como pudieron, con apenas alguna salida esporádica, siempre de noche. Aun con esas, tenían verdadero afecto por Eduardo más allá de su interés en la conjura, o así lo sintió él —los niños perciben ese tipo de intenciones sin los recelos excesivos de los adultos. Fuera como fuera, en un momento dado quedó a cargo de un tal Jasper ap Richard, galés, quien traicionó la conspiración. Vendió a Eduardo a un tal John Dee, conocido alquimista que había medrado en la corte de la reina Isabel hasta granjearse tan mala fama que tuvo que salir por patas de Gran Bretaña. Careciendo de mejor oficio, puso sus malas artes al servicio de las cortes del continente, que una tras otra fueron despreciándolo. Finalmente, no le quedó más opción que volverse a Inglaterra, donde descubrió que su principal benefactora había sido ejecutada. La

corte de María II, su sucesora, era un lugar inhóspito, y no tardó en llamar la atención de la inquisición. Por fortuna para él, y para mayor desdicha de Inglaterra, Dee había prestado servicio en ocasiones a los cazadores de católicos de Enrique e Isabel, muchos de los cuales habían reconducido sus carreras en la nueva institución —distinta fe, misma labor. Debían recordarlo con aprecio y lo dejaron marchar sin causarle más frustración. Sin achicarse, Dee vendió sus saberes malignos a las casas nobles y pronto encontró una audiencia interesada. No en vano, tras tantos años de vagar había pulido sus dotes de persuasión, si no menos las nigrománticas. Con esa fama, no es de extrañar que las historias que el galés le contó sobre Eduardo le fascinaran, aunque no descarto que supiera algo de los rumores que habían rondado la corte isabelina. Y, sin embargo, fuera por el miedo que le causaba la bestia, porque daba prioridad a otros negocios o porque pretendía sacar mayor rédito de otras maneras, apenas prestó atención al monstruo y en su lugar lo encerró en una jaula en el sótano de su mansión, rodeado de matraces, relicarios y cartas astrales. Se lo enseñó a unos pocos —sé de primera mano que Ashmole lo visitó— e investigó las propiedades de su caparazón, sin éxito aparente. En aquel momento, Dee se dedicaba en cuerpo y alma a la colonia de Mariana, al norte de la Florida. El lugar lo había

elegido en base a sus conversaciones con los ángeles, pero al llegar los colonos se encontraron con los restos de una expedición española que, apenas unos años atrás, había intentado establecer una vía a Zacatecas por el Cofitachequi que describiera Hernando de Soto. Tras varios intentos fallidos de abastecer el enclave, bien porque las naves se perdían en el mar, bien porque al llegar no encontraban la colonia, se dio el empeño por perdido, a gran coste para fortuna y fama del alquimista, quien había prometido que en sus cimientos se levantaría la empresa imperial británica. Estando en esas, la historia de Eduardo llegó a los oídos de un individuo ahora bien conocido en el Caribe, Walter Raleigh, quien mostró gran interés por adquirirlo; Dee, ya de capa caída, accedió. Sobre Raleigh he sabido más en los últimos años. En tanto que profeta del Nuevo Mundo, no difiere mucho de Dee, pero sus aspiraciones son más terrenales. Ganó fama y fortuna en Irlanda, con todo lo que ello conlleva, pero sus intereses —y la persecución a la que le sometieron los recusantes— le llevaron a las Américas. Puedo entender, no obstante, el porqué de su fascinación por la bestia. Raleigh había fundado una especie de orden de ateos junto a otros intelectuales, con propósitos claramente heréticos. Pretendían no se sabe bien si prescindir de Dios o reencontrarlo en los saberes terrenos. Fuera como

fuera, se dedicaban a divagar sin propósito y no es de extrañar que entre sus miembros hubiera más hombres de bajos instintos que de querencias científicas. Raleigh mismo tenía fama de depravado, y puedo entender que quisiera prescindir del ojo de Dios, que le perseguía a todos lados y le inflamaba de seguro la conciencia. La figura de Eduardo habría resultado irresistible para su cábala, tan interesada en la filosofía natural y los más oscuros recovecos de la condición humana. Aunque sus intenciones fueran menos nefandas que las de John Dee, no trataron a Eduardo de mejor manera, manteniéndolo encerrado mientras debatían sobre lo idóneo de sacar su existencia a la luz. El debate fue exacerbado por arrebatos de devoción que ninguno de los asistentes supo explicar, pero que quizás fueron propiciados por el encuentro con la criatura. La bestia era, de eso no cabía duda, una afrenta al orden natural, y no menos a certezas bien arraigadas, por lo que no me extraña en absoluto que los cabilderos se achantaran y regresaran al cálido abrazo de la fe. Aprovechándose de la parálisis general, el poeta Christopher Marlowe, a la sazón miembro de la conjura, decidió dirimir el debate mediante solución alejandrina y liberó a la criatura. Personalmente, no me cabe duda de a órdenes de quién —los rumores le han perseguido desde sus tiempos en Cambridge. Pero Marlowe, careciendo

de habilidad para esta suerte de empeños, permitió que la bestia escapara. O quizá la dejara él escapar —poetas y dramaturgos son veleidosos, malos espías, y Marlowe en particular tenía fama de frívolo. Tras su huida, Eduardo pasó un tiempo viviendo en los bosques, escapando de la mirada remolona de los celadores y alimentándose de lo que encontraba o bien de las limosnas con las que le agasajaban las granjeras. Sin embargo, no tardó en atraer la atención de elementos menos solícitos, y se vio obligado a volver a Londres. Sus últimas vicisitudes habían tornado a Eduardo en una criatura adulta tanto en aspecto como en aprehensiones, y pese a su ya inconfundible fisonomía, consiguió encontrar un inestable acomodo en los márgenes de la sociedad. Malvivió un tiempo entre los desdichados de la capital hasta que la inquisición se interesó por las historias que corrían sobre el monstruo de los bajos fondos. Pronto empezaron a hacer preguntas, y no queriendo que sus compañeros de tribulaciones tuvieran que elegir entre el pan y la lealtad, se embarcó en la carraca donde le encontramos, envuelto en los restos de la cruz de San Jorge.

Os preguntaréis cómo es que sé tanto de estos asuntos. Está claro que la criatura no podía conocer los nombres de varios de sus captores, no hablemos ya de sus biografías. He relegado presentarme hasta este momento pues la narración no

lo requería, pero llegado este punto me veo obligado a introducirme en el relato. Ya he incluido donde he visto oportuno detalles que ahora conozco con más certeza, aunque en el momento sospechaba mucho de esto. Yo vivía, al fin y al cabo, al otro lado del mundo, tanto geográfica como políticamente. Y si bien es cierto que el reinado de María II había reunido las naciones española y británica bajo la voluntad de la empresa católica, no dejaban de ser las dos más poderosas de la época, estando por tanto destinadas a enfrentarse. Yo había nacido en uno de esos recovecos donde los dos mundos se rozaban en tangentes absurdas. Mi madre era de Portsmouth, hija de navegantes; mi padre, vasco, había sido pescador y aspirado a navegar los mares australes. Mi posición, sintiendo la fricción de ambas coronas, me llevó a depender de las veleidades de patrones más poderosos. Sé que gazmoños y santurriones se echarán las manos a la cabeza, pero si la necesidad ha acuciado no he tenido reparos en trabajar para herejes, ateos e incluso para el Gran Turco. En aquel momento, mi patrón era Francis Walsingham, antiguo secretario de la reina Isabel y, tras la muerte de esta, el más conocido prófugo de la inquisición mariana. A través de él conocía buena parte de la historia de Eduardo y de otros segmentos me enteraría más adelante. Sabía, por ejemplo, que no había acabado en la carraca por

casualidad; sabía, también, que hacía un tiempo cerca de Chingford la hija del perrero real había parido una criatura monstruosa, con cuatro ojos y piel como la de una langosta albina; sabía, como ya he dejado caer, que Marlowe no había actuado por su cuenta, y que el cadáver del galés fue hallado en la desembocadura del Támesis, donde todo parece indicar que sufrió un desafortunado accidente. Y, sobre todo, sabía quiénes fueron sus padres y la razón de su existencia.

Martin Poole era un capitán de navío del que poco he averiguado, pero que resulta fundamental en esta historia. Aguardando el regreso del buen tiempo en una taberna en Madeira, Poole escuchó la historia de un marinero portugués, quien acababa de regresar de una expedición con una carga enigmática. Portaba, decía, una criatura asombrosa, y tras unos cuantos vinos no resultó difícil para Martin convencerle de que se la enseñara. La bestia, un engendro de cuello largo y piel quitinosa que los portugueses habían bautizado como Joao Pescoço, había sido atrapada por la expedición en un lugar del que no trascendió el nombre. Martin Poole, no sé sabe con qué métodos, consiguió hacerse con la criatura. Conocía en Londres a un tal Thomas Proctor, que publicaba misceláneas junto con un socio, y que le servía de contacto a su vez con Lord Radclyffe, bien asentado en la corte de la reina Isabel. Gracias a esa conexión, Poole había

vendido a la casa de fieras de la Torre de Londres varias criaturas exóticas capturadas en el Caribe y las Américas, incluyendo el famoso basilisco de Acuamú. A la reina le gustaban estos animales, a los que presuntamente habría cogido cariño estando encerrada en la Torre, cuando aún ocupaba el trono la primera María. Radclyffe pasó el mensaje y Poole trajo a Joao a la corte. Su presencia causó una auténtica sensación: los cortesanos quedaron fascinados por el hecho de que caminara sobre dos piernas y su aspecto robusto y su mirada claramente inteligente lo convertían en una visión embaucadora. La impresión habría sido todavía mayor si, como ocurría con Eduardo, lo hubieran escuchado hablar. Pero Joao, fuera por incapacidad o por precaución, no abría la boca. En cualquier caso, Isabel se encariñó de la bestia al instante y a menudo la traía a la corte o a sus paseos. La bestia se comportaba y permanecía muda como una estatua, así que en la corte se entendió como una excentricidad inofensiva. Pero pasado un tiempo, no sé muy bien cómo —dudo que nadie pueda saberlo jamás a ciencia cierta—, la relación entre Isabel y Joao se estrechó. No me resulta complicado imaginar, he de decir, qué la llevó a enamorarse de la bestia. Puedo entender la fascinación, una atracción incluso, por sus facciones foráneas y su fiereza instintiva y a la vez, de alguna manera, sabia. Yo mismo

me he sorprendido en muchas ocasiones incapaz de apartar la mirada de Eduardo, perdido en los recovecos angulados de su caparazón. Y, sin embargo, la virginidad de Isabel era archiconocida, si bien no menos puesta en duda por muchos. Las infinitas historias de pretendientes rechazados reforzaban, no obstante, la credibilidad de lo primero. No quedaba muy lejos el funesto escándalo de Robert Dudley —una de las mejores decisiones de María II fue mandar decapitarlo nada más subir al trono. La rumorología siempre ha insistido en un tórrido romance, pero lo más probable es que nada parecido llegara a consumarse. Todo parecía indicar, más allá de eventuales favoritos y habladurías sin mayor sentido, que Isabel había sacrificado ese aspecto de su feminidad en el altar del imperio. En ese sentido, puedo imaginar que Joao supusiera una tentación recalcitrante por disfrutar de los placeres que como monarca le habían sido privados o, como mínimo, que habrían llevado asociados una responsabilidad que en estos asuntos puede cohibir cualquier atisbo de pasión. En primer lugar, la bestia estaba libre de las exigencias de la corte y, en tanto que ogro, de la cristiandad misma. En segundo lugar, y no menos importante, existía la sospecha más que fundada de que la relación no podría dar fruto. Por tanto, aunque la distancia entre reina y bestia fuera tan insalva-

ble como el mar Atlántico debiera de parecer a nuestros antepasados, dado que este fue eventualmente atravesado, ¿quién nos dice que no pudiera pasar lo mismo entre Isabel y Joao? He oído habladurías de toda índole y pocas certezas: ruidos a través de las paredes, caricias en público, miradas que, incluso ignorando la inteligencia de la criatura, daban a entender una complicidad. Al tiempo Joao Pescoço obtuvo sus propias estancias en Whitehall y sus idas y venidas quedaron expuestas a las miradas siempre atentas de los conspiradores que prosperaban en aquel ámbito. Pocos dieron crédito, pero pronto la verdad se hizo imposible de ignorar. La bestia aparece en varios cuadros; muchos de ellos se quemaron después de la ejecución de la reina Isabel. De hecho, he llevado conmigo durante mis aventuras por la Florida un amuleto del tamaño de una castaña aplastada. Si algún infeliz me preguntaba por él lo abría y les enseñaba la imagen de mi fallecida esposa. Pero lo cierto es que a esa mujer no la he visto en mi vida, y que detrás de su retrato guardaba otro: una de las pocas imágenes de Joao Pescoço que se conservaban. Walsingham me la había proporcionado muchos años atrás, con la tarea de reportar si alguna vez veía una criatura semejante. Muchas horas de viaje he dedicado a observar esa cara, que me cautivaba con sus cuatro ojos, su boca puntiaguda y sus carrillos afi-

lados y escamosos. Así, una vez pude ver a Eduardo, confirmé al instante la relación entre él y Joao, que no es otra que la de padre e hijo. No pretendo entender qué sucedió entre Isabel, la virgen de Inglaterra, y Joao Pescoço, pero lo que tuvo que ocurrir ocurrió y las consecuencias de sus actos pronto resultaron imposibles de esconder. La reina disimuló en lo posible el embarazo, pero llegado un punto el estado era patente a cualquiera con un mínimo de sesera. Conforme el rumor se convertía en hecho, los maquinadores que habían permanecido ocultos en la corte isabelina fueron saliendo de entre las sombras como ratas de una cloaca, empeñándose con regocijo en la tarea por la que tanto tiempo habían suspirado. Las conspiraciones eran tan numerosas que se entorpecían entre ellas y, en retrospectiva, no me queda duda de que Joao era una pieza muy menor en el encaje de maquinaciones y conciliábulos que llevó a María II al trono. Alguna de las infinitas conjuras habría tenido éxito antes o después; ni siquiera la extensa red de oídos, ojos y manos de Walsingham podría haber contenido tanta furia. Y Entonces nació Eduardo, y lo que habría sido ya de por sí el mayor escándalo del reinado de Isabel se convirtió en algo aún más extraño y perturbador, haciendo saltar por los aires confabulación tras confabulación. No sé si a la reina le dio tiempo a darle nombre, o si aquello

fue idea de alguno de sus cuidadores posteriores, pero se trataba de Eduardo, de aquello no había ninguna duda. El bastardo fue separado de la reina nada más nacer y sólo una misericordia desconocida impidió que los recusantes se hicieran con él. Por su parte, Isabel y Joao fueron encerrados en la Torre de Londres, una en la prisión y el otro en la casa de fieras. En retrospectiva, aquello les salvó de los tumultos que se propagaron por Londres, incluido el asalto a Whitehall, en el que se perdió buena parte del tesoro de la corona. En cualquier caso, Isabel fue ejecutada en cuanto se recuperó la paz; Joao sobrevivió, alimentado a base de ratas y gatos callejeros en una antigua leonera de la Torre. María de Escocia fue coronada reina y aunque la historia del amor entre Isabel y la bestia Joao Pescoço llegó a oídos del pueblo llano, era tan increíble que no dejó mayor huella. Los propios conspiradores constataron que les resultaba innecesario confirmar los rumores, dañino incluso para una corona que no gozaba de gran salud tras los disturbios, así que llegado el momento nada dijeron y el asunto no pasó a más. Sobre Eduardo, debieron de imaginar que un alma caritativa habría dado muerte al engendro. Sé que tanto Felipe II como el Gran Inquisidor de María sabían de su existencia y ambos lo buscaron, sin éxito. Si los soldados, el médico o el gobernador mismo hubieran sido conscientes de la re-

compensa que una corona u otra estaban dispuestas a pagar, esta historia habría sido mucho más corta. Por fortuna, fui yo el que acudió a la celda y el que escuchó por vez primera el relato de sus aventuras.

Cuando terminé con Eduardo, le dejé en prisión con la vaga promesa de ayudarlo y salí del fuerte, no sin antes confirmar ante el médico que el prisionero padecía de lepra y que había tomado una fantástica decisión al no dejar a nadie visitarlo. Una vez hube comprobado que la historia de Eduardo cuadraba con mis pesquisas anteriores hice llamar a Tomás: había amplia correspondencia que debía ser enviada. Lo segundo que hice fue contactar con Sandro, un timucua con intereses en San Agustín. Aquella misma noche, con su ayuda, la de sus compinches y un par de sobornos, sacamos a Eduardo de la prisión sin levantar sospecha. Sandro y los suyos lo llevaron a un sitio seguro en el pantano y yo me dediqué a esperar. Unas semanas después llegó un mercante venido de Santiago de Cuba. Decidí embarcarme con el pretexto de una empresa sin especificar y partimos a la mañana siguiente. Más tarde paramos en un manglar, no muy lejos de donde había encallado la carraca. De entre los arbustos surgieron los timucuas colegas de Sandro, seguidos de la figura inconfundible de Eduardo. Les entregué lo acordado, aunque la mayor parte del pago era en forma de

promesas que no era mi misión ver cumplir. Eduardo tenía un aspecto francamente mejorable: aún permanecía cubierto por los andrajos de la bandera de Inglaterra, que en algunos puntos se habían fundido con las partes más blandas de su caparazón. Pero sabía que los timucuas le habían cuidado dentro de sus posibilidades y esperaba que su lealtad fuera recompensada. Embarcamos de inmediato y el resto del viaje no nos trajo mayores desgracias, así que me dediqué a poner al día a la criatura: sobre su función, su pasado y sobre todo su futuro. Eduardo era, pese a los rigores de su vida, un muchacho curioso y absorbía las historias que le contaba con avidez inusitada. Cuando le hice partícipe del destino que le había sido asignado, ya no por una panda de conspiradores mal avenidos —o eso creía yo— sino por los infinitos engranajes del Señor, procesó la información con una madurez sorprendente. No pude evitar asociarlo con alguna disposición extraña de su espíritu bestial, algo que yo en tanto que humano no pudiera concebir. Fuera por la razón que fuera, Eduardo se me presentó ante todo como un muchacho de sanas pulsiones y recto intelecto donde no pude atisbar ni una sombra de la violencia a la que había sido sometido desde el mismo momento de su nacimiento. En ese sentido, pude hablarle también de su madre y de lo poco que sabía de Joao Pescoço. Sobre su padre, tuvo que conformarse con el

descolorido retrato que guardaba en mi colgante. A Isabel la encontré en las páginas de un libro ajado que había traído conmigo. Le resultaba familiar, claro está, aunque es imposible saber si la reconocía de imágenes como aquella o se trataba de algún asunto arcano.

John Walsingham, al que afortunadamente llegó mi carta, nos recibió en Cabo Verde con una comitiva excesiva, muy alejada de cualquier expectativa que tuviera. A la recepción acudieron muchos de los lores protestantes que se habían exiliado tras las purgas marianas. De alguna manera, Walsingham se había hecho con la corona de San Eduardo, que se creía perdida en los tumultos, y con ella fue coronado Eduardo VII, rey de Inglaterra. Éste, visiblemente turbado, apenas se creía lo que ocurría, y puedo afirmar con seguridad que no lo comprendió hasta mucho después. Comenzaba aquel día la Guerra de la Restauración, conocida en otros círculos como la Guerra de la Bestia. El relato de esos tiempos convulsos lo han narrado voces más aptas y me abstendré de repetirlas. En lo que a mí respecta, partí el mismo día en sentido contrario: hacia Santiago de Cuba, donde se me necesitaba más si cabe. Me despedí de Eduardo con tristeza y un regalo: el colgante que había llevado conmigo. El retrato de mi falsa esposa decidí conservarlo —le había cogido cariño tras tanto tiempo— pero el de su padre supuse que le gustaría tenerlo. El viaje, si bien breve, nos había

servido para congeniar, y aunque me gusta presumir de imparcialidad, me veo obligado a reconocer que entre nosotros surgió una amistad verdadera. Así, la memoria de nuestro periplo y en especial de su compañía me sirvió para mantener la cordura al recorrer en soledad los rigores del Nuevo Mundo. Tras despedirme de Eduardo con un sentido abrazo, Walsingham me acompañó al barco y me hizo partícipe de mi próxima tarea. En previsión de lo que le esperaba, me alegré de verme alejado de Europa, aunque en los tiempos que corren no hay esquina del mundo donde no llegue la mano monstruosa de Gran Bretaña.

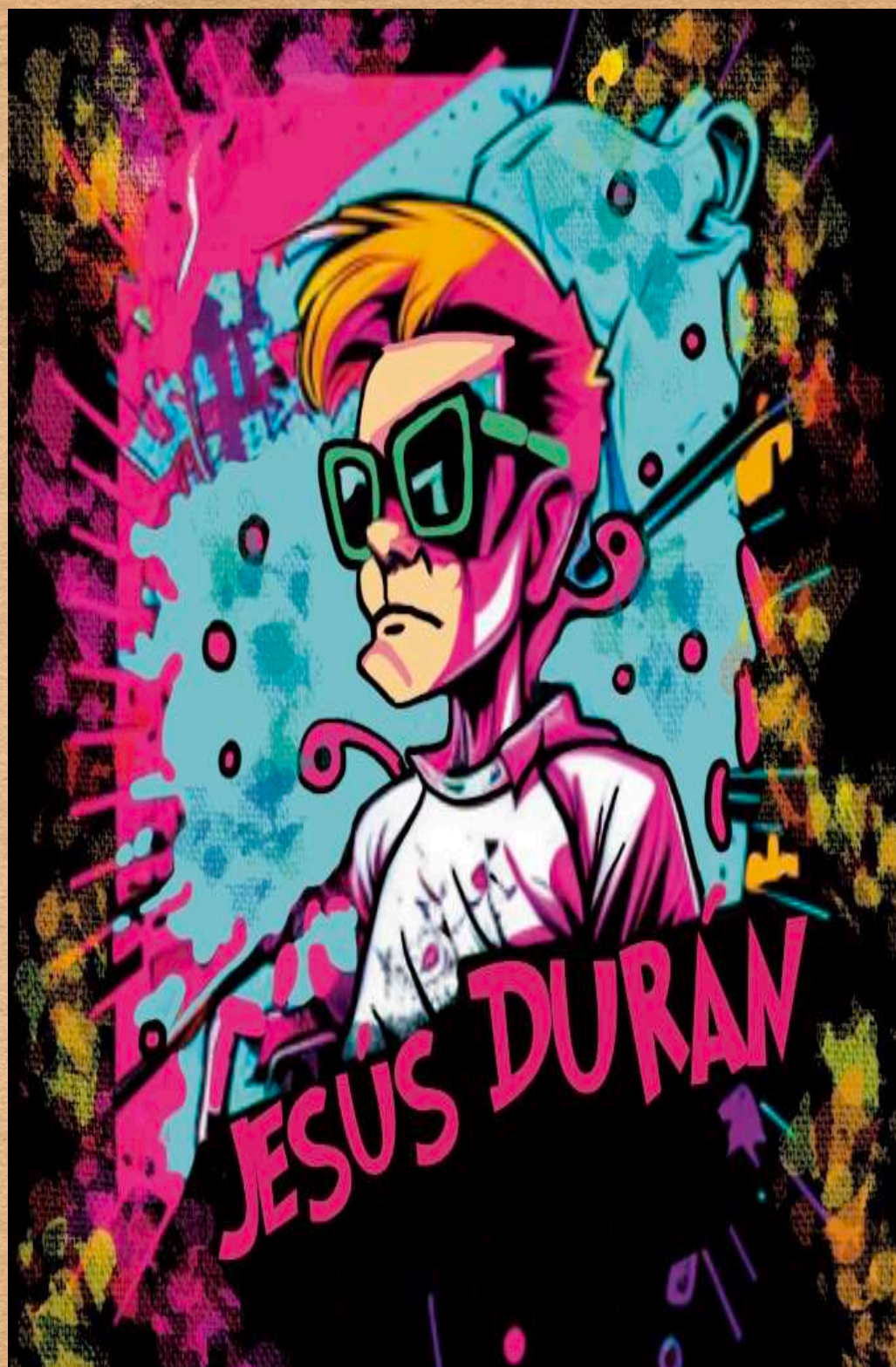
No volvería a ver a Eduardo hasta mucho después, habiendo regresado ya de un Nuevo Mundo cuyas promesas se consumían entre la enfermedad, la guerra y la piratería. Conseguí escabullirme en Whitehall y, no sin algo de esfuerzo, obtener audiencia con el monarca. Eduardo VII estaba igual que la última vez que lo vi —algunos cortesanos se preguntaban por aquel entonces si acaso la criatura no era inmortal—, y aunque más sano, no había perdido aquella violencia perezosa que proyectaba aun sin quererlo. Joao Pescoço se mantenía al lado de su hijo, silencioso, pero un fiel y útil servidor, sobre todo durante las múltiples contiendas que habían caracterizado su reinado. Eduardo me saludó con honores y percibí un cariño genuino, pese a que los años de guerra y traiciones

le habían servido para resguardarse de tipos como yo. Concedió, no obstante, recibirme en privado. En cuanto estuvimos a solas cayó el velo que había impuesto por instinto entre nosotros y nos abrazamos como si no hubiera pasado el tiempo; en aquella boca puntiaguda concebí una sonrisa cálida. Nos pusimos al día en varias jornadas de interminable discusión, introducidas como pudimos en la apretada agenda real. Le entregué entonces el tercero de mis regalos: un mapa. Me había supuesto mil infortunios volver sobre los pasos del marinero de Madeira al que Martin Poole había engatusado, y en el camino aprendí —para bien o para mal— más de lo sugerido en este relato, pero al final conseguí lo que me proponía. A Eduardo VII no le pedí nada a cambio, sólo la paz de vivir bajo su auspicio. Me la concedió, junto con mis propias dependencias en el palacio de Nonsuch. He de decir que nunca se trató de interés, tampoco de patriotismo —soy un bastardo en ese sentido. Ni siquiera de lealtades que rara vez tenían la oportunidad de reciprocarse. Si he de ser sincero, me cuesta concretar por qué empecé a buscar el lugar donde empecé todo. No fue por dinero: el Nuevo Mundo ofrecía negocios de mayor rentabilidad, y aunque no puedo desdeñar mi aprecio por Eduardo, no me gustaría atribuirle algunas de las fechorías que he cometido en este empeño. Supongo que la respuesta más apropiada es que

fue por curiosidad. En cualquier caso, sentí que había cumplido un deber, uno que me había impuesto a mí mismo y, con la satisfacción de verlo terminado, me dediqué a la vida tranquila, dejando que fueran Eduardo y su padre los que decidieran qué hacer con la información que les había proporcionado. Con esto no quiero decir que no me interesara sobre el asunto, y tanto como el disimulo me permitía estuve atento a los movimientos del monarca. Sé poco a ciencia cierta: de la primera misión enviada a la tierra de las criaturas no se supo nada y de la segunda no han llegado noticias desde que la inminente invasión de la armada católica forzara a Gran Bretaña a encerrarse en sí misma. En estos tiempos convulsos, las prioridades de Eduardo VII son más mundanas. La amenaza española, tantas veces repetida en tiempos de Isabel, ha obligado a la corte a priorizar su supervivencia sobre los malignos instintos que la caracterizan, y aun siendo muchos los que en un primer momento se levantaron contra Eduardo acusándolo de ser una criatura demoníaca, hoy goza de una extraña paz. En el pueblo llano se habla con orgullo del rey e incluso muchos de los católicos que apoyaron a María II se refieren a él con respeto, despreciando los insultos de sus correligionarios del continente. Eduardo ha sido ante todo el más magnánimo de los últimos reyes de Gran Bretaña, y de los terrores de la inquisición se habla con tristeza y te-

mor. Aún hoy, pese a los rumores oscuros que nos llegan de Exeter, pocos desconfían de que los ejércitos de Lord PESCOÇO triunfarán y que la corona de San Eduardo permanecerá sobre las quitinosas sienes de Eduardo VII.





EL PEQUEÑO TIMÓN

«El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos».

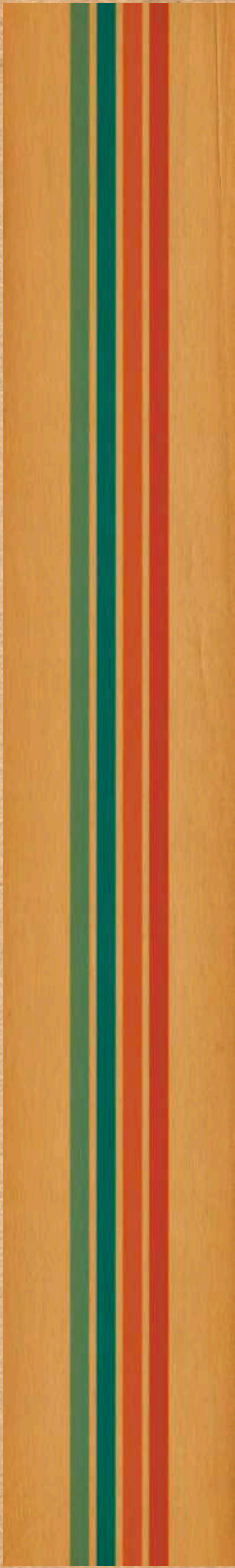
William Shakespeare.

El primer oficial William Murdoch
estaba por completo enamorado,
querer estar con su amante
le tenía del todo obsesionado.

Ella viajaba en el barco
—en aquella travesía—;
su nombre: Constance,
su amor, su vida.
A escondidas buscaban
roces, magreos y caricias.

William llevó a Constance
al puente de mando.
Estaban solos esa noche,
sus ojos mostraban deseo.
Comenzaron con besos.
Después pasaron
de un simple abrazo
a meterse mano;
de rozarse los labios
a besarse los sexos;
de estar vestidos
a mirarse desnudos;
dos corazones entregados.

Allí, con toda su alma, se amaron:
ambos conocían el riesgo,
ambos estaban casados,



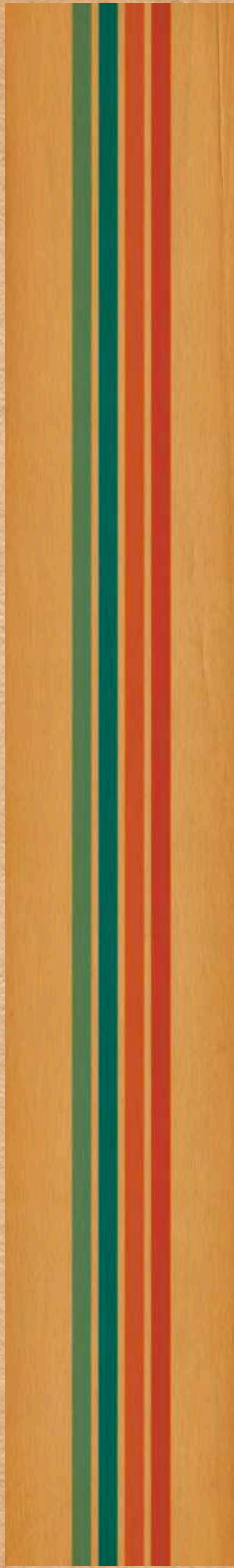
ambos se desfogaron.
Ambos,
dos amantes
navegando por el océano.

En un momento de lujuria
con los cuerpos unidos,
gimiendo,
moviéndose acompasados,
golpearon
el pequeño timón
que tenía ese gran barco,
provocando
un viraje a estribor
—repentino—,
modificando el rumbo
que estaba registrado.

Habiendo terminado
de hacer el amor,
satisfechos y extenuados,
—justamente, en ese instante—
el capitán Edward Smith,
preocupado, entró al puente,
ya que sintió desde su camarote
aquel vaivén inesperado.

Se encontró a los amantes
desnudos y azorados.
Casi montó en cólera,
pero en breve se jubilaba
y vio el amor en sus miradas.
La amante y el amante
por turnos explicaron:
«Un cambio de rumbo
con ambos cuerpos
—fornicando contra el timón—
hemos ocasionado».

Sonrió y decidió mirar a otro lado.
Que el viaje era largo

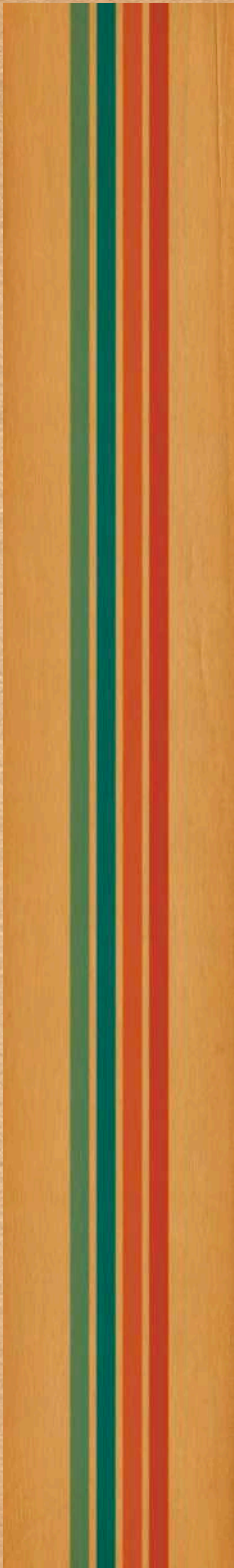




para estar enfadado.

Aún se reía el capitán
de lo ocurrido
al desembarcar del Titanic,
en Nueva York, según lo planifica-
do.

Y es que el amor, a veces,
nos lleva a situaciones
de sexo desenfrenado.





Román Sanz Mouta es un autor nómada y amante de la metamorfosis. Traspasa con sus historias los límites, trasgrediendo en cada género para ofrecer libertad a todo un estilo y simbología propias que convierten al lector en protagonista; con importantes tendencias lovecraftianas e inmersivas.

Ha publicado las novelas «Intrusión» (onirismo sobre la memoria, Ediciones Camelot 2016), «De Gigantes y Hombres» (fábula, Lektu, 2018), y «Benceno en la Piel» (humor y terror Pulp en Gijón, Editorial Maluma 2019).

Es redactor en la web Dentro del Monolito, y ha colaborado, participado o ha sido seleccionado durante los últimos seis años, con su capacidad dispersa para el relato, en diversas antologías, revistas o delirios cualesquiera como: Insomnia de S. King, Vuelo de Cuervos, Círculo de Lovecraft, NGC3660, Castle Rock Asylum, Boletín Papenfuss, Los52golpes, Terror y nada más, Tentacle Pulp, Testimonios Paranormales, Diversidad Literaria, Cuentos de la Casa de la Bruja, Colección «Show Your Rare», Revista Terminus, Space Opera «Dentro de un

Agujero de Gusano», Antología «Hay Otros Mundos», Revista Los Bárbaros edición especial “Noir” New York, 2Cabezas y su “Clark Ashton Smith; Cuentos de Extrañeza, Misterio y Locura” además de Capitalipsis, Revista Mordeador, Revista Preternatural, Supersonic Magazine, Penumbria, Underwriker, Cósmico Calavera, El Kraken Liberado, Avenida Noir, El Yunque de Hefesto, Radagast Editorial, Calabazas en el Trastero, Weird Review, Ópera Prima, revista Lo Desconocido, o el concurso Libélulas Negras.

Todo ello de fácil localización, en su mayoría gratuito, y disponible en su twitt fijado. Siempre profundizando en lo extraño, absurdo, surreal o terrorífico-esperpéntico.

Gallego de nacimiento y asturiano de adopción, este vagamundos de la imaginación reside en Vegadeo mientras completa su trasvase a la locura...

@RomanSanzMouta

<https://dentrodelmonolito.com/roman-sanz-mouta>

<https://www.facebook.com/roman.sanzmouta.92>

OBRA LARGA PUBLICADA:

Intrusión: Ediciones Camelot en 2016. Una ficción transgresiva de suspense onírico sobre el origen y el funcionamiento de la memoria.

De Gigantes y Hombres: Autopublicado en Lektu en 2018. Una oda surrealista y abstracta en clave de aventura que homenajea a la imaginación y la literatura.

Benceno en la Piel: Editorial Maluma 2019. Un delirio Pulp de humor y terror sobre un virus durante la semana negra de Gijón, que cierra la ciudad afectando y transformando a cada cual según su personalidad.

Esther Mor (Barcelona, 1974) es Licenciada por la Universidad de Barcelona en Historia del Arte.

Desde temprana edad mostró interés por las letras. En su infancia y adolescencia, letras, historias y libros eran su principal distracción, pues ya entonces solía dedicar parte de su tiempo libre a escribir relatos cortos.

A partir de 2012 emprende esa la afición por la escritura que había dejado de lado por otras cuestiones de la vida y la convierte en su forma de expresión predilecta. Nacen así sus primeras colaboraciones en revistas y páginas web de inquietudes literarias.

Compagina estas actividades con un empleo como dependienta a tiempo parcial y la atención a su familia.

Tiene en su haber seis novelas publicadas y tres novelettes, relatos cortos en diferentes webs y varias colaboraciones en antologías de carácter benéfico, además de otras publicaciones tanto físicas como en revistas online.

¿QUIÉN MURIÓ EN LA CRUZ?



Una pareja de enamorados discutía entre los olivos, ella más exaltada que él, poseedor de una calma que contrastaba y acentuaba la actitud de la mujer, más nerviosa conforme avanzaba la controvertida pelotera. Corría el siglo primero, recién nacido, de nuestra era.

—¿Todo esto es por la pandilla de colgados que te siguen allí dónde vamos? No me jodas...

—A ver, en parte, sí —afirmaba él, excusándose—. Les he cogido cariño. Me adoran, me escuchan, me animan. Me siento bien cuando estoy con ellos.

—Te utilizan, Jesús. Están contigo porque encuentras comida donde no hay nada que llevarse a la boca. Por culpa de eso que llamas milagros.

—No es solo por ellos —añadió—. También está mi madre.

—Ya va siendo hora de que nos independicemos, ¿no crees? Además, ya sabes que no le caigo bien —bufó la mujer mientras le acariciaba la barba rubia—. No soy suficiente, por lo visto, para su «hijo de Dios». Siempre me lleva la contraria. Es su pasatiempo favorito.

—¡Eso no es verdad! —negó—. Te quiere mucho, pero a su manera.

Tienes que entenderla, no ha tenido una vida fácil.

—Sí, claro. Por eso me mira con esos aires de grandeza, como si valiera más que ninguna otra mujer en la tierra. En fin, a lo importante: el padre de Lázaro dice que él te esconde el tiempo que sea necesario, y Judas está muy arrepentido de traicionarte. Me ha dado las treinta monedas que le pagaron por informar de tus planes. No son mucho, justo nos llegaría para comprar una mula y salir de este puñetero Jerusalén a escondidas. —Magdalena quedó en silencio un segundo para enfatizar el siguiente pensamiento. Necesitaba que él fuera del todo consciente—. Eso sí, tiene que ser ya.

—Nena, que hemos quedado para cenar con mis colegas. Íbamos a hacer algo especial esta noche. Es mi última cena. Voy a anunciar la gran revelación. ¡Mi momento!

—¡Es que si vas, adiós muy buenas! ¿Todavía no lo entiendes? Eres carne de cañón, un cabeza de turco de manual. Te van a crucificar. ¿Qué pasa entonces con nuestros planes? Tú y yo, una choza en cualquier aldea alejada en la que nadie nos conozca, llenarla de críos que perpetúen nuestro linaje. Serán los nietos de Dios, ¿verdad? ¿Cómo no iba a amarlos su abuelo? ¡Serán queridos igual, pues el Todopoderoso ama su creación! —razonaba ella con inteligencia y rapidez dignas de admirar—. Podrás dedicarte a la

madera como siempre deseaste, en lugar de ir y venir dando discursos morales a pandas de zopencos iletrados con un mínimo de sentido común. Tío, no sé tú, pero no hay color...

—Me sabe mal. Mi madre tiene tantas esperanzas puestas en mí que no me veo capaz de darle semejante disgusto. Soy el Salvador de la humanidad.

—Chorradas y supersticiones. Tío, ¿cuántos años has cumplido? ¿Doce? No. Treinta y tres, macho. Corta ya el cordón umbilical. Y déjate de historias. ¿Hijo de Dios? ¿De una paloma? Oye, te respeto mucho, y también a tu madre, si ella lo cree y siente así, cada uno es libre de hacerlo, pero lo suyo tiene tela —suspiró—. Sororidad, me parece que lo llaman. Yo la acepto con sus manías, no te confundas, pero ella, a mí, no. Sabes que lo que digo es cierto.

—Sí, mejor lo de mi madre ni lo toquemos, que siempre salimos enfadados. No quiero discutir más contigo. Lo que pretendo es que estemos bien. Una relación sana y constructiva entre dos personas que se aman, sin malentendidos y sin interferencias de terceros. Ese es mi sueño.

—Ahórrate las charlas motivacionales conmigo, nene. Al grano.

—Joder, es que eso es lo más importante para mí. Vale, lo haremos como dices. Todo sea por supervivencia. Mueve esos hilos. Me fugo

contigo, María Magdalena.

—Eres un pusilánime, cariño, pero te quiero. Se estila más lo de secuestrar a la mujer, no al revés, ¿no crees? —La pareja, recuperada la calma y entendimiento, se besó bajo la sombra de uno de los árboles—. Menos mal que conseguí que entraras en razón. Si no escuchabas mis argumentos habría tenido que recurrir al plan B.

—¿Y cuál era ese? ¿Sexo desenfundado?

—No, estamparte en el cabezón la urna de la mirra que te trajo uno de los tres reyes magos cuando te visitaron al nacer, y dejarte inconsciente. Más que nada, por darle una utilidad, que estoy harta de tenerla encima de ese mueble cogiendo polvo. Es fea de cojones.

Esa misma noche salieron de Judea y de territorio romano para adentrarse en Damasco, cruzar la mal dibujada frontera, y huir entre tribus nómadas africanas hasta Persia, ocultos a la vista por el silencio de Jesús, reconocido por su labia y por su extinta melena relumbrosa, que ahora lucía en corte al ras. Un hombre nuevo. Y cuasi mudo.

Mientras tanto, en Jerusalén, y advertido Pilates de la huida de Jesús, no dudó en mantener la pantomima con tal de debilitar la incipiente corriente de pensamiento que contravenía las creencias oficiales. Seleccionó a uno de sus presos, el más semejante a Jesús en porte y melena al viento, le cosió la boca

con la justificación de no propagar más el veneno de su mensaje, y le cargó su penitencia y cadalso. La humilde casa donde se reunieron los diez apóstoles esperando a su Mesías fue quemada hasta las cenizas por los romanos con ellos dentro. Solo el llamado Judas se salvó, puesto al día en los planes de huida y desaparecido a la vez que la pareja de enamorados. Imposible saber si lo hizo a su lado o por cuenta y riesgo propio.

La crucifixión resultó un éxito, y cientos de fieles permanecieron esperando una resurrección divina. Ese era el rumor que corría entre ellos. Se cansaron al noveno día. De aquella tumba no salió nadie, es más, entraron con los pies por delante lo que quedó de sus seguidores tras el incendio. El germen de esa incipiente religión se menciona solo en los libros de historia. Hoy en día, gracias a todos los dioses del Olimpo, apenas queda algún recuerdo. Los especialistas intentan discernir qué podría haber pasado si la figura de Jesús y sus enseñanzas hubiesen permanecido hasta nuestros días. La actualidad, sin lugar a duda, no tendría nada que ver con la realidad que vivimos en nuestro día a día.

Epílogo:

La feliz pareja se estableció. Fundaron juntos una gran familia, los nie-

tos de Dios, los bisnietos de Dios, los bisbisnietos de Dios, etc. Con tal voracidad se apareaban que en los tiempos actuales es escasa la población por la que no corre una parte, por pequeña que sea, de sangre del ilustre y todopoderoso hijo del Señor.

Los cadáveres de Jesús y María Magdalena descansan al pie de los montes Elburz, todavía están por descubrir. Y de hacerlo, sus cuerpos no le importarán a nadie.

